3 1761 08103759 0

LIBRERIA "IBÉRICA"
— DE —
A. BENITEZ DE CASTRO
Telef. 21913
G. Mitre 826 - Rosario

ANECDOTARIO ARGENTINO

JOSÉ MARÍA AUBÍN
PROFESOR NORMAL

ANECDOTARIO ARGENTINO

SEGUNDA EDICIÓN

BUENOS AIRES
ÁNGEL ESTRADA Y CÍA.—EDITORES
466--CALLE BOLIVAR—466

F
2808
.4
A89
1910

A mi bondadoso amigo el gentil y amable caballero

D. Tomás E. de Estrada

en testimonio del inquebrantable y cariñoso afecto que le profesa

J. M. A.

Buenos Aires, 18 de Octubre de 1910.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/anecdotarioargen00aub

Buenos Aires, Diciembre 27 de 1910.

Señor Profesor D. José M. Aubín.

Su **Anecdotario Argentino** es un conjunto de perlas sacadas por Vd. del mar de la historia patria, para deleitar y enriquecer las inteligencias infantiles.

Conseguir que los alumnos lean y se instruyan, no por obligación enojosa, y sí por placer, siguiendo las legítimas tendencias y deseos del espíritu, debe ser noble propósito de los educadores.

Esto se conseguirá con libros como el suyo, lleno de enseñanzas saludables, á la vez que de gratas impresiones para los lectores.

Difícilmente puede encontrarse algo mejor para que la niñez se aficione á la Historia y la comprenda, que las anéc-

dotas y los datos biográficos más interesantes.

Entre los innumerables libros que se publican cada año en nuestro país, la mayor parte con teorías falsas ó corruptoras, cuando no son textos respondiendo á un programa y destinados á amoldar, esclavizar y matar las energías libertadoras de los espíritus juveniles, el suyo debe figurar como una excepción muy meritoria.

....

....

Me complazco en felicitarlo, saludándole una vez más, entre los buenos y respetables servidores de la patria, cual usted será reconocido en los nuevos tiempos que se acercan de regeneración moral.

Le estrecha la mano, su colega y amigo

C. N. Vergara.

UN LANCE DE HONOR

NUNCA se supo porqué, pero supónese que fué por una nimiedad: es el caso que *los gemelos de la gloria*. Rosales y Espora, concertaron un duelo en muy duras condiciones.

Cuando se presentaron á Brown, pidiendo permiso para bajar á tierra, el comodoro, ya al corriente de lo sucedido, les manifestó que extrañaba que dos oficiales á quienes tanto distinguía y apreciaba, no le hubieran designado para dirimir su contienda y zanjar sus diferencias; pero, que no siendo ya posible su deseo, les pedía que, si deseaban corresponder á su amistad, le confiaran la misión de dirigir el encuentro.

Gustosos ambos adversarios, accedieron á lo indicado por Brown, sometiéndose anticipadamente, á todas las condiciones que fijara su jefe, tan experimentado é intransigente en cuestiones de honor y delicadeza.

—*Pues bien* —dijo el almirante—*ante todo, es necesario diferir el encuentro. Hay que resolver antes una cuestión más importante y que interesa al*

honor y á la seguridad de la patria. El enemigo está cerca, y mañana saldremos en su busca: estén prontos; yo les prometo que se batirán, y de firme.

Pocos días después, estando frente á frente las naves de la patria y las del imperio, se ordenó, desde la capitana, á Espora y á Rosales, que pasaran á conferenciar con el jefe de la escuadra.

Ya en presencia de Brown, éste les dijo:

—Llegó el momento de realizar el duelo pendiente, contando con que ustedes mantienen la promesa de cumplir exactamente mis órdenes.

Los dos rivales hicieron con la cabeza una señal afirmativa.

—Dentro de unos instantes entraremos en fuego, nosotros estamos listos, y el enemigo ha tocado zafarrancho. ¿Distinguen ustedes la insignia de la capitana brasileña?

—Sí, señor almirante,—contestaron á la vez ambos preguntados.

—Pues bien, van ustedes á atacarla por ambos costados; aquel de ustedes que consiga hacerle arriar el pabellón, aquel será el vencedor. La sangre de unos bravos como ustedes sólo debe verterse en aras de la patria. ¡Otra cosa, sería un crimen!

El ataque empezó, y la lucha, cada vez más empeñada, se hizo terrible, impetuosa.

Espora y Rosales *vendiendo valor,* estrechaban distancias, hasta llegar á tocar borda con borda.

Entonces, cada uno por un lado, y á un mismo tiempo, se lanzaron al abordaje; ni Espora ni Rosales pensaban ya en su querella personal; almas

ardientes y generosas sólo pensaban en la patria y en la gloria.

Vencida la brava y tenaz resistencia de los imperiales, los dos argentinos corrieron al palo mayor, y cuando la bandera enemiga descendía, vencida y dominada, los dos héroes, sublimados por la emoción, se abrazaron.

PATRIOTISMO

El que es hoy prestigioso general del ejército argentino y notable historiador militar, don José Ignacio Garmendia, ha contado, en páginas dolorosamente vibrantes, las impresiones que conmovieron su alma en la tarde infausta del memorable asalto de Curupaity.

Vió pasar á Sarmiento, al hijo del gran luchador, conducido por cuatro soldados heridos, y seguidamente á Francisco Paz, vástago del vicepresidente de la República, coronel Marcos Paz, que tuvo que sobreponerse al luto de su hogar para hacer frente al duelo público.

Tras estos y otros caídos ilustres, vió á su amigo Martín Viñales, destilando sangre por una hemorragia inextinguible, que se escapaba de tres heridas mortales.

Estupefacto, dolorosamente aturdido, Garmendia, sin saber lo que hacía ni lo que hablaba, se acercó á la camilla en que agonizaba su amigo, y le preguntó, casi inconsciente:

—*¿Estás herido?*

— *No es nada* — contestó el moribundo con entrecortada, pero serena voz; no es nada, un brazo menos. LA PATRIA MERECÍA MUCHO MÁS; y sus ojos, entristecidos, se fijaron piadosamente sobre el inanimado cuerpo del intrépido Alejandro Díaz, retirado yerto del campo de batalla por algunos de sus fieles camaradas.

CONTRAPUNTO

Como el legendario La Madrid, era el comandante Yúpez, improvisador y guitarrista, circunstancias que unidas á su bizarro é indiscutible valor le habían granjeado inmenso prestigio entre los soldados de Estanislao López, caudillo de Santa Fe.

Viendo, al comenzar la batalla del Puente de Márquez ordenar á López que se aprestasen sus DRAGONES SANTAFECINOS, cuerpo escogido mandado por el propio gobernador y que sólo entraba en combate en el momento decisivo de la batalla, Yúpez exclamó: *Esto me huele á soga.*

La frase pasó del campamento federal al de los unitarios y dió origen á una saladísima broma en la que, como de costumbre, lució su travieso ingenio el comandante cantor.

Enviado, en compañía de don Domingo Oro, á conferenciar en nombre de López con el general Lavalle, algunos oficiales que seguían al campeón unitario, tomando por encogimiento y cortedad lo que sólo era cautelosa reserva, trataron

de divertirse un rato, convirtiendo á Yúpez en blanco de sus chanzonetas y de sus pullas.

Uno de los más bulliciosos, afamado guitarrista, y célebre por la sátira mordaz que solía campear en sus inspiraciones, tomó el popular y criollo instrumento, y mirando intencionadamente á sus oyentes, cantó con mucha gracia y picardía la siguiente estrofa:

López, Rozas y Quiroga
Y el fraile San Juan Bautista
Se están perdiendo de vista
Porque ya no están en boga;
Y aquel *cierto olor á soga*
Les causa ciertos temores.
¡Humilde y divino Antonio,
Rogad por los pecadores!

Una carcajada general saludó la ocurrencia del travieso militar, carcajada que, con otras pullitas, soportó Yúpez sin alterarse.

Invitado, luego que cesó el barullo, á tocar la guitarra, aceptó la invitación, cantando, en medio del curioso silencio de los presentes, algo que, más que copla, resultó picante sinapismo.

López, Rozas y Quiroga
Y el fraile San Juan Bautista
Se están poniendo á la vista
Porque van entrando en boga;
Y aquel *cierto olor á soga*
Causa mal á los sicarios...
¡Humilde y divino Antonio
Rogad por los unitarios!

Que fué ruidosamente festejado el original *retruque* del comandante Yúpez, parece innecesario decirlo.

Los oficiales de Lavalle, porteños en su mayoría, y, por lo tanto, dados á la jarana y al buen humor, hicieron víctima de sus bromas al que primero improvisara y que, pensando *fumarse* al santafecino, resultó graciosamente *fumado.*

ENTRE VALIENTES

En lo más empeñado de la batalla del Boquerón, una de las más sangrientas de la campaña del Paraguay, en los precisos momentos en que el bravo Ivanowsky, con una mano destrozada, arengaba á sus milicianos del batallón *Mendoza-San Luis* y caía al frente de sus soldados, Guiffra, del batallón de *Córdoba*, y cuando la victoria permanecía indecisa sin inclinarse á ninguno de los dos campos, el coronel Mateo Martínez, cuyo admirable valor ha hecho de él un soldado legendario, trató de remediar la crítica situación de su cuerpo por medio de uno de esos actos de heroísmo que siempre tienen la virtud de caldear el alma del soldado argentino.

Acercóse al abanderado y le pidió la enseña del regimiento para iniciar una última y decisiva carga, pero el joven oficial, consciente de su deber, le contestó firme y sereno:

— Iré donde vaya la bandera, y mi mayor gloria será mancharla con mi sangre. ¿Dónde quiere que la clave? — preguntó noblemente, mientras la hacía flamear orgulloso.

—Allí—le contestó Martínez, señalando con la punta de la espada el parapeto de la trinchera que les cerraba el paso.

El sublime niño cumplió la orden, seguido de todo el batallón, que, con la fuerza de un torrente, se lanzó, como un solo hombre, por el camino que e trazara el sagrado símbolo de la patria.

UN PINTORESCO RASGO DE ELOCUENCIA

En la villa de Nonogasta vivía, rodeado del amor y respeto de propios y extraños, el noble patricio riojano don Nicolás Dávila, uno de los mejores servidores de la patria y de la revolución.

Paseaba un día por los alrededores del pueblo, cuando vió venir á un jinete que se acercaba á gran galope.

— Diga, paisano, ¿quién es usted?

— Soy chasqui, señor.

— ¿Y cómo va así, tan de prisa?

— Porque tengo orden de estar hoy mismo en Nonogasta y entregarle este oficio á don Nicolás Dávila.

— Don Nicolás Dávila soy yo; deme, pues, el oficio.

Y agitado y anhelante, tomó el pliego que le tendía el paisano.

Leyólo en un instante, y levantando al cielo las manos y el rostro, en el que se reflejaba un intenso júbilo, lanzó un sonoro y entusiasta *¡ Viva la patria! ¡ Ya somos libres!*

Y rápido, casi á la carrera, se dirigió al pueblo, llevando tras de sí á cuantos encontró en el tránsito y á quienes sorprendía é intrigaba el aire radiante y jubiloso de don Nicolás, de ordinario tan mesurado y serio.

Al llegar á la plaza saliéronle al encuentro varios de sus más íntimos amigos, uno de los cuales le preguntó:

—¿Qué le sucede á usted, amigo don Nicolás, ¿que es lo que pasa?

—¿Qué pasa? ¿qué sucede? Una cosa muy grande: que es ya libre la patria; que no hay ya mandones que la gobiernen y opriman, y que, por fin, *se fastidiaron las zarandajas de la monarquía.*

TIROS Y CANCIONES

DURANTE el segundo sitio de Montevideo, presentáronse al general Rondeau dos oficiales españoles, don Francisco y don Antonio Díaz[1], manifestando deseos de servir en las filas patriotas.

Eran ambos instruídos en el arte de la fortificación, por cual motivo les encargó el general en jefe la construcción de reductos artillados que pusieran la línea de los sitiadores á salvo de cualquier sorpresa ó ataque imprevisto de las fuerzas de la plaza.

Las fortificaciones proyectadas lleváronse á cabo con increíble rapidez, ocasionando su conclusión verdadero entusiasmo en el ejército, que, al sentirse al abrigo de toda intentona, renovó, con gran empuje, sus ataques contra la ciudad sitiada que no sin dificultad, se defendía de ellos.

La campaña fué ruda y las operaciones continuas, peligrosas y difíciles, á pesar de lo cual, no faltó en ella la franca manifestación de buen humor, la nota de alegre travesura, característica y tradicional en los ejércitos de la patria.

[1] Don Antonio alcanzó las más elevadas jerarquías militares.

Todas las noches, ya sueltos ó en amigable pandilla, desprendíanse de las avanzadas sitiadoras, oficiales jóvenes y jaranistas que, deslizándose por las sinuosidades del terreno, llegaban al mismo pie de las murallas montevidianas, de donde, en medio del más airoso guitarreo disparaban contra los godos intencionadas y picarescas coplas, que los de adentro contestaban furiosamente á tiros, por lo general inútiles.

Las serenatas se generalizaron, á tal extremo, que hasta hubo mujeres animosas que acompañaron á los hombres en estas excursiones, no exentas de peligro.

La tradición, más que la historia, ha conservado el nombre de una de ellas, llamada Victoria *la cantora*, dotada de tan bella y armoniosa voz, que, cuando cantaba, suspendíanse los tiros, confundiéndose sitiados y sitiadores en el aplauso que á la gentil coplera dedicaban todos.

Con el tiempo se hizo moda convertir en diurna la diversión que antes se realizara de noche.

Don Juan Antonio Lavalleja dió el ejemplo, cortándose solo á desafiar á los realistas, imitándole inmediatamente los que después fueron los general don Gregorio Espinosa, el coronel don Eusebio Valdenegro, y otros muchos, cuyos nombres no alcanzaron tanto brillo.

Dijo, con mucha gracia, ocupándose de tal hecho un jocoso escritor, que Montevideo había sido hostilizado constantemente *á tiros y á canciones.*

EL SALTO DE HORNOS

El comandante don Manuel Hornos, uno de los soldados más bravos del ejército argentino, estaba complicado en una conspiración que tenía por objeto derribar al gobernador de Entre Ríos, general Urquiza, á quien se acusaba de seguir en el gobierno las huellas y procederes de Rozas.

Descubierto el complot, fué condenado á muerte y puesto en capilla para ser fusilado.

Hornos, que ni aun en los trances más apurados perdió nunca la serenidad, observó que el centinela que le guardaba le contemplaba tristemente y con lágrimas en los ojos. Mirándole con atención, reconoció en su guardián á un antiguo soldado que, en diversas épocas, había combatido á sus órdenes.

—¿Qué le pasa, amigo, que así está llorando?

—Pasarme á mí, no me pasa nada; pero me aflige pensar que ya fusilaron á su hermano don Román, y que hoy, al amanecer, le fusilarán á usted.

—¡Paciencia! ¡Para morir nacimos! ¡Que le vamos á hacer.

Desde la carpa que le servía de capilla alcan-

zó el preso á divisar un espléndido parejero atado junto á un espeso grupo de árboles; verle y pensar en una posible escapada, fué la misma cosa.

Hizo llamar al sargento de guardia, y, pretextando tener urgencia de llenar una necesidad tan imprescindible como extrema, obtuvo permiso para llegar á los árboles, siempre vigilado por el centinela.

Llegar al lugar anhelado, saltar sobre el parejero y partir como un rayo, fué obra de segundos.

Á la voz de: *¡cabo de guardia, se escapa el preso!* lanzado por el centinela, varios soldados salieron en persecución del fugitivo, formando un círculo que cada vez se estrechaba y dentro del cual iba irremisiblemente á quedar acorralado.

Hornos no vaciló: estaba al borde de una barranca á pique, de regular altura; delante tenía el río y detrás á sus perseguidores, la elección no fué para él dudosa.

Envolvió la cabeza de su cabalgadura con el poncho; animóle con la voz y saltó, cayendo al río, apareciendo, después de la zambullida, jinete y cabalgadura á regular distancia de la costa.

No terminó la persecución: dos soldados hercúleos, dos indiazos poco sufridos, *resbaláronse el chiripá*, y con el facón entre los dientes, se echaron al agua.

Hubieran seguramente dado alcance al prófugo, á no nadar con más rapidez y seguridad que los dos soldados el caballo á cuyas crines iba prendido aquél.

El empecinamiento de uno de los perseguidores logró hacer muy pequeña la distancia que le separaba del perseguido; entonces, Hornos, se dió vuelta, poniendo cara fosca, y con voz terrible, le dijo:

— Arrimáte no más, guaycurú, hijo del diablo; acercáte que te voy á ahogar.

Y como todos sabían que Hornos no prometía en vano, el indio, dominado momentáneamente por la terrible mirada del prestigioso jefe, se detenía, hasta que, reponiéndose, volvía á apretar en la persecución.

Pero, llegó un instante en que Hornos se creyó perdido; sintió las angustias del *calambre,* con tanta fuerza que, casi paralizado, sólo alcanzó á hacer pie en una tosca, con la cual providencialmente tropezó.

Pero el indio se le venía encima y él no podía moverse; irguióse, y dando cara al soldado, rugió, más que dijo:

— Ya que te *empeñás, vení,* que abrazados iremos al fondo del río.

Casi se tocaban cuando fué el perseguidor el *acalambrado;* hundióse en las aguas, dejando libre á Hornos, quien, á los pocos momentos, fué recogido por un bote de la escuadra francesa fondeada en Paysandú, que exploraba el río.

La barranca desde cuyo borde saltó él, que tan milagrosamente libróse de morir, se llamó desde entonces *El salto de Hornos.*

CONTESTACIÓN SUBLIME

En el sangriento asalto que los soldados argentinos llevaron á la trinchera de Potrero Sauce, el 18 de julio de 1866, el primero que puso los pies en la disputada posición fué el capitán del batallón *San Juan,* don Lisandro Sánchez, seguido del soldado Santiago Esquivel.

Animados por tan bravo ejemplo, toda la compañía sanjuanina y otra del regimiento de *Córdoba,* escalaron el terrible obstáculo. Animaba á sus cordobeses el capitán Pedro Sosa, cuando una bala cortó su vida, casi al mismo instante en que rendía la suya el que primero holló la trinchera, el bravo Lisandro Sánchez.

En medio de aquella carnicería y de aquel desesperado batallar, muere al pie de la trinchera, el abanderado del 2.º de *Entre Rios;* el sargento Máximo Eguren, un verdadero niño, la levanta en alto y escala la batería, gritando á sus camaradas: —*¡Síganme si son hombres!*— Tal injuria no quedó sin recoger. Un miliciano le contesta, airado:

—Lo hemos de seguir y dun lo hemos de pasar, sargentito... ¿Acaso usted no más es argentino?

Y para sostener esta frase de insubordinación sublime, provocada por la duda del superior, el bravo miliciano se lanza adelante; tras él fueron otros, y al fin, todos.

EL RECUERDO DE UNA MADRE

Quiroga era tan locamente aficionado al juego, que, en cuanto llegaba á una población, lo primero que hacía era armar partida, invitando á jugar á los vecinos más espectables y de mejor situación, á quienes, por buenas ó por malas, desplumaba lindamente dejándoles la bolsa vacía.

Sin embargo, sucedióle una vez, que, sin pensarlo, encontró la horma de su zapato; tres habitantes de San Juan, maestros en el arte, poco airoso, de hacer trampas.

Fueron éstos un señor Bonetti, italiano, que se hacía pasar por médico, don Pedro Celestino Oro y don Juan Antonio Maurín, criollos ambos.

Puestos de acuerdo, Bonetti adquirió en Mendoza un gran lote de naipes que señaló con pintas casi imperceptibles puestas en el canto de las barajas, vendiéndolas después, por segunda mano, á la tertulia.

Usar las barajas y empezar á perder Quiroga fué una misma cosa, y tantas fueron sus pérdidas, que no tardó en entrar en sospechas.

Cierta noche, con gran disimulo se apoderó de varios de estos naipes que, cuidadosamente revi-

sados, le demostraron claramente la existencia de señales marcadas en ellos.

Presa de violenta cólera manda detener á los tres tramposos; pero, sólo logra apoderarse de Bonetti: Oro y Maurín, quizá avisados, huyeron sin dejar huella.

Quiroga, que solía hacerse la justicia por su mano, tuvo esta vez el capricho, en vez de fusilar á Bonetti sin proceso ni formalidad alguna, como era su costumbre, de llevarlo ante el Juez de Paz, acusándolo de robo.

—Señor Juez — dijo, mostrando la baraja — desde que tomé naipes en las manos, y eso fué siendo muy niño, jamás he visto una baraja mejor y más diestramente *compuesta* que la que tengo en la mano. Examínela y véala usted.

Y diciendo esto puso en poder del Juez los naipes probatorios del delito; efectivamente, se veían en el canto de algunas de ellas pintitas negras, casi imperceptibles á la vista.

Cuando todos hubieron comprobado el fraude, Quiroga continuó: Sin respeto ni miramiento, ese gringo pícaro ha introducido barajas de estas en la tertulia en que yo juego, con el propósito de robarme mi dinero.

Yo hubiera mandado fusilarlo en el acto, pero no he querido, aunque, como es natural, voy darle su merecido.

—Vamos — exclamó dirigiéndose á Bonetti — elija, entre quinientos azotes dados en la plaza, ó cincuenta en el naranjo de mi casa.

Cualquiera de los términos de la propuesta significaba para Bonetti, además de la vergüenza, la muerte. Desesperado y lleno de angustia, corrió á los pies de Quiroga, y abrazándose á sus rodillas, le dijo: — *Gracia, perdón por Dios, Excelentísimo señor general, yo mandare decirle misas á la finada su señora madre con toda la plata que Vuecencia dice que le he robado*[1]

Quiroga púsose lívido, y echando fuego por los ojos, rugió, más que habló, en esta forma: — ¡Malvado, pícaro y miserable gringo! *¿Crees que mi madre tiene necesidad de que le manden decir misas con plata robada?*

Y rápido como una centella, irritado y nervioso, pasó á una pieza contigua, donde se encerró.

Al rato hizo pasar al Juez de Paz, á quien le dijo conmovido: — *Dígale á ese bribón que usted se ha empeñado en su favor conmigo, y que yo, debido á su mediación, le perdono, con tal de que dentro de veinticuatro horas haya salido de la provincia, bajo pena de ser fusilado si así no lo hace.*

Mucho antes del término señalado, Bonetti había desaparecido, para no volver nunca á San Juan.

. . . . . .

Quiroga, en medio de sus grandes defectos, tuvo un rasgo delicado: amó y respetó siempre á su madre.

No cabe duda que su recuerdo salvó la vida del aventurero que, en un instante supremo, lo invocó, aunque de un modo harto estrafalario.

[1] Cuando pasó esta escena, la madre de Quiroga aun vivía.

CONMOVEDORA ELOCUENCIA

Era el doctor don Juan Baltasar Maciel, de quien se dijo que en él puso la Naturaleza cuanto dividido en muchos basta para conciliarles nombre y esplendor, además de sabio polígrafo, orador de incomparable elocuencia.

La memoria de sus contemporáneos conservó indeleble recuerdo de muchos de sus elogios, panegíricos y sermones; pero, en ninguno de ellos rayó á tanta altura como en la sentida súplica que al morir elevó al cielo, encomendándose á la misericordia divina.

Horas antes de expirar, dirigiéndose á su amigo don Juan Eusebio González, que le asistía y cuidaba, le dijo: — *Compadre, alcánceme usted este Cristo, que quiero verle la cara.*

González le complació, y, cuando el moribundo lo tuvo en sus manos, miróle profunda y amorosamente, besándolo al fin con santa devoción.

Luego, con voz amantísima, velada ya por la muerte, empezó á dirigir á la imagen una exclamación tan sumisa, cariñosa y tierna que llegó al

alma de cuantos le escuchaban, obligándoles á salir de la habitación para no afligir ni turbar con un llanto que les era imposible contener, la dulce serenidad de aquel grande espíritu; de aquel ejemplar sacerdote cuya prodigiosa y bella palabra, inspirada siempre, alcanzó á tocar en lo sublime en los últimos instantes de su noble y combatida existencia.

UN INSULTO Y UNA VENGANZA

El general don Alejandro Heredia, figura culminante de la federación en las provincias del Norte, tenía la triste costumbre de embriagarse, entregándose, cuando se hallaba en tan lamentable estado, á los más deplorables exceso.

Una tropelía cometida estando bajo el imperio del alcohol originó su muerte, y, con ella, el cambio de la situación tucumana.

Hallándose en Salta, afrentó, dándole de bofetadas, al comandante don Gabino Robles, hombre duro y valiente.

Éste devoró la injuria, pero juró vengarse, no tardando en cumplir su promesa.

El 12 de noviembre de 1838, Heredia se dirigía en coche á su hacienda *La Arcadia*, acompañado de su hijo y de dos amigos.

Al llegar á la altura de Lules, salieron de entre los árboles, donde aguardaban emboscados, los comandantes Gabino Robles, Juan de Dios Paliza, Vicente Neyrot, Gregorio Uriarte y el teniente José Casas.

Heredia, al percibir pisadas de caballos, sacó la cabeza por la portezuela del coche, y con voz emocionada, preguntó al que primero se le puso delante, y que resultó ser el ofendido:

— ¿Qué hay Robles? — Todo lo que usted pida se le dará.

— Lo que hay son los bofetones de Salta, y lo que pido y lo único que quiero, es tu vida, que voy á tomar. ¡Muere, tirano!

Y sin decir nada más, descerrajó tres tiros sobre Heredia, que cayó pesadamente sin vida.

Robles se dirigió — una vez consumada su venganza, — á la ciudad, donde, al conocerse la muerte de Heredia, los ciudadanos se entregaron á bulliciosos extremos de alegría. *¡Ya sucumbió el tirano!* era el grito del pueblo, que se encontraba, de repente, libre del que durante largos años lo había tratado despóticamente, como si fuera su absoluto y natural señor!

———

EN DEFENSA DE UN HERMANO

Don Juan Martín de Pueyrredón fué uno de los patricios que con más ardimiento y entusiasmo trabajó para emancipar á su patria del poder español.

Tanto fué el crédito y prestigio que conquistó entre sus paisanos, que el virrey Cisneros, juzgando peligrosa su presencia en Buenos Aires, le puso preso y ordenó que fuese remitido á Cádiz bajo partida de registro.

De la impresión que tal suceso produjo, da cuenta exacta el general Guido en su interesante *Reseña histórica,* de la Revolución de Mayo.

Cuando la señora doña Juana Pueyrredón de Sáenz Valiente tuvo noticia de la prisión de su hermano, se presentó en el cuartel de Patricios, donde aquél se hallaba detenido, y con palabra ardiente é insinuante se dirigió á la guardia que custodiaba al preso, exhortándola para que, en obsequio á la patria le pusieran en libertad, y dejasen de ser instrumento de un poder tiránico y opresor que perseguía á un hombre honrado y

bueno, cuyo único delito consistía en ser partidario entusiasta y decidido de la libertad de su Patria.

—¿Consentiréis—les dijo—que sea sacrificado vuestro compatriota y amigo, por la cruel injusticia de un gobernante? ¿Consentiréis que sea expulsado de su país, quizá para siempre, sin hacérsele un cargo, sin oirle ni juzgarle? ¡No, Patricios; dejad libre á mi hermano, si no queréis haceros cómplices de una iniquidad que amenguaría vuestra fama!

La tropa, silenciosa, escuchaba con marcada simpatía estas y otras razones, mirando llenos de admiración y respeto á la animosa matrona que con tal tesón y valentía se expresaba.

Los oficiales demostraban en su semblante cuáles eran las disposiciones de sus ánimos y cuán profunda impresión les causaba la resuelta actitud de la noble patricia.

Dos horas después de esta escena, evadíase Pueyrredón por una de las ventanas del cuartel, sin hallar en su camino ni centinela, ni ronda que le detuviera.

La amistad se encargó en seguida de proporcionarle asilo; hallándolo, segurísimo por cierto, en casa de don Francisco Orma.

¡ASÍ DISERTA EL CUYANO!

El Padre Justo de Santa María de Oro, que con don Narciso de Laprida representó á la provincia de San Juan en el Congreso que declaró la Independencia argentina, era de una apostura tan modesta y de tan humilde expresión, que nadie, sin conocerle muy á fondo, hubiera reconocido en él al profesor de sólida ciencia y al orador de honda inspiración y alto vuelo.

Terminados los estudios de latinidad y de teología, que hizo en el convento de su ciudad natal, pasó á Chile para terminar su carrera, recibiendo las órdenes sagradas á los 21 años por dispensa del papa Pío VI, pasando luego al convento de la Recoleta Dominica.

Tratábase, cierta vez, de proveer una cátedra vacante y había empeño en proteger á un religioso tan escaso de talento como abundante en padrinos, influencias y protecciones.

Los directores de la comunidad, para conseguir que el recomendado triunfase fácilmente y consiguiera la anhelada clase, maniobraron de tal

modo que consiguieron alejar del concurso á los frailes de reconocida capacidad, á la vez que estimularon la concurrencia de los notoriamente ineptos ó faltos de luces.

Estaban preparando las listas de candidatos, eliminando á unos é incluyendo á otros, cuando uno de los reverendos, que confundía la timidez de fray Justo con el azoramiento del que se reconoce nulo y falto de conocimientos, exclamó:

—Pero, ¿y el cuyano, dónde lo dejamos?

—Es cierto—dijo el prior, con burlona sonrisa—nos olvidábamos de uno que no puede faltar.

—¡Quién sabe!—repuso otro de los presentes—Temo que fray Justo nos dé una sorpresa.

—¡Él, el religioso de menos palabras de la comunidad! ¡Él, darnos una sorpresa! ¡Bah!

.....

El cuento llegó á oídos del fraile sanjuanino, quien tanto como humilde y tímido, era digno y pundonoroso, y que sintiendo en el alma el infundado menosprecio, propúsose darle aguda y cumplida contestación.

Cuando en el certamen llególe el turno de hablar, lo hizo con tanta elegancia, precisión y acierto y adujo tantos y tan juiciosos razonamientos, que no sólo pulverizó los argumentos de los concursantes que le habían precedido, sino que refutó también, cumplidamente y en un todo, varios de los conceptos y proposiciones vertidas por los examinadores, quiénes, llenos de asombro y confu-

sión, seguían la brillante y metódica argumentación de fray Justo.

Y cuando, ya asegurada la victoria, descendió de la tribuna, vuelta á su rostro la expresión de humilde timidez que le era habitual, retribuyó los forzados elogios que sus jueces le enviaban, dirigiéndoles, á guisa de reproche, con firmeza, pero sin jactancia, las siguientes palabras:

—*Así, reverendos Padres, así disertan y luchan los cuyanos.*

LAS CLARIDADES DE CHILAVERT

Era el coronel de artillería don Martiniano Chilavert, además de un jefe valiente y muy instruído, hombre de un carácter tan recto y leal, que le era imposible ocultar lo que sentía ni disfrazar sus pensamientos é impresiones.

Tratábase de resolver por cuál punto invadiría el *Ejército Libertador,* que, al mando de Lavalle, iba á hacer la guerra á Rozas y á sus secuaces.

Chilavert se había declarado partidario de que la expedición libertadora operase inmediatamente sobre Buenos Aires; pero la comisión civil que acompañaba á Lavalle y que tenía mucho influjo sobre el general, sin destruir ni contestar las sólidas razones aducidas por el coronel, hizo prevalecer la opinión de que el ejército desembarcase en Entre Ríos.

Así que hubo hablado el encargado de defender el dictamen de la comisión civil, Chilavert se levantó, y dijo á los que tenía más cerca:

—Ya no hay que hacer, señores: iremos á Entre Ríos. ¡La toga se empina y se hace pun-

tiaguda para desempeñar el papel de la espada! ¡Ojalá nos vaya bien; pero mucho me temo que, si seguimos así, tengamos que lamentar después una desgracia mucho mayor que la que lamentamos hoy en nuestra patria!... — ¿Cuál? — le preguntó el coronel Montoro. — La de que nos gobiernen este clérigo y los abogados que nos quieren dirigir ahora.

¡Y el clérigo y los abogados á quienes aludía estaban á un paso de él!

En otra ocasión, el coronel Vega y otros militares fueron á rogarle que les acompañara para pedir á Lavalle que no admitiera en el ejército liberal al benemérito general Olazábal.

Chilavert se negó á ello, diciendo, mientras arrojaba el papel sobre una mesa:

— El general Olazábal es un noble servidor de la patria, capaz de dar lustre al ejército en que forme; esta solicitud es simplemente una villanía.

— ¿Una... qué? — interrogaron los jefes que la firmaban, avanzando hacia el que tan duramente les trataba, con aire amenazador.

— ¡UNA VILLANÍA! — repitió Chilavert con firmeza.

Los solicitantes se retiraron silenciosos, domados por la entereza de aquel pundonoroso soldado que jamás se dobló ni ante el poder ni ante la injusticia.

UNA VIVEZA DEL CORONEL DÁVILA

El coronel don Nicolás Dávila, el honrado y noble patricio riojano cuya memoria conserva la generación actual rodeada de una aureola de respeto y cariño, era el tipo del ciudadano probo y virtuoso y del militar bravo y caballeresco.

Su vida agitada y revuelta, como la de casi todos los hombres de su época, está cuajada de accidentes y episodios ya curiosos, ya emocionantes, pero siempre dignos y honrados.

Cuando el célebre general Benavidez, imbuído por Rozas, llegó, en una de sus correrías, al corazón de La Rioja, el coronel Dávila, que había intentado contenerle, fué hecho prisionero con sus dos hijos, Cesáreo Guillermo y Maximiliano.

De retirada el ejército invasor, acampó en Sañogasta: entrada ya la noche, Benavidez, que era muy dado al juego, mandó llamar á Dávila y le propuso una partida.

El coronel, sin hacerse rogar, aceptó.

Horas después, ya vuelto á su alojamiento y conversando con su hijo Cesáreo, le dijo:

—¿Sabes que me ha invitado á jugar el geneneral Benavidez?

—¿Y usted que ha hecho, mi padre?

—He jugado y he perdido seiscientos bolivianos.

—Ha hecho usted muy mal, mi padre—exclamó Cesáreo—¿con qué pagamos ahora esta deuda?

—No seas tonto, mi hijo—repuso sonriendo el coronel—me he dejado ganar para que ese bárbaro, con la esperanza de cobrar, nos respete y no nos degüelle en el camino.

. . . . . .

Las previsiones de Dávila se realizaron. El caudillo sanjuanino respetó su vida, limitándose á llevarlo consigo á su provincia, reteniéndole preso en ella.

Durante este tiempo obtuvo permiso para establecer una fábrica de pólvora, con cuyos beneficios pagó íntegra y con intereses la deuda que con Benavidez tenía pendiente.

PREVISIÓN DE MITRE

El día de la gran batalla de Tuyutí, en el momento álgido del combate, acercóse á las filas argentinas, en actitud pacífica y mostrando una completa desorganización, un regimiento de caballería enemiga.

Los batallones argentinos, que habían formado cuadro, suspendieron el fuego al observar que los jinetes sufrían el fuego, calladamente y sin hacer la menor señal de resistencia.

—¡Son pasados! ¡Son pasados! — dijeron varias voces en el cuartel general.

—¡Son pasados! — cundió por las filas de los infantes argentinos.

El general Mitre, que estaba cerca del lugar del suceso, miraba impasible el avance de los enemigos.

Con mucha calma, llamó á uno de sus ayudantes, y, en voz baja, le dió una orden, hecho lo cual volvió á su primera actitud.

De súbito, y cuando los primeros jinetes estaban ya sobre las bayonetas argentinas, sonó un

clarín, y los supuestos pasados, organizados en un instante, se precipitaron sobre los cuadros de nuestra infantería, agitando al aire las brillantes hojas de sus pesados sables.

Una descarga cerrada hecha á quema ropa, les contuvo un instante; pero, rehechos en un minuto, volvieron á la carga con empuje loco, increíble, tenaz...

Las cargas, cada vez más violentas, se sucedían sin interrupción, poniendo en serios apuros á las fuerzas argentinas, cuando sonó el cañón por uno de los flancos de los asaltantes.

Era la batería de campaña del comandante Maldones que, oportunamente advertida y enmascarada por un palmar, exterminaba á metrallazos el resto de aquellos valientes, dignos de mejor suerte y de sostener más digna causa.

La destrucción de aquella fuerza detuvo á la infantería enemiga que avanzaba al trote, contando con la brecha que suponían abierta por sus jinetes.

El ejército argentino, entusiasmado, vivaba á Mitre, cuya previsión había evitado una sorpresa bien concebida y mejor ejecutada.

Un jefe superior se acercó al generalísimo y, después de saludarle, le expresó que reconocía el error en que había estado, suponiendo que aquellos fanáticos del valor hubiesen abandonado sus filas para pasarse á las nuestras.

Mitre, sonriente, y con su habitual calma, contestó:

— Para hacer la guerra se necesitan indudablemente soldados, armas y dinero: pero, antes que todo, se necesita conocer el carácter del enemigo que se va á combatir.

¡Los paraguayos no se pasan nunca! ¡No lo olvide jamás!

Y sereno como siempre continuó observando el curso de la acción, tan impasible y tranquilo que nadie hubiera creído que aquel hombre superior estuviera rodeado por la muerte.

LA MADRE DE QUIROGA

La Madrid había andado durante todo un día por la seca y ardiente tierra riojana y se hallaba postrado por la fatiga.

Mansa y sosegadamente se presentó en el cuartel general una viejecita de buena apariencia, á quien hacían simpática el bien dispuesto traje y una amable y bondadosa fisonomía.

Manifestó que habiendo sabido la llegada de tropas, deseaba conocer al jefe y ofrecerle sus servicios por si podían serle útiles en algo.

Llevada á la presencia del general, saludóle amablemente y repitió su generosa oferta.

La Madrid, después de agradecerla, le dijo que le quedaría sumamente grato si le procuraba un poco de agua tibia para bañar sus doloridos pies

Con tanto interés como diligencia, buscó y preparó la amable anciana el agua pedida, siendo ella misma quien lavara los pies del general.

El empeño manifiesto de la buena mujer para ser útil y agradable á los expedicionarios, conquistó el corazón de todos, jefes y soldados, atraídos por tanta bondad como mansedumbre.

Al emprender de nuevo la marcha, preguntóle La Madrid cuáles eran su nombre y procedencia.

Entonces contestó con acento á la vez dulce y entristecido: *Tuve un hijo que guerreó mucho, y su recuerdo me hace mirar con simpatía á todos los soldados. ¡Soy la madre del general Quiroga!*

EL ABRAZO DE LA BANDERA

Fué la trinchera de Potrero Sauce, á la par que tumba de valientes, testigo de heroicos episodios y de abnegados sacrificios.

La muerte hacía estragos en las filas del 2 de línea, que, imposibilitado de moverse, esperaba con estoica firmeza el momento de su total destrucción.

El alférez Dantas, abanderado del regimiento, en un hermoso instante de inspiración, bate al viento la enseña patria y se arroja con audacia inaudita contra la fatal trinchera; pero una bala enemiga, hiriéndole en la faz y destrozándole una mandíbula, detiene su carrera y le derriba abatido por el dolor.

La bandera de Belgrano y de San Martín no llegó á tocar el suelo; antes que los paraguayos intentasen apoderarse de ella, alzáronla al mismo tiempo el capitán García y el subteniente Francisco B. Bosch.

-- Capitán — exclamó conmovido el de menor graduación, --yo soy más subalterno, cédame usted el honor de llevar la bandera.

—Subteniente — respondió García, arrojándose en los brazos de Bosch, — juntos la llevaremos, y si Dios no nos protege, á los dos nos servirá de gloriosa mortaja.

Y mientras aquellos dos valientes se confundían en fraternal abrazo, el enemigo hacía sobre ellos un fuego tan nutrido como vano.

Ni una bala tocó á los valerosos soldados que confundían sus almas generosas al amparo de su gloriosa bandera.

UNA AMENAZA DE SAN MARTÍN

La discreción fué una de las cualidades salientes del general San Martín.

Á uno de sus ingenieros, mientras dibujaba bajo su dirección y á su vista un plano secreto de la Cordillera, le dijo en tono entre amistoso y amenazador: *Mucho pulso en el dibujo.* Y agregó: *Si mi mano derecha supiera lo que hace la izquierda, me la cortaba.*

En cierta ocasión se le presentó un oficial del ejército, pidiendo hablar, no al general, sino al ciudadano don José de San Martín.

Introducido á presencia del inflexible jefe del ejército de los Andes, manifestó que deseaba confiar al caballero un secreto del que pendían su vida y su nombre.

Manifestó que era habilitado de un cuerpo y que había perdido al juego la cantidad que recibiera para pagar á jefes y soldados sus haberes.

– Usted sabe cuál es la severidad del general, si se descubre mi falta, que se descubrirá mañana, me fusila y con la vida perderé el nombre hon-

rado que llevo y que no es solamente mío, sino de mis hermanos. Si usted me presta el dinero que he perdido, dándome tiempo de escribir á mi familia, yo repondré íntegra la cantidad recibida, salvaré mi honor y me enmendaré, porque, si usted me salva, doy palabra de honor de no jugar más.

El general le miró un instante con mirada escrutadora, y luego, sin decir palabra, se dirigió á una gaveta, sacó dinero, y en onzas de oro entregó al oficial la cantidad perdida en el juego.

—Entregue usted este dinero á la caja de su cuerpo —le dijo— y guarde el más profundo secreto sobre este asunto, porque si alguna vez el general supiera que usted ha revelado algo de lo ocurrido, en el acto le manda fusilar.

. . . . . .

El oficial tuvo bien presente la terrible advertencia. —Sólo después de su muerte y de la del general se hizo público lo que durante muchísimos años ocultó á todos con sostenido empeño.

LA BANDERA DEL BATALLÓN "CUZCO"

Cuando en el campo de Castañares ya sólo resistía el centro del ejército real, el alférez que sostenía la bandera del batallón del *Cuzco*, la agitó gallardamente con un movimiento que era á la vez de aliento para los soldados que combatían á su sombra y de reto para los que atacaban.

Don Mariano Benítez, que formaba parte del célebre cuerpo de caballería patriota los *Decididos de Salta*, enardecido por la lucha y el entusiasmo, se lanzó á gran galope sobre las filas enemigas, y aprovechando el instante de estupor que su arrojada acción causó en los realistas, arrebató la bandera de manos del alférez que la agitaba.

No bien la tuvo en su poder, cuando un oficial español, reaccionando y deseoso de recuperar la enseña perdida, levantó el brazo y asestó una terrible cuchillada al atrevido patriota produciéndole una profunda herida en la cabeza.

Benítez, al sentirse alcanzado por el arma de su contrario, partió rápidamente á reunirse á los suyos, seguido de su fiel asistente, un negro, es-

clavo de su familia, que sentía gran cariño por su amo.

Los españoles, viendo que se les iba de entre manos, hacíanle un fuego terrible, mientras que los argentinos al verle avanzar, lleno el rostro de sangre y en alto la bandera que tan audazmente había conquistado, le tomaron por un enemigo y le recibieron á tiros, á pesar de las grandes voces que daba el negro, gritando: *¡No tiren, no es enemigo: es mi amo don Mariano Benítez, más patriota que todos ustedes!*

El jefe del batallón más avanzado, don Manuel Dorrego, le conoció al fin y le gritó bien alto: *¡Benítez, oiga, abata esa bandera!*, pero aquél, ya fuera porque no le oyera ó por otra causa, no obedecía.

Dorrego, para sacarle de la posición peligrosa se le fué encima, tomó la enseña, y partió á ofrecerla á Belgrano, á tiempo que Benítez caía desmayado del caballo, debilitado por la emoción y la pérdida de la sangre.

Días después, Belgrano le envió los despachos de capitán, que Benítez devolvió agradecido, diciendo: *que como no pensaba seguir la carrera militar (pues sólo había tomado las armas para ayudar á vencer al invasor del suelo natal), renunciaba al grado que se le ofrecía y que no podía utilizar, quedando suficientemente pagado* CON HABER TENIDO EL HONOR DE HABER DERRAMADO SU SANGRE POR LA PATRIA.

. . . . . .

Benítez, que tenía un negocio de tienda en Salta, al dejar la espada, volvió á tomar la vara para atender á sus parroquianos. Jamás mentó su acto de heroísmo, y cuando alguna vez se hacía referencia á su hazaña, él, modesto en extremo, trataba de quitarle importancia diciendo que sólo el trastorno producido en su naturaleza por el olor de la pólvora pudo lanzarle á ejecutar un acto que de seguro no hubiera realizado á haber gozado de su natural serenidad.

¡Así eran aquellos hombres!

ARRESTOS QUE TERMINAN EN ASCENSOS

Batalla de las desobediencias ha llamado alguien á la de Ituzaingó, y en verdad que no le cuadra mal, pues empezando por Lavalleja, que formó, no dónde convenía y se le mandó, sino dónde le vino en gana, y terminando con Lavalle y Paz que cargaron cuando bien les pareció, raro es el jefe que en tan ruidoso y encarnizado combate no se olvidó de que las primeras cualidades de un soldado son: la subordinación y el respeto á la disciplina.

Cuando cruzaba Paz el campamento para presentarse al general en jefe, sus compañeros de armas se acercaban á él felicitándole: *De esta hecha, coronel, cambia el color de sus palas*[1]. Á lo que Paz contestaba sonriendo: *¡Dios quiera que no me vean ustedes castigado!*

Y así fué; con palabra breve y seca, Alvear le suspendió en el mando.

Durábale aún la excitación que le produjera la contrariedad de haber tenido que aplicar un castigo á un jefe como Paz, cuando se presentó Lavalle.

[1] Las de las charreteras.

—¿Por qué, contra mis ordenes, se alejó usted del campo de batalla?

—Porque los riograndeses son volvedores, señor general, y mientras quedaba un grupito alrededor de Bentos Manuel, volvían á rehacerse.

—Alvear, muy irritado, no aceptó la explicación, y después de haber demostrado á su subordinado que con su desobediencia pudo ocasionar la pérdida del ejército, suspendióle también del mando, como antes lo hiciera con Paz.

* * *

Pasada la hora de la lista, un ayudante dió orden á Paz y á Lavalle de acudir de nuevo á presencia del general en jefe. Cumpliéronlo en el acto, hallando al superior mucho más calmado.

¡Señores generales! —dijo á los recién llegados que, no viendo en la estancia á Mansilla, á Soler ó á Lavalleja, únicos jefes de tal graduación que había en el ejército, se miraron sorprendidos: —queda levantada la suspensión, y, como son ustedes los coroneles más antiguos, y yo tengo autorización para proponer ascensos sobre el campo de batalla, les saludo en el grado inmediato, como á merecida recompensa á los que mayormente han coadyuvado á la victoria de este día.

Pasado el primer momento de desagrado, Alvear, que fué, sobre todo, un gran corazón y un gran valiente, sintió la necesidad de aplaudir á los dos heroicos soldados á quienes con tanta severidad tratara horas antes.

ORIGEN DE LA MARCHA DE ITUZAINGÓ

Entre la enorme cantidad de efectos y material de guerra tomados á los brasileños en el campo de *Ituzaingó* figuraba una valija que contenía varias partituras musicales. En una de ellas y en caracteres de gran tamaño se leía esta nota: *Para ser tocada después de la primera gran victoria que alcancen las tropas imperiales, debiendo darse á esta marcha el nombre del campo en que se libre la batalla.*

La seguridad en el triunfo que tenían los brasileños, y que tan á las claras denunciaba esta nota, inspiró traviesos chistes y agudos comentarios á los jefes argentinos que examinaban el hallazgo.

— Señores, — dijo uno de ellos: — nada quita lo cortés á lo valiente, y nosotros estamos en el deber de ser deferentes con el valor desgraciado, accediendo, en lo posible, á los anhelos de los vencidos. Cumplamos, pues, el deseo bien manifestado en esa nota, dando á esta pieza musical el nombre de una gran victoria; solamente que este

triunfo será argentino, en vez de brasileño; republicano, en lugar de imperialista.

La frase y la idea prosperaron y se dió á la composición encontrada, que, según noticias que se reputan fidedignas, fué escrita por el propio emperador del Brasil, el nombre de *Marcha de Ituzaingó.*

Fué ejecutada por las bandas del ejército patriota, el día 25 de Mayo de 1827, al festejarse en el campamento de los argentinos el décimoséptimo aniversario de la Revolución del año 10.

Con tal motivo pronunció el general Alvear una briosa alocución, proclamando la libertad en aquellas regiones que el látigo del Imperio empapaba con la sangre y las lágrimas de los pobres negros esclavos.

No deja de ser una ironía de la suerte el hecho de que una marcha escrita para festejar esperados triunfos del monarquismo y de las viejas tradiciones, se oyera por primera vez en el aniversario de un radiante triunfo del derecho y de la libertad.

NOBLE SENCILLEZ DE PAZ

Preparando el avance de la división Soler contra los batallones de Leitão, en Ituzaingó, pasó el generalísimo Alvear muy cerca del lugar donde el regimiento de caballería número 2, que mandaba Paz, recibía inmóvil é impertérrito el vivísimo fuego del enemigo.

—*¡Coronel!*—dijo á Paz en tono altanero y seco;—*no estaré contento de usted y de su regimiento hasta que vea las lanzas y los brazos de sus jinetes tintos en sangre hasta el codo.*

El severo Paz, herido en lo más vivo por la rudeza del inmerecido reproche, da breves órdenes, y su regimiento, compacto como un granítico bloque, se precipita como un alud sobre el enemigo.

Á pesar de su temerario valor, que parece haber infundido á cada uno de sus veteranos, es rechazado; retrocede en orden, se rehace, y viendo á su frente una masa de caballería, la embiste, la sablea y deshace por completo, pero de nuevo le obligan á dejar el campo las nutridas descargas de costado que le hacen los cañones y los fusiles imperiales.

Alvear, testigo de las heroicas cargas, reprendió acremente al jefe que las había ordenado, suspendiéndole en el mando.

—¿Sabe usted, señor coronel, á cuántas fuerzas enemigas ha cargado?

—¡Á cuantas tenía á mi frente, señor general! —contestó con sencillez el noble y valeroso Paz.

UN PASTELERO BENEMÉRITO

La situación de los prisioneros patriotas recluídos en las casamatas del Callao, fué, durante su cautiverio, más que precaria, miserable.

Tres reales diarios percibía un oficial para alimentarse y vestirse, cantidad que entonces no alcanzaba ni para mantener un pájaro, dada la carestía y alto precio que los víveres alcanzaban en Lima, y la dureza con que trataban á los prisioneros la casi totalidad de los proveedores.

No faltaron almas generosas que hicieron esfuerzos increíbles para hacer menos horrible la suerte de los infelices cautivos; pero, entre todos los que á tan meritorio objeto dedicaron sus esfuerzos, ninguno es tan digno de recordación como el noble moreno Lorenzo Barbosa, que ejercía el humilde oficio de pastelero, y que, con su inagotable generosidad evitó que el hambre concluyese con muchas vidas.

Regalaba su mercancía ó la fiaba liberalmente á aquellos que, dotados de mayor altivez, no la hubieran aceptado en otra forma.

Un teniente Díaz, porteño, de inagotable buen humor, jaranero é insigne guitarrista, le dijo un día:

— *Mira, Lorenzo, apunta bien lo que te debo, porque te lo voy á pagar el día del triunfo.*

— No me lo ofrezca, mi teniente, — repuso sonriendo el negro, — mire que le voy á importunar día á día, no precisamente para cobrar, sino para tener el gusto de celebrar lo *otro*.

San Martín, en cuya alma nobilísima encontraron siempre eco las bellas y generosas acciones, no olvidó la del humilde pastelero del Callao.

Cuando creó la Orden del Sol, para premiar el valor y el patriotismo, junto con las grandes espadas del ejército instituyó benemérito de la orden al generoso Barbosa, pagando su humanidad y amor á los libres con moneda gloriosa de merecidos afectos y bien ganadas distinciones.

CÓMO ENSEÑÓ Á MANIOBRAR Á SUS GAUCHOS EL ALMIRANTE BROWN

Encargado, el que fué glorioso almirante de nuestra escuadra, Guillermo Brown, de preparar para el combate las primeras naves argentinas, entre los muchos inconvenientes que le salieron al paso tropezó con uno, capaz por sí sólo de haber hecho fracasar á otro hombre de menos energía, de no tanta serenidad y de menor inventiva.

Fué este obstáculo la imposibilidad de proporcionarse tripulaciones homogéneas y disciplinadas.

Los aventureros extranjeros, entre los cuales no era raro encontrar espíritus aviesos y criminales, propensos siempre á la desobediencia y al motín, no eran, ni con mucho, los soldados valientes y entusiastas que necesitaba Brown.

Para acabar de una vez, tomó el partido de substituir á los enganchados forasteros por gauchos y aun indios; éstos eran sumisos, duros para trabajar y combatir, dispuestos á sacrificarse por la patria; pero eran, desgraciadamente, muy ignorantes; no sabían leer ni aun contar y era tarea poco

menos que imposible hacerles conocer el nombre de las cuerdas, de las velas y de las maniobras.

No se apuró el flemático irlandés; viejo lobo de mar, era un repertorio vivo de tretas y de expedientes.

Averiguó que su *flamante* marinería era maestra en el manejo de los naipes y puso á las vergas, palos, cuerdas y velas de los buques los nombres de las cartas de la baraja, logrando por tal medio prontos y sorprendentes adelantos en el adiestramiento de su gente.

Así, oíanse en las horas de instrucción y aun en medio del combate, nombres y órdenes estrafalarias, propias sólo para hacer estallar la risa.

Y, no era para menos: qué otro efecto podía producir en oídos familiarizados con los términos náuticos, oir decir: ¡Larga *el as!* ¡Ata *el caballo!* ¡Amarra *al rey!* ¡Recoge *la sota!*; en vez de los reglamentarios, larga *la mayor*, ata el *bauprés*, ó recoge *rizos?*

. . . . . .

Por tan ingeniosos medios formó el gran almirante á los primeros marineros argentinos; á los que dieron á la patria los gloriosos laureles de los *Pozos*, del *Juncal*, de *Montevideo* y *Costa Brava*.

UNA "TERRIBLE" VENGANZA DE MITRE

Sea porque al oprimirla, lastimase su gloriosa herida de la frente, ó bien porque su temperamento sencillo y republicano le impulsara á ello, es el caso que el general Mitre jamás usó sombrero duro.

Una sola vez se vió obligado á prescindir, por breves momentos, de su popular y democrático chambergo: fué durante su permanencia en Europa.

El entonces Presidente de la República Francesa, Sadi-Carnot, ofreció al ilustre argentino una recepción en el palacio del Elíseo, expresamente preparada en su honor.

Recibir la invitación y empezar á sentirse incómodo, fué para Mitre una misma cosa: fuera de su país, donde en ningún caso tenía necesidad de alterar su sencilla y habitual indumentaria, veíase entonces en la dura necesidad de presentarse de rigurosa etiqueta.

Aparentemente resignado, llamó á su secretario Piquet, y le encargó la compra del incómodo cubrecabeza usual.

Poco después de hecho el encargo, teníalo en su poder.

El general sacó *la galera* de su caja, mirándola con horror, casi con ira; observóla detenidamente, la dió vuelta varias veces entre sus manos, y, por último, encarándose con su secretario, le dijo muy resuelto:

— Vea, haga que le bajen un poco la copa; es muy alta esta galera.

—¡Pero, señor!... — se atrevió á objetarle Piquet.

— Haga como le digo — replicó secamente Mitre.

El sombrero de copa retornó á la casa de donde procedía, y poco después volvía ya recortado.

Nueva inspección y nuevo gesto de desagrado del general.

— Más bajo todavía — exclamó, — dos dedos más bajo.

— Señor — le observó asustado el secretario, — entonces, en vez de galera, va usted á llevar una galerita estrafalaria y ridícula.

— No importa: devuélvala para que la arreglen como yo quiero.

El empleado de la casa salió, probablemente riéndose de aquel extraño cliente que con tanta despreocupación despreciaba las imposiciones de la moda, olvidándose de que estaba ¡nada menos que en París!

Volvió el sombrero, y al hacerle el general su tercer examen, exclamó:

— Está bien. Ahora sí.

Y con tal sombrero fué al Elíseo.

Después de media noche el general regresaba de la brillante fiesta.

Silenciosamente, rabiosamente, se sacó aquella caricatura de sombrero de copa y con todas sus fuerzas lo arrojó al suelo, sonriendo feliz cuando lo contempló convertido en tortilla.

Fué su *terrible* venganza contra la exigente etiqueta.

ESTOICISMO

Uno de los medios más eficaces de destrucción empleados por los paraguayos en su lucha con el ejército aliado, y por cierto, con funesta eficacia, fueron los cohetes á lo *Congréve.*

Cada cohetazo significa una brecha abierta en las filas, un montón de muertos y heridos, que perecen en medio del mayor dolor.

En la batalla de *Yatayti-Corá,* cayó uno de estos proyectiles en el centro de los cuadros formados por la infantería argentina.

El terror se apoderó aún de los más calmosos: apartáronse todos velozmente, esperando el instante en que, estallando el cohete, esparciera en redor la desolación y la muerte.

Entonces sucedió algo verdaderamente grandioso: el mayor don Fernando Echegaray aproximóse rápido y sereno al lugar donde el proyectil mortífero rodaba vertiginoso; separó de un fuerte empellón al abanderado Uriarte, mientras que, sujetando con mano fuerte la vara del cohete fatal, arriesgando la vida para salvar la de sus cama-

radas, corrió á lanzarlo lejos... pero no tuvo tiempo. Antes de soltarlo estalló, y una nube de fuego y humo rodeó el cuerpo del heroico abnegado que permaneció aún un instante en pie para desplomarse en brazos del teniente Solier que presuroso acudió en su auxilio.

El mayor Echegaray, como muchos otros héroes, no tuvo última palabra: ¡tuvo último heroísmo, que ha dejado su nombre escrito indeleblemente en las páginas refulgentes de la Historia.

CÓMO GOBERNABA Á CUYO EL GENERAL SAN MARTÍN

Un oficial le hizo presente que no podía mantenerse con el escaso sueldo que cobraba, por lo cual pedía se le aumentase el plus de ración; el general le contestó «que era de admirar la frescura con »que aspiraba el solicitante á gravar al Estado en »medio de las más premiosas urgencias públicas »y cuando todos los jefes y oficiales del ejército »sufrían sin quejarse iguales molestias y priva»ciones.»

Á un soldado sanjuanino, juramentado por los españoles y que alegaba tal circunstancia para no tomar de nuevo las armas, le contestó así: «El gobernador asume la responsabilidad que ha contraído el suplicante: quedan sus manos libres para atacar al enemigo; mas si una ridícula preocupación aun se las liga, se le desatarán con el último suplicio.»

Al pie de una solicitud de un prisionero español que pedía que en obsequio y gracia de la patrona del ejército, se le acordase la libertad,

puso este decreto: *No ha sido poca* GRACIA *que librase la vida.*

En el sumario de una chacarera presa por haber malhablado de la patria, puso esta providencia: «Sobreséese mediante la entrega de diez docenas de zapallos que el ejército necesita para su rancho.

Para acostumbrar á sus oficiales al peligro, celebraba corridas de toros y los echaba de lidiadores al circo.

En una de ellas, viendo los riesgos que corrían, dijo O'Higgins, que era todo un valiente: *Pero estos hombres ¿están locos?* San Martín le contestó, sonriendo: *Estos locos son los que necesitamos para vencer á los españoles.*

— — —

COMPAÑERISMO

El comandante Lorenzo Álvarez, acompañado de varios oficiales y de un piquete de infantes, trataba de unirse á Mariano Acha, al Bayardo del segundo ejército libertador, que se batía desesperadamente con Benavidez en el lugar llamado «El altillo de la Chacarilla.»

Próximo á conseguir su objeto, vióse detenido por una considerable masa de jinetes que, saliéndole al paso le obligó á retirarse desordenadamente, sufriendo pérdidas de consideración.

Una de las descargas de la gente de Benavidez hirió mortalmente al teniente don Leandro Martínez: éste, que en medio de su agonía no olvidaba cuán temible era la ferocidad de las masas de la *Federación*, se dirigió á su jefe, y con voz suplicante, le dijo:

—Remáteme mi comandante, pero, por Dios no me deje en poder del enemigo.

El comandante se detuvo, y exclamó: *Lorenzo Álvarez no abandona á los valientes; les salva ó muere con ellos.*

Y haciendo honor á su palabra levantó al caído, y con él á cuestas, continuó la interrumpida marcha.

Pero su breve detención le fué fatal; alcanzado por los secuaces de Benavidez cayó, á los pocos pasos, deshecho á balazos.

El noble soldado había cumplido su promesa: no pudo salvar á su herido compañero, pero murió con él.

UN MAL MOMENTO

Al mediar el día 21 de febrero, hallábanse reunidos en la tienda de Alvear los jefes y oficiales superiores del ejército, cumplimentándole por el triunfo de la víspera.

La reunión, en extremo animada, tornóse familiar; recordáronse episodios de la lucha, se lamentó la pérdida dolorosa de jefes tan brillantes como Brandzen y Besares y se hicieron conjeturas y comentarios sobre las posibles consecuencias del triunfo alcanzado por los republicanos.

Alvear, que con su verba fogosa y animada departía amablemente con todos, se dirigió de repente á Lavalleja, y sin acritud, antes bien con amistosa entonación, le dijo:

—General: Si usted hubiera cargado ayer, cuando yo se lo indiqué, al ala izquierda del enemigo que estaba en desorden, no se me escapa un solo brasileño.

Lavalleja, cuya susceptibilidad era excesiva, contestó, sin medir quizá el valor de sus palabras:

—Señor general; yo sé cargar al enemigo sin necesidad de que nadie me lo enseñe.

Esta respuesta, ya no altiva, sino irrespetuosa, llenó de asombro á todos los presentes. Alvear, muy dueño de sí mismo, á lo menos, aparentemente, respondió afable y tranquilo:

—No se trata de esto, señor general, sino de que ayer no cargó usted cuando convenía hacerlo y yo se lo mandaba.

—Yo no soy de los generales que miran al enemigo con anteojo—replicó acremente Lavalleja.

Con esta alusión mortificante, que se refería al frecuente uso que durante la batalla hiciera Alvear del catalejo de campaña, pretendía Lavalleja poner injustamente en duda el innegable valor militar del general en jefe.

Alvear sintió la injuria, y, sin descomponerse, pero con la voz ligeramente alterada, avanzó unos pasos hacia donde estaba su ofensor, á quien dijo con acento breve y enérgico:

—Cállese usted. Si dice una palabra más le fusilo en el acto.

Lavalleja guardó completo silencio, y cuando todos los jefes se retiraron, él, permaneció junto al general.

No se sabe lo que pasaría entre ellos; pero debieron darse mutuas y cumplidas satisfacciones, pues en lo sucesivo, nada reveló ni dió indicios de que entre ellos subsistiera motivo de enojo ó resentimiento

¡QUÉ DIRÁN LAS MUJERES!

Cuando en la famosa tarde del 26 de junio de 1806, los milicianos que habían pretendido oponerse al avance de los ingleses retrocedían desordenadamente ante el firme empuje de los invasores, el subinspector don Pedro de Arce, que las mandaba, exclamó entre confuso é indignado: *¡ Yo mando tocar retirada, no desordenada fuga !... ¡ Qué dirán las mujeres de Buenos Aires !*

Que no estaba equivocado el anciano militar temiendo los reproches y denuestos de las animosas porteñas, lo demuestra bien claro el siguiente hecho:

Para rehacerse de las penurias sufridas recientemente, fueron á comer, el mayor Gillispie y cinco ó seis oficiales ingleses, la noche misma de su entrada triunfal en la ciudad, á la entonces célebre fonda de los *Tres Reyes*, situada en la calle del Santo Cristo, *hoy 25 de Mayo.*

Tocóles sentarse en la misma mesa que algunos oficiales españoles y un criollo algo letrado, llamado Barreda, que amablemente les sirvió de intérprete.

Ni abundante ni escogida resultó la cena, cosa que no era de extrañar, si se considera que los mercados no se abastecían desde la antevíspera.

Servíala la hija del mesonero, arrogante y airosa muchacha, cuyo ceño airado, encendidas mejillas y centelleantes y provocadores ojos denotaban claramente un poco lisonjero estado de ánimo.

Poco tardó en estallar la tormenta, pues, cuadrándose delante de los pobres milicianos, la embravecida moza les espetó sin ceremonia, y como quien dice, á quema ropa, la siguiente arenga, tan expresiva como desnuda de circunloquios y artificios: *Caballeros: Debieron habernos avisado de antemano que era su intención entregar cobardemente al extranjero nuestra ciudad de Buenos Aires; pues juro por mi vida que, á saberlo, nosotras, las mujeres, hubiéramos salido á la calle y echado á pedradas y á escobazos á estos ingleses!*

Y dicho esto, y ya serenada, continuó sirviendo á vencidos y á vencedores, á los que envolvió en una altiva mirada de reto y desdén.

MANOS BLANCAS Y NEGRAS

Como todos los grandes caracteres, era San Martín magnánimo y generoso.

Cuéntase que cuando el capitán general de Chile, Marcó del Pont, recibió el oficio del gran capitán de los Andes comunicándole la declaratoria de la Independencia argentina, al entregar al ingeniero Álvarez Condarco la contestación correspondiente, exclamó: *Yo firmo con mano blanca, no como la de su general, que es negra.*

Más tarde, al saber que el ejército libertador había penetrado en territorio chileno, puso á precio la cabeza del general patriota.

Triunfantes los argentinos en Chacabuco, el mandatario realista abandonó la capital, con el propósito de embarcarse en Valparaíso, siendo hecho prisionero antes de realizar su intento.

Llegado á presencia del general patriota, éste le recibió en pie y con amabilidad suma, tendiéndole amistosamente la mano, mientras le decía, con semblante risueño y acento afectuoso:

—¡Oh, señor general! ¡Venga esa blanca mano!

En seguida lo introdujo en su gabinete de trabajo y conferenció largamente con él.

Esta fué toda su venganza contra quien habíc hecho quemar sus comunicaciones por mano del verdugo y puesto á precio su cabeza.

EL QUE CONMOVIÓ Á LOS PARAGUAYOS

DESPUÉS de haber intentado rebasar la funesta trinchera de Potrero Sauce, el bravo 2 de línea, cruelmente diezmado, muertos ó heridos casi todos sus jefes, quebrado por la fatiga y la tristeza, emprendió la retirada sombrío y silencioso.

Estaba ya á unas cuadras del lugar de la lucha, cuando se vió á un soldado, de varonil y noble aspecto, volver sobre sus pasos, presuroso y resuelto.

Ya de nuevo en el campo del dolor y de la muerte empezó á buscar, por entre los cadáveres, sin apresurarse ni hacer caso de los continuos disparos del enemigo.

Avanzando siempre, llegó al sitio donde cayera el heroico abanderado Julio Dantas; allí donde Bosch y García se dieron el sublime *abrazo de la bandera*[1].

Allí se le vió arrodillarse, tomar por debajo de los brazos y levantarlo sin esfuerzo y echárselo sobre la espalda y partir en rápida carrera.

[1] Véase la página 51.

Un fuego graneado le siguió en su fuga; fuego que cesó de repente obedeciendo á un grito que decía:

—*¡Alto el fuego! ¡No maten al patas blancas!*[1]

Enrique Flores, el animoso y fiel asistente de Dantas, conmovió con su generosa acción el corazón de los paraguayos.

[1] Los paraguayos llamaban así á los infantes argentinos, aludiendo á las polainas que aquellos usaban.

MAGNANIMIDAD

Después de Cancha Rayada, cuando por un momento pareció que se desvanecían las esperanzas de San Martín y con ellas la libertad de Chile, muchos chilenos de significación, aterrados por el desastre, escribieron al general realista Ossorio, declarándose ardientes partidarios de la metrópoli y firmes sostenedores de la causa del rey.

Todas estas cartas estaban en la valija que encerraba la correspondencia secreta de Ossorio, y que éste abandonó, al fugar, derrotado y perseguido, del campo de Maipú; valija que encontró O'Brien, ayudante de San Martín, y que fué entregada, sin abrir, al general argentino.

Leyó el libertador una á una las cartas que tanto y á tantos hombres notables comprometían, y luego de leerlas, y sin revelar á nadie lo que contenían, las arrojó personalmente al fuego.

Con este rasgo magnánimo salvó la vida y el honor de muchos personajes que en un momento de ofuscación y de terror cometieron la debilidad de dudar del porvenir de su patria y de sus ulteriores destinos.

HORA MELANCÓLICA

El día 26 de enero de 1823, dejó San Martín para siempre el suelo de Chile para trasladarse á su querida ciudad de Mendoza, atravesando á lomo de mula los graníticos montes testigos de su genio y de sus hazañas.

Volvía triste y desalentado, y atravesaba solo é ignorado aquellas sendas que seis años antes atravesara seguido de un brillante y entusiasta ejército.

Venía montado en una hermosa mula zaina, con silla de las llamadas húngaras, cubierta con pellón y los estribos liados en paño azul para evitar la frialdad del metal.

Un riquísmo *guarapón*[1] de paja de Guayaquil resguardaba su noble cabeza y cubría su cuerpo un *chamal*[2] chileno: vestía chaquetón y pantalones de paño azul, zapatos, polainas y guantes amarillos.

Su semblante entristecido, tenía una palidez

[1] Sombrero de ala grande.

[2] Poncho chileno.

enfermiza; ¡sólo los ojos, aquellos profundos y escrutadores ojos nacidos para sondear el porvenir brillaban con su acostumbrado fulgor! Acompañábanle dos sirvientes, dos asistentes y cuatro arrieros.

En la cumbre se encontró con el coronel Olazábal, que había salido á su encuentro.

La escena fué tiernísima y sencillamente conmovedora; Olazábal se precipitó sobre el general, abrazándolo por la cintura, arrasados los ojos en lágrimas; San Martín le rodeó la cabeza con el brazo izquierdo, y vencido por la emoción sólo pudo decir: ¡Hijo!...

Un momento después, bajó de la mula para descansar un rato, y sentado sobre una montura, saboreó silenciosamente un mate de café, mientras contemplaba fijamente la tierra que iba á dejar atrás; tierra para él bienamada, redimida por su esfuerzo y por su genio.

Levántose, y disponiéndose á cabalgar de nuevo exclamó con voz impregnada en honda melancolía: *Partamos ya: ¡hora es de bajar de esta eminencia desde donde, en otro tiempo, me contempló la América!*

Y espoleando la mula y bajando la cabeza para entregarse, quizá á sus recuerdos, empezó el descenso.

Al día siguiente del encuentro con Olazábal, 3 de febrero, recordó que en aquella fecha se cumplían diez años de su primer triunfo en América, alcanzado en San Lorenzo, y dijo sonriendo: *Sa-*

pongo que no lo habrán olvidado LOS MATUCHOS[1], *ni yo tampoco; porque la verdad es que me vi muy apurado.*

Ya en Mendoza, se retiró á la chacra que poseía en el pueblo que hoy lleva su nombre, con el designio de pasar allí el resto de sus días entregado á las nobles labores campestres.

Tampoco allí pudo alcanzar el anhelado reposo: vió que no le sería posible permanecer ajeno á las luchas civiles que desgarraban su patria, y antes que mezclarse en ellas, prefirió el destierro.

El 4 de diciembre de aquel mismo año de 1823 entró de incógnito en Buenos Aires; levantó, poco tiempo después, un sencillo monumento sobre la tumba de su esposa, y recogiendo á su hija, que vivía en la casa de sus abuelos, dejó el suelo patrio el día 10 de febrero de 1824.

[1] Los españoles.

———

VALOR Y ASTUCIA

Conocido es el audaz rasgo de la dama salteña doña Loreto Sánchez de Peón de Frías, quien, para poder transmitir á Güemes el número exacto de los soldados españoles que había en Jujúy, se disfrazó de vivandera acudiendo á los cuarteles á la hora de pasar lista, con el pretexto de vender á los soldados pan y bollos que fabricaba con sus propias manos, sin arredrarse ante el duro castigo que se exponía á sufrir si llegaba á ser descubierta[1].

Acto parecido al de doña Loreto realizó el capitán don Apolinario Saravia, el mismo que reveló á Belgrano la ignorada senda de la quebrada de Chachapoyos.

Cuando hubo guiado al ejército patriota á la hacienda de Castañares, quiso completar aquel meritorio é importante servicio introduciéndose en Salta, para informar á Belgrano de cuanto sucedía en la plaza.

Era, tan esclarecido patriota, de color cobrizo,

[1] Veáse la página 181.

violado, por cuya razón se le conocía con el sobrenombre del *Chocolate Saravia*: tenía, además, el rostro limpio de barbas, como la mayoría de los indígenas, y una voz ronca y destemplada de desagradable sonido.

De todas estas circunstancias sacó partido para realizar su intento; vistióse con el traje usual de los campesinos leñadores, calzó ojotas y se cubrió con un sombrero viejo de montañés. Así disfrazado, bajó á la ciudad arreando una recua de burros cargados de leña, que era el único combustible usado en aquellos tiempos, y fué ofreciéndola de casa en casa, departiendo con sirvientes, oyendo á todo el mundo y observando lo que pasaba con tanta sagacidad como disimulo, y sin que la consideración del trágico fin que de haber sido descubierto le aguardaba, le turbara ni preocupara en lo más mínimo.

Cuando hubo visto cuanto podía importar á los patriotas, vendió la leña en la casa de su propia familia, y tomando por el *portezuelo*, regresó al campamento de Belgrano, dando al general clara y completa noticia del estado y disposiciones del enemigo, datos preciosos que ayudaron al jefe patriota á elaborar el plan cuya ejecución consumó la destrucción de los realistas.

POR EL CAMINO DE "LAS MAMITAS"

Seguían al ejército real que á las órdenes de Tristán invadió por primera vez, en 1812, las provincias del Norte, un considerable número de mujeres á las que el pueblo llamaba traviesamente *las mamitas.*

Cuando los patriotas, que habían avanzado silenciosamente, iniciaron, con sorpresa del enemigo, la batalla de Salta, *las mamitas,* que muy tranquilamente daban de almorzar á los soldados del rey, asustadas y llorosas, se dieron á la fuga, llenando el espacio con sus ayes y lamentaciones.

Horas después, ya terminada la acción, los cuerpos españoles, derrotados y en desorden, se retiraron á la ciudad, siguiendo el mismo camino que tomaron las mujeres al escapar por la mañana.

Alguien, notando esta coincidencia, dijo que los *matuchos* iban *por el camino de las mamitas.*

La frase hizo fortuna, y en lo sucesivo se usó de ella, repitiéndola, siempre que se quiso indicar que los españoles iban en derrota, retrocedían ó se retiraban.

SARMIENTO JUZGADO POR URQUIZA

Departía una vez Urquiza con Mármol, Pico, el coronel Mitre y su secretario Elía, cuando la conversación recayó sobre el comandante don Domingo Faustino Sarmiento.

El general tomó la palabra, y consecuente con una modalidad de su carácter que le impulsaba á ser extremado en todo, tanto en el elogio como en la censura, la emprendió con el ilustre sanjuanino, pegándole una soberana tunda y zarandeándolo en toda regla.

En lo más ardoroso de su desahogo, le interrumpió Mitre, diciéndole:

— Señor general, le agradecería me permitiera decirle una palabra.

— Con mucho gusto — le contestó Urquiza; — hable, amigo.

— Era simplemente para advertir á V. E. que el comandante Sarmiento es muy amigo mío.

Urquiza se levantó de donde estaba sentado, y estrechándole la mano, le dijo muy satisfecho:

—¡Así me gustan los hombres! Si usted no fuera así, no sería mi amigo.

Y sentándose de nuevo, puso fin á sus censuras con esta original salida:

—La verdad es que Sarmiento no es malo; *pero es loco.*

PRESENTIMIENTO

Hablábase en un salón mendocino del rumor corriente, según el cual, el general don Juan Facundo Quiroga había muerto en Córdoba de enfermedad natural, cuando una de las damas presentes, la señora María Josefa Álvarez de Delgado, que, junto con doña Dolores Prats de Huici, y doña L. Ferarri, bordó y donó la bandera de los Andes, dijo con extraordinaria vehemencia:

—Esto es de todo punto imposible; ó son falsas las escrituras, ó Quiroga no ha fallecido de muerte natural. *El que á hierro mata, á hierro muere;* ha dicho el Señor, y lo que Dios dice se ha de cumplir.

Estas palabras, pronunciadas con gran energía y con el acento resuelto que sólo una inconmovible convicción presta, causaron mucha impresión en las que las oyeron, recordándolas con supersticioso temor, cuando algunos días después las daban autoridad las noticias oficiales llegadas á Mendoza, haciendo saber que Quiroga, el tristemente célebre *Tigre de los Llanos,* había sido asesinado en Barranca Yaco.

EL PRONÓSTICO DE PAVÓN

El día 4 de febrero de 1852, fueron á saludar y á felicitar á Urquiza por la victoria de Caseros, el coronel Wenceslao Paunero, el teniente coronel Bartolomé Mitre y el comandante Domingo F. Sarmiento; Mitre debía dirigir la palabra al general.

Hecho el cumplido correspondiente, Urquiza contestó:

— Este gran triunfo se debe á los jefes distinguidos que, como *el coronel* Mitre, me han acompañado...

Y dirigiéndose á su secretario Elía, añadió:

— Extienda usted los despachos correspondientes al señor coronel don Bartolomé Mitre.

Para Sarmiento y Paunero, nada: apenas una mirada atenta.

Al retirarse los tres, caminaron cerca de cuatro cuadras sin decir palabra: los desairados iban picados, y Mitre, que comprendía su desagrado, respetaba su silencio. Al fin, exclamó Paunero, dirigiéndose al recién nombrado coronel.

—Ya veo que el general Urquiza le distingue mucho á usted, y no sabe que usted es el que lo va á embromar.

Era el pronóstico de Pavón.

JUANA "LA DRAGONA"

Como era de costumbre en los revueltos tiempos de nuestras guerras civiles, acompañaba á su esposo, soldado en el regimiento de dragones, que mandaba don Juan María Lorenzo, la mujer Juana Montenegro.

Cargaba la tal Juana, un enorme sable, que hacía las delicias de los pifiones y traviesos del cuerpo, que siempre hallaban medio de hacer chacota del famoso sable y de la amazona, que con varonil arresto lo lucía.

—¡Cuando Andresito[1] lo sepa, disparará!—decía uno aparentando extrema gravedad.

—¡Qué disparada, mi alma!—añadía chanceramente otro.

—Quien pagará el pato será el marido—agregaba un tercero. Se desmayará la señora y él por defenderla dejará los huesos en la función.

—¡Diablo con las mujeres! Lo que yo quisiera saber, es á lo que viene esa buena moza con ta-

[1] Andresito fué un indio teniente de Artigas que en diversas ocasiones invadió el territorio de Corrientes y Entre Ríos.

maño *chafarote* —argüía un veterano, maestro en bromas y truhanerías.

Pero Juana, hacía oídos de mercader. Era corrida en trapatiestas y jaranas soldadescas y respondía jacarandosamente á un flechazo con dos, y á veces con tres, diciendo de vez en cuando:

—*Sigan, sigan no más echándolas de graciosos; que yo les prometo que en llegando la ocasión, han de ver á qué he venido.*

Y la ocasión no tardó en llegar. Perseguía Lorenzo con su gente á las fuerzas del artiguista Juan Miguel Chiribao, que merodeaba alrededor del pueblo de Mandisoby, cuando impensadamente chocaron perseguidores y perseguidos, trabándose en combate inmediatamente.

Momentos después de producido el choque, un fuerte aguacero hizo imposible el uso de las armas de fuego, quedando con ventaja los artiguistas, superiores en número á las fuerzas mandadas por Lorenzo.

Éste, que era muy decidido y animoso, no se amilanó, muy al contrario; con voz resuelta y enérgica, mandó:

—*¡Carabina á la espalda, sable en mano y á la carga!*

Juana Montenegro obedeció; desnudó el sable, origen de tantas bromas, y colocada al lado de su esposo, se mezcló en la pelea, fuerte y entusiasta, tan pujante como el dragón más impetuoso del regimiento.

Dispersados y sableados los artiguistas, ella

siguió encarnizada la persecución, volviendo al campamento, dueña de un fusil que arrancó personalmente á un enemigo.

Al entregarlo á Lorenzo, volvióse satisfecha á los soldados, que la miraban sorprendidos, diciéndoles en son de broma.

—¡*Vamos, hagan broma de mi sable, ahora! Ya saben para qué sirve el arma y á lo qué vino la que lo maneja.*

Transmitida la proeza de la guerrera mujer al gobierno, el Supremo Director Pueyrredón dictó un decreto «mandando que dicha Juana Monte-» negro revistase como plaza en el regimiento de » dragones, con haber de soldado durante toda » su vida, y que se le dieran las gracias por su » valeroso comportamiento.»

Desde entonces, la Montenegro, dejó de usar su apellido para ser llamada por todos *La Dragona.*

¿PARA QUÉ SIRVE LA GLORIA?...

Cierto día estaba hablando el general San Martín con su hija doña Mercedes, Sarmiento, el señor Guerrico y otras personas, cuando se acercó á él, mohina y llorosa, su nietecita á quien amaba con delirio.

Haciendo graciosos *pucheros* se quejaba de que le hubieran roto el vestido á su muñeca predilecta, á la que intentaba salvar del frío, envolviéndola en los pliegues de la capa de su viejo y glorioso abuelo.

Viendo que la niña no se consolaba y con el deseo de distraerla, San Martín se levantó, abrió su modesto ropero y entregó á la gentil niñita, una medalla de la que pendían unas cintas ya descoloridas, diciéndole al dársela:

— *Toma, mi hijita, ponle eso á tu muñeca para que se le pase el frío.*

Al poco rato, la señora de Balcarce, recogió del suelo la cinta y la medalla que la criatura, ya consolada, había dejado caer, leyendo esta inscripción casi borrada: *Bailén — 8 de junio de 1808.*

—Padre—dijo al general—¿no se ha fijado usted en lo que dió á la niña? ¡Es la cinta y condecoración que el gobierno de España acordó á usted por haber sido uno de los vencedores de los franceses en Bailén?

San Martín sonrió con melancólica tristeza, y exclamó dulcemente:

¿Y qué?... *¿Cuál es el valor de todas estas cintas y condecoraciones, si no alcanzan á detener las lágrimas de un niño?*

———

UN PRESAGIO

De paso para el campamento de Ábalos, á donde se dirigía para tomar el mando del primer *Ejército Libertador* correntino y abrir una campaña contra el tirano Rozas, desembarcó, el día de la Natividad del Señor del año 1838, en el puerto de Goya, el Capitán general y Gobernador de Corrientes, don Jenaro Berón de Astrada.

Goya, como todos los pueblos de campo, carecía de matadero público, carneándose las reses destinadas al consumo, allí donde mejor le acomodaba al dueño de los animales sacrificados; por cuya razón era frecuente tropezar con charcos de sangre, fresca ó coagulada, y con montones de despojos que quedaban, junto al lugar de la matanza, á disposición de los perros y aves de rapiña.

Caminaban en campo abierto el gobernador y don Gregorio Pampín, cuando el magnífico zaino que montaba el primero, asentó casualmente la mano izquierda en un hoyo lleno de sangre, haciendo saltar un chorro de ella sobre la elegante casaca y el blanco pantalón de Berón de Astrada.

La mancha roja formaba una lista que, par-

tiendo de la pierna derecha, llegaba junto al corazón.

— *Mira eso, Gregorio* — dijo Astrada á Pampín, señalándole la mancha — *es curioso, ¿no?*

Y luego, añadió sonriendo festivamente: *Un romano que se hubiera encontrado en mi lugar hubiera renunciado á salir á campaña, teniendo esta circunstancia casual por funesto y desgraciado augurio; afortunadamente vivimos en tiempos mejores, y yo, no creo en agorerías.*

La conversación recayó sobre el tema primitivo, olvidándose muy pronto lo sucedido y las palabras de Astrada.

Desgraciadamente el augurio tristísimo era cierto — decía el señor Pampín, años después, al recordar el episodio: — dos meses más tarde, Astrada y dos mil correntinos pagaban en la luctuosa jornada de Pago Largo su amor á la patria y á la libertad.

UN PREDECESOR DEL SARGENTO CABRAL

Sabida es la hazaña del sargento Cabral, que salvó en San Lorenzo la vida de San Martín y con ella, según la bella frase de un poeta, *la libertad de un mundo;* pero lo que muchos ignoran es que el servicio prestado por Cabral al futuro libertador de Chile, se lo prestó años antes, al propio jefe, un humilde soldado español del regimiento de húsares de Olivenza, llamado Juan de Dios.

Abiertas por el ejército del general Castaños las operaciones contra el francés Dupont, jefe de las tropas del emperador Napoleón, que ocupaban la región andaluza, al llegar á Arjonilla, recibió orden el entonces capitán de los ejércitos españoles don José de San Martín de hacer un reconocimiento sobre el enemigo, acompañado de veinte jinetes apoyados por una guerrilla de infantería.

Encontróse, súbitamente, á corta distancia de una numerosa fuerza de caballería francesa, á la que cargó, atrevidamente, sin preocuparse de la inferioridad numérica de sus soldados.

Diez y siete enemigos quedaron sin vida en el campo, cayendo toda la caballada, más cuatro soldados en poder del bravo capitán.

Llevado de su arrojo, San Martín vióse por un momento envuelto por el grueso de sus contrarios é iba ya á ser muerto por un corpulento dragón francés, cuando fué salvado por el soldado Juan de Dios que de un potente sablazo dejó sin vida al que intentó quitársela á su capitán.

San Martín le recomendó en su parte, sin mencionar el hecho, siguiendo la costumbre que conservó toda la vida, de no ocuparse nunca de su persona.

UN EPISODIO DE LA GUERRA GAUCHA

El levantamiento de Salta, ante la invasión de los realistas, engreídos por sus recientes victorias en el Alto Perú, es uno de los episodios más bellos y tocantes de la legendaria historia de nuestra guerra de la Independencia.

En los campos no quedó un rancho habitado; hombres, mujeres y niños, todos marcharon al combate; y cuando los invasores penetraron en Salta, creyeron entrar en un cementerio; al partir, sus moradores sacaron los badajos á las campanas para que ni siquiera pudieran los españoles celebrar sus triunfos.

Ni aun los frailes quedaron en sus conventos. Entre todos los de la capital sólo dos religiosos, ancianos y achacosos, incapaces casi de andar, quedaron junto al altar para rogar á Dios por el triunfo de la justicia y para administrar los sacramentos á los enfermos y á los vecinos que por su extremada edad se vieron precisados á quedarse.

Fué tal la entereza y decisión de aquel pueblo, que los que no tenían armas con que combatir, iban, á pecho descubierto, á arrancarlas al enemigo.

Cuéntase que una vez posesionado de Salta, el jefe de la vanguardia realista destacó una partida de treinta hombres, armados de sables y tercerolas, á las órdenes de un teniente peruano llamado Ezenarro, para que ocupase el distrito de Chicoana, en el valle de Lerma.

Ezenarro, por lo mismo que era americano, se conducía con más rigor con los de su raza, que los españoles peninsulares.

Tan déspota se mostró, que el paisanaje, airado, resolvió levantarse contra él y arrojarle del poblado.

— *No hay más que alzarse contra ese canalla* — decía uno de los más decididos, hablando con un grupo de convecinos.

— *Eso está dicho pronto* — replicó otro — *pero, ¿y con qué armas?*

— CON LAS QUE LES QUITAREMOS — contestó serenamente el interpelado.

Y así fué. Un propietario de la localidad, muy popular y querido de todos, Luis Burela, se puso al frente de la insurrección, sorprendió la partida, se apoderó de Ezenarro, al que, con sus compañeros envió presos á Tucumán, y armando á sus paisanos con las armas arrebatadas á los soldados del Rey, salió á campaña, convirtiéndose en uno de los más audaces y temibles guerrilleros de aquella guerra gaucha que contuvo á los ejércitos realistas, cerrándoles para siempre el camino de Córdoba y Buenos Aires.

DESINTERÉS DE SAN MARTÍN

El Cabildo de Mendoza, siguiendo una costumbre tradicional, preparó á San Martín, que acababa de ser nombrado gobernador intendente de Cuyo, alojamiento digno de su categoría, y así se lo comunicó.

El general, contestó; que en el curso de su vida, jamás había experimentado sentimiento igual al que le afligía al rehusar la primera prueba de afecto de un vecindario y de una corporación á los que deseaba consagrar su existencia.

El Cabildo insistió en la oferta, y San Martín consintió en aceptar el alojamiento ofrecido, por un tiempo prudencial, para que no se achacase á desaire la negativa, y dejar á cada uno en el lugar que le correspondía.

San Martín hizo este pasajero sacrificio de sus convicciones en beneficio y honor del pueblo con el cual tanto deseaba vivir en armonía.

En otra ocasión, se supo que iba á mandar á su esposa á Buenos Aires, *por la escasez de su sueldo, del cual había donado la mitad á la Nación,*

y que, para costearle el viaje, había tenido que vender un mueble de su uso.

Inmediatamente le ofició el Cabildo, diciéndole: « Que por honor del pueblo y en reconocimiento » á sus desvelos, que habían dado otro ser á la » provincia de Cuyo, engrandeciéndola, creía de- » ber arbitrar los medios para su decorosa exis- » tencia, ofreciéndole abonar de sus recursos mu- » nicipales el sueldo íntegro que le correspondía.

Contestó San Martín en los siguientes términos, tan nobles como explícitos: « Desde el mo- » mento de la pérdida de Chile, me resolví á se- » pararme de mi pequeña familia. La interposición » del Cabildo me lo hace suspender por segunda » vez, para que no se atribuya á temor de los » enemigos. Mis necesidades están suficientemente » llenadas con la mitad del sueldo que gozo. En » retribución á mi deferencia, espero se suspenda » todo procedimiento en materia de aumento de » sueldo, en la inteligencia de que no será admi- » tido por cuanto existe en la tierra.

Así eran aquellos hombres entusiastas y virtuosos: ¡dignos y grandes en todo!

PATRIOTISMO DE LAS DAMAS MENDOCINAS

Cuando San Martín organizaba el ejército de los Andes, tuvo que luchar, en infinitas ocasiones, con la falta de recursos, tan absoluta en ciertos casos, que puso en peligro los planes y la obra del futuro vencedor de Chacabuco y Maipú.

Pero, la mente fecunda del Gran Capitán halló siempre el medio de salir de apuros, valiéndose, principalmente, de una cualidad que poseía en grado eminente: la de saber excitar el inagotable patriotismo de los nobles hijos de Cuyo.

En 1815, coincidió con la penuria más extrema, la noticia de que diez mil soldados españoles, al mando del general Morillo, se dirigían á Buenos Aires, para someterla de nuevo al dominio de Fernando VII, ya repuesto en el trono, después de su cautiverio en Francia.

San Martín no se desanimó, muy al contrario; habló á los mendocinos en los siguientes términos:

« Es llegada la hora de los patriotas. Se acerca » al Río de la Plata una expedición de diez mil » españoles. Ya no se trata de encarecer las vir- » tudes republicanas, ni es tiempo de exhortar á

» la conservación de las fortunas ó de las como-
» didades de las familias. El primer interés del
» día es el de la vida, éste es el único bien de
» los mortales. Sin ella, también perece con nos-
» otros la patria. Basta de ser egoístas para em-
» peñar el último esfuerzo en este momento único
» que para siempre fijará nuestra suerte. La po-
» breza de las cajas de esta provincia no alcanza
» á las primeras atenciones, al paso que ellas se
» multiplican. Desde hoy quedan reducidos nues-
» tros sueldos á la mitad. Yo graduaré el patrio-
» tismo de los habitantes de esta provincia por
» la generosidad, mejor diré, por el cumplimiento
» de la obligación que tienen de sacrificarse.

Mendoza fué digna de su Gobernador. Con noble entereza hizo el esfuerzo que se le pedía. Las damas de más significación, con la señora doña Remedios Escalada de San Martín á su cabeza, se presentaron al Cabildo y, en presencia del pueblo se despojaron de sus joyas, que cedieron al tesoro común, diciendo: LOS DIAMANTES Y LAS PERLAS, SENTARÍAN MAL EN LA ANGUSTIOSA SITUACIÓN DE LA PATRIA, QUE EXIGE SACRIFICIOS DE TODOS SUS HIJOS, Y ANTES DE ARRASTRAR LAS CADENAS DE UN NUEVO CAUTIVERIO, OBLAMOS NUESTRAS JOYAS EN SU ALTAR.

La situación angustiosa del tesoro mejoró por el momento; y en cuanto á la expedición de Morillo, que hubiera podido variar quizá los destinos de la Revolución, cambió de rumbo, yendo á Costa Firme, donde Bolívar dió cuenta de ella.

BRINDIS FAMOSO

El ejército del Norte, remontado hasta 4.000 plazas, con dos baterías de artillería, había invadido por tercera vez el Alto Perú, bajo las órdenes de Rondeau.

Puesto en contacto con el enemigo, el 29 de noviembre de 1815, sufrió una completa derrota en Sipe-Sipe.

Este contraste pareció acabar con el último esfuerzo de la revolución argentina; por eso los realistas lo celebraron ruidosamente, y por la misma razón había sembrado en el país la consternación y el desaliento.

San Martín, cuyo genio preveía la final y completa derrota de los enemigos de la libertad fué el único que no sólo no perdió la calma, sino que auguró un próximo y brillante desquite.

Deseando borrar la profunda impresión que la noticia del desastre había producido en todos los ánimos, reunió en un banquete á sus oficiales, y á los postres, púsose en pie, y con voz vibrante y llena de firme convicción, propuso un

brindis general: POR LA PRIMERA BALA QUE SE DISPARE CONTRA LOS OPRESORES DE CHILE DEL OTRO LADO DE LOS ANDES. Estas valientes y enérgicas palabras, que corrieron como un reguero de pólvora por todo el país, encontraron un eco en todos los corazones; la confianza volvió á renacer y la fe en los destinos finales de la Revolución arraigó más profundamente que nunca en las almas patriotas.

EL PATRIOTISMO DE UN COMEDIANTE

En agosto de 1812, el gobierno, atendiendo al inminente estado de ruina en que se hallaba la *Casa Provincial de Comedias*, ordenó su clausura, permitiendo á cada uno de los cómicos una función de beneficio, á fin de evitar que, privados de pronto de sus ordinarios medios de vida, cayeran en la miseria.

Entre estos cómicos había uno, argentino, llamado Ventura Ortega, notable por el ardiente patriotismo que demostraba, y por el fervor revolucionario con que declamaba los vibrantes versos de la *Roma libre*.

El beneficio de Ortega, que fué el más concurrido de todos, produjo más de cuatrocientos pesos, suma crecida entonces, y que el patriótico actor, sin cuidarse de su crítica situación, formó el propósito de donar íntegra á beneficio de la causa de la libertad y de la patria.

El Cabildo, asombrado ante el acto de noble civismo del animoso cómico, y teniendo muy en cuenta que aquella cantidad constituía el solo

haber de un hombre que quedaba sin medios de vida, y que, además, tenía esposa y siete hijos á quienes mantener, se negó á aceptarla.

Y entonces se vió algo muy delicado y tierno: se vió al pobre Ortega suplicar, pedir, poner empeños para conseguir que su don fuese aceptado, logrando al fin, después de muchas instancias, que el gobierno le aceptase el valor de un fusil.

El decreto en que se aceptaba una parte del donativo del patrótico actor, dice así:

«Buenos Aires, 20 de agosto de 1812. — El gobierno, reconocido á la generosidad del donante, y prestando las debidas consideraciones á su benemérita familia, admite el donativo de una onza con destino á la satisfacción de un fusil, en que se pondrá el nombre de este virtuoso patriota, para que defienda con él los derechos de su patria en las ocasiones de guerra que se ofrezcan en esta capital, devolviéndosele la cantidad restante con las más expresivas gracias á nombre de la patria y del gobierno, que jamás olvidará ese rasgo heroico del patriotismo: contéstese al Excmo. Ayuntamiento, y publíquese en la *Gaceta Ministerial*. — Hay tres rúbricas de los señores del gobierno. — HERRERA.»

Este episodio da idea de cuál era el elevado espíritu, civismo y amor patrio de la inmortal generación que hizo á la Nación libre é independiente.

¡ANDÁTE A CHILE!...

CUÉNTANSE, del gran Sarmiento, infinitos chistes é innumerables anécdotas que demuestran la traviesa donosura de aquel brillante y poderoso espíritu.

Visitábale á diario un joven, pariente cercano de un íntimo amigo del viejo luchador.

Era el cotidiano visitante un mozo de cortos alcances, que se había propuesto ser médico, y que, á fuerza de tiempo y testarudez, y á pesar de los fracasos y calabazas consiguientes, logró salirse con la suya.

Orondo y satisfecho, como es de suponer, una vez concluídos sus estudios fué á comunicárselo á Sarmiento, quien, después de felicitarle algo irónicamente, le preguntó:

—Y ahora, muchacho, ¿qué piensas hacer?

—Pues, establecerme en Mendoza...

—¡Hombre, eso si que no debes hacerlo!—objetó el autor de *Facundo,* poniéndose serio.—Los mendocinos son nuestros...

Y luego, dulcificando la voz, continuó con mu-

cha sencillez: — ¿Quieres ser realmente útil á tu país y servirlo contra sus enemigos?

— Ya lo creo que sí — contestó el novel galeno.

— Pues entonces — continuó su interlocutor, con mucha sorna — deja á los mendocinos en paz, y... ¡créeme! *¡andáte á Chile!*...

MODESTIA Y SENCILLEZ

El carácter de nuestros próceres pone de manifiesto una cualidad que fué común á todos: la modestia.

De ella dió una gran prueba el general Guido, el íntimo amigo, colaborador y confidente del libertador San Martín.

Portador del parte de una de las victorias del vencedor de Chacabuco y Maipú, fué objeto de delirantes ovaciones, y se vió entrado en brazos de la multitud entusiasmada al antiguo Fuerte, residencia de las supremas autoridades.

No pudo, el insigne patricio, ocultar la contrariedad que le causaban los elogios que todos sus conciudadanos á porfía le prodigaban, y que él, en su simpática sencillez, juzgaba excesivos y aun inmerecidos; y, para protestar de ellos envió á los diarios estas hermosas y nobles palabras, que la historia nos ha transmitido:

» Es verdad que mucho tiempo ha, inculqué » entre mis amigos la necesidad é importancia de » la restauración del reino de Chile, del mismo

» modo que elevé al gobierno mis observaciones
» á este respecto; pero ni por esto me reconozco
» con derecho al elogio público, ni menos á ser
» enumerado entre los beneméritos triunfadores.

» Envidio sus victorias y proclamo que sólo
» ellos merecen nuestro loor eterno.

Dígnese V. E. mandar publicar estos mis
» sentimientos, para que en mi silencio no se in-
» terprete que me complace usurpar glorias aje-
» nas, y también para que sepan mis conciuda-
» danos, que sólo aspiro á confundirme con ellos,
» al tributar mi gratitud y admiración á los va-
» lientes vencedores en tantas y tan memorables
» jornadas.

Á pesar de tan humildes protestas, la posteridad ha proclamado á Guido uno de los que más justos laureles alcanzaron en la porfiada restauración de Chile.

UNA ARROGANCIA DE TRISTÁN

El mayor general, don Pío de Tristán, perdió á su jefe de vanguardia, coronel Huicí, hecho prisionero por los independientes en el pueblo de las Trancas, doce días antes de librarse la gloriosa batalla de Tucumán.

Fué tal el desasosiego y tanta la contrariedad que tal suceso le produjo, que, creyéndose irresistible y seguro de la victoria, ofició á Belgrano amenazando aplicar á los prisioneros patriotas que guardaba, el mismo tratamiento que se diera á Huicí, al cual remitía cincuenta onzas de oro.

Al final de la comunicación escribió, con letras muy grandes, estas jactanciosas palabras: *Campamento del ejército grande, septiembre 15 de 1812.*

Belgrano devolvió las cincuenta onzas para que se repartieran entre los prisioneros americanos que estaban en poder de Tristán, obligándose él á entregar igual cantidad al coronel español, terminando á su vez la nota contestación con las siguientes palabras, escritas también en letras de

gran tamaño: *Cuartel del ejército chico, 17 de septiembre de 1812.*

Este rasgo de buen humor, en momentos tan solemnes como eran aquellos para la Revolución, demuestran cuál era el temple y cuánta la serenidad de ánimo del que ha sido llamado Abel de la Revolución.

DIOS, SUPREMO PATRIOTA

—

Era en Salta, allá por los años de 1810 y 1811, tan viva como ardiente la polémica entre patriotas y realistas, á tal extremo, que aun al mismo Dios hacían intervenir en sus luchas, emitiendo cada uno de los bandos combatientes originalísimas razones para demostrar que el Señor estaba de su lado.

El doctor don Manuel Ulloa, concordando las virtudes cristianas con los intereses de la libertad, argumentaba de la siguiente manera para probar á los españoles que pecaban eontra el cielo y los hombres empuñando las armas en pro de la potestad real.

— «¿Qué es el patriota? — preguntaba.— Diré » que su etimología se deriva de *pater, patris;* y » así, todo aquel que hace los oficios de un pa- » dre, es patriota. Si lejos de atacar la moralidad » del pueblo, hubieran los españoles razonado al- » guna vez atentamente el *Padre Nuestro,* refle- » xionarían que habiendo Dios Señor Nuestro

» creado todo para el bien de los hombres, y
» amándonos como á sus hijos, por su infinita
» bondad; no obstante de que podríamos orarle
» llamándole Rey, por su dominio universal, se
» complace más en que le llamemos Padre Nues-
» tro ó *Supremo Patriota.* »

UNA PARTIDA DE JUEGO FAMOSA

Después de la batalla de Tucumán, perdida en 1832 por La Madrid, el gobierno de Salta, formado por personas pertenecientes al partido unitario, nombró una comisión para que, acercándose á Quiroga, arreglara la paz.

Esta comisión, de la cual formaba parte el esclarecido patricio don Francisco de Gurruchaga, pasó á Tucumán, donde se hallaba el caudillo vencedor, y empezó á hacer gestiones para conseguir su objeto.

Mientras tanto, llegó á Quiroga la fama de experto jugador que tenía don Francisco, quien, al decir de los que le conocían, ni aun en la corte de España encontró quien le venciera.

Quiroga, cuya pasión por el juego era bien conocida, le invitó á jugar, invitación que don Francisco rehusó siempre cortésmente, alegando diversos motivos.

—Usted no puede desairarme—le dijo un día Quiroga—si no ha traído usted fondos, yo le prestaré el dinero que guste, juguemos.

Gurruchaga, convencido de que no era posible eludir las exigencias de Facundo, jugó.

El caudillo riojano era tramposo; impulsábanle á serlo, la vanidad y la avaricia: ni quería ser vencido ni consentía que sus contrarios salvaran el peculio.

En el transcurso del juego, notó Gurruchaga que Quiroga trampeaba, pero se hizo el disimulado: al fin, fueron tan evidentes las malas artes del caudillo, que el salteño, exasperado, exclamó, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa:

—¡So cochino! ¡O juega usted limpio y decente como un caballero, ó le tiro las cartas á la cara!

Los presentes, enmudecieron todos, y algunos, previendo una escena tremenda, se alejaron disimuladamente.

Pero sus temores fueron vanos.

Quiroga, sorprendido por el atrevimiento, y encantado por la entereza de Gurruchaga, que, firme y tranquilo, sostenía con la mirada lo que dijeron sus labios, exclamó:

—¿Eso me dice usted á mí? ¿No teme que le haga fusilar en el acto?

—En el terreno de mi derecho—contestó con firmeza Gurruchaga—no tengo miedo, ni á usted, ni al mismo Cristo.

—Es usted el primer hombre—exclamó Quiroga, admirado y seducido—es usted el único hombre que se animó á decirme tal cosa. ¡Es usted todo un valiente! ¡Venga esa mano!

Desde aquel momento, simpatizando con el diputado salteño, que tan noble y enérgicamente había defendido su derecho, túvolo Quiroga por grande amigo.

De dondequiera que se hallase mandábale pruebas de su amistad, en forma de gentiles obsequios, y mantuvo siempre con él afectuosa y familiar correspondencia.

DULCE INFLUENCIA

Era Carratalá, entre los generales españoles que combatieron con los patriotas en nuestras guerras de la Independencia, uno de los más violentos. De carácter irritable y duro, llegaba á veces á la crueldad, fusilando por la menor falta á sus subalternos ó destruyendo y arrasando los pueblos que le resistían, como lo hizo con el de Cangallo.

Y, sin embargo, ese hombre terrible, ante quien temblaba todo el mundo y á quien nadie doblaba, cedía ante una mirada de su esposa.

Había casado durante la invasión de 1817 con doña Ana de Gorostiaga, salteña, joven de pequeña estatura, de grandes y expresivos ojos, poderosa, no tanto por su belleza como por las seducciones más nobles de la gracia y de la inteligencia.

— *Carratalá* — solía decirle á su esposo, cuando le oía ordenar una ejecución ú otro bárbaro castigo, — *hay que contenerse, piensa que son hombres y no bestias.*

Y el implacable militar se contenía.

La esposa de Carratalá fué la providencia de no pocos desgraciados. Como dice muy bien un notable historiador, « muchas veces una sola mirada de esta dama aplacó á la fiera y salvó á un semejante suyo.

Y otro escritor, tratando del mismo asunto, agrega: Hasta en el campo contrario sirvieron las salteñas á su patria. »

FRANQUEZA CRIOLLA

Cuando en 1806 los ingleses se adueñaron de Buenos Aires, un animoso criollo, el cabo Guanes, de la compañía de artilleros, condujo desde el Retiro al puente de Barracas, haciéndolos arrastrar por varias yuntas de bueyes, dos cañones de mediano calibre, con los cuales creyó que se podría detener el avance de los invasores.

Cuando después de una penosa marcha por entre pantanos y fangales llegaba á su destino, topó con el virrey Sobremonte, que le dijo:

— *Vuélvase atrás, paisano, y retire estos cañones que ya no hacen falta.*

El paisano, que, como todos ellos, era, además de valiente, algo atrevido é insubordinado, no pudo resistir, ni aun exponiéndose á que le pegasen cuatro tiros, al deseo de decirle algunas verdades al inepto mandón, y exclamó resuelto:

— *Pues señor, si ya no se necesitan cuando está el enemigo al frente, será porque estamos perdidos ó porque V. E. nos habrá vendido á todos.*

Tal fué la ira y la sorpresa que sintió el vi-

rrey al escuchar estas palabras, que, acometido por una congoja, se cayó del caballo, sin tener más ánimo que el necesario para decir:

— *¡Mátenlo! Tírenle á este atrevido.*

— ¡Que lo hagan — contestó arrogante Guanes — prefiero morir en este sitio á que me maten los enemigos sin hacerles resistencia.

Uno de los oficiales que acompañaban al virrey, seducido quizá por la valiente actitud del arrogante artillero, le puso la espada desnuda sobre el sombrero, pero sin herirle ni golpearle, y le dijo estas palabras:

— *Cállese, paisanito: esto no tiene ya remedio.*

— *¡Amárrenlo!* — ordenó el virrey, presa aun de su enojo

— *¡Amárrenme, no importa! Todas las ligaduras no podrán quitarme la satisfacción de haber dicho lo que todos piensan aunque no tengan, como yo, el valor de manifestarlo.*

Y dicho esto, siguió á los que le habían atado, no sin desplomar sobre el virrey una altiva mirada en la que lucía todo el desdén que por su inepto defensor sentía y abrigaba todo el pueblo de Buenos Aires.

LAS CHARRETERAS DE ORIBE

En lo más recio de la batalla de Ituzaingó, tres formidables é infructuosas acometidas, traídas sobre los inconmovibles cuadros de los regimientos alemanes, al servicio del Imperio, desmoralizaron á los jinetes republicanos.

Don Manuel Oribe, uno de los jefes que más se distinguieron en aquella lucha de bravos, estaba empeñado en romper el muro de bayonetas que tenía delante, y, para conseguirlo, trató de conducir una vez más á la carga á sus diezmados escuadrones.

Pero su empeño resultó vano: perdido el nervio y desvanecida la confianza, los soldados se arremolinaban, sordos á las excitaciones de los oficiales, y sin ánimo de atacar y de combatir.

Entonces, Oribe, echó pie á tierra, y, arrancándose las charreteras, las pisoteó, airado, mientras decía á sus soldados, que le contemplaban estupefactos y confundidos:

—Eso es lo que ustedes merecen: ¡yo no he nacido para mandar cobardes!

Tras cuyas palabras montó de nuevo su brioso corcel, y, ciego, se lanzó, raudo como el viento, sobre las engreídas masas enemigas.

Las tremendas frases del jefe llegaron al alma de los soldados, que, desvanecido el momentáneo pánico, se ordenaron en un instante y, derrochando valor, fuertes y compactos como una gigantesca maza, quebraron cuanto se opuso á su empuje, lanceando al enemigo, que, fraccionado y disperso, huía á la desbandada, presa de invencible terror...

LA RESURRECCIÓN DE LA MADRID

En la sangrienta batalla del Tala, La Madrid, rodeado por un gran número de jinetes enemigos, fué sableado de tal manera, que sus atacantes creyéronle muerto, y así lo participaron á su jefe, el general Quiroga, á quien presentaron las armas y las ropas del vencido.

Unos cívicos de Tucumán, que también le creían cadáver, se reunieron en un monte, después de la lucha, y uno de ellos dijo á los demás: —¿Cómo es posible que dejemos á nuestro gobernador tirado en el campo? Si hay dos hombres que me acompañen, voy á buscarlo: los restos de un bravo como él no deben ser pasto de las fieras ó ludibrio de sus contrarios.

El que así habló, y dos valientes más, volvieron al campo; levantaron al que creían difunto y lo escondieron en un rancho aislado, morada de una pobre mujer que, sin mirar el riesgo que corría, fué para el general La Madrid una providencia.

* * *

Convaleciente de sus heridas, abandonó La Madrid el rancho de su noble protectora y se trasladó, acompañado de algunos deudos y amigos, al pueblo de Trancas, distante 21 leguas de Tucumán.

Estando allí, tuvo conocimiento de que Quiroga é Ibarra habían invadido la capital de la provincia, ordenando les fuese presentado cuanto hubiera oculto, imponiendo fuertes contribuciones, aprisionando vecinos y causando infinitos daños.

Enardecido y lleno de coraje, pidió papel y recado de escribir, y puso á los dos caudillos la siguiente carta:

«El muerto del Tala, desafía á los caciques Quiroga é Ibarra para que le esperen mañana á darle cuenta de las atrocidades que han cometido en su pueblo, pues la Providencia le ha vuelto á la vida para que tenga la satisfacción de castigarlos como merecen.»

Concluído el escrito, llamó á un soldado de su confianza, y le dijo:

Toma este papel, marcha ahora mismo á la ciudad y lo entregas al general Quiroga esta misma noche. Nada temas, porque han de mandarte con la contestación; pero, cuidado con que nadie sepa el objeto de tu viaje.

El conductor de la carta llegó á Tucumán á

las once de la noche, y un rato después, cumplía su misión.

La sorpresa y pavor de Ibarra y Quiroga fueron tan grandes, y tal la prisa que se dieron para alargar la distancia que les separaba de La Madrid, que tres horas después de recibida la carta, á pesar de estar nevando, sus tropas estaban ya en marcha, llevando consigo cuanto ganado y caballos pudieron arrear.

ESTAFETA ORIGINAL

Los bravos guerrilleros de Güemes, tuvieron en las mujeres salteñas un auxiliar de incalculable valor y eficacia.

Apelando aquellos á mil impensados medios, estuvieron siempre al corriente de lo que se hacía ó proyectaba en el campo realista, y, por no menos ingeniosas combinaciones mantuvieron constante comunicación con los defensores de la patria.

Alarmadas las autoridades españolas por la audacia y feliz ingenio de las hijas de Salta, de cuyos trabajos de zapa se dieron al fin cuenta clara, establecieron sobre ellas una vigilancia tan rigurosa y estrecha, que parecía cosa imposible rehuirla ó burlarla.

Pero lo que parecía irrealizable, llevólo á cabo la señora doña María Loreto Sánchez de Peón.

Á fin de mantener continua y segura la comunicación entre la plaza y los guerrilleros que la cercaban, imaginó establecer la más original de las estafetas.

En el tronco de un algarrobo, que enhiesto y corpulento crecía en los suburbios de la ciu-

dad, á orillas del río Arias, se abrió una cavidad suficiente para introducir una mano, la cual cavidad quedaba disimulada por la misma corteza del árbol.

Como del río se sacaba el agua necesaria para el consumo doméstico, y como en él se hacía el lavado de la ropa, era constante el ir y venir de las sirvientas encargadas de tales servicios.

Valiéndose de estas criadas, dotadas de un intenso amor á su señora, y decididamente partidarias de la causa de la patria, hacía funcionar doña María Loreto su singular correo; pues eran ellas las que depositaban en el buzón del árbol los papeles que la dama escribía y que un gaucho de Burela, convenientemente instruído, sacaba todas las noches, colocando á su vez las comunicaciones del campo patriota que generalmente contenían preguntas que responder ó indicaciones de lo que convenía averiguar.

———

EL PRECIO DE UNA RENUNCIA

La suerte de las armas hizo que durante dos días ejerciera el gobierno de Santiago del Estero, un moreno, de relajadas costumbres é ignorante sobre toda ponderación, conocido entre el bajo pueblo con el nombre de *Schimu Negro.*

Un caballero, tan ilustrado como patriota, don Santiago Palacio, avergonzado de ver en la silla del primer magistrado provincial á un hombre de tan baja esfera, y recordando que el estrafalario gobernador había servido en su casa como boyero y picador de carretas, fué á verle, y después de convencerle de que no estaba en su puesto, acabó por proponerle que renunciara, ofreciendo entregarle, si tal hacía, 5.000 pesos.

El bárbaro negro, que no tenía noción de lo que un millar significaba, le contestó muy erguido:

—Se equivoca, mi patrón, si cree que por esa miseria he de abandonar el puesto que ocupo. Y le prevengo que *si no me da cincuenta pesos,* no sólo no renuncio, sino que sublevo toda la canalla.

El señor Palacio, sorprendido por la supina

ignorancia del gobernador tiznado, contó cincuenta pesos y alargándolos al negro, le dijo:

—Aquí tienes *Schimu* lo que pides.

Éste recibió la que él consideraba cantidad fabulosa y se despidió de su antiguo patrón, prometiendo cumplir, como efectivamente lo hizo, el deseo del señor Palacio.

Acompañado de dos individuos de su misma condición social, llamados Pedro y Venancio Alcántara Medina, que le servían de ayudantes, y de otros sujetos de análoga especie, *Schimu Negro*, se fué á una pulpería, donde permaneció bebiendo con su grotesca corte, mientras tuvo plata.

Con el último real terminó la fortuna y el gobierno de Simón Luna, por mal nombre *Schimu Negro*.

ABNEGACIÓN Y HEROÍSMO

En cierta ocasión en que estaban por venir á las manos las fuerzas del caudillo santafecino López y las del coronel La Madrid, trató este último de conocer el número y calidad de las fuerzas de su enemigo.

La cosa no era fácil de conseguir; pues López, además de ser muy sagaz y desconfiado, tenía la mano dura para los espías.

Sin embargo, La Madrid, después de meditarlo mucho, halló manera de conseguir su objeto, mediante el valor y abnegación de su ordenanza, un salteño, de apellido Robles, cuya adhesión á su coronel era absoluta é inquebrantable.

Llamóle y le dijo: — Necesito, á toda costa, saber cuál es la fuerza y el armamento de los santafecinos, y te he designado á ti para este peligroso servicio.

Mañana te toca salir con los demás ordenanzas á pastorear los caballos. Las casas vecinas al campo están deshabitadas; penetra en alguna de ellas y toma un objeto cualquiera. Tus compañeros te lo han de reprobar, y, como es natural, te

acusarán. Así que esto suceda, te mando poner preso, y en presencia del regimiento vas á ser castigado con cuarenta palos bien dados, y te voy á mandar rapar hasta las cejas por los barberos. Esto es muy duro, pero es preciso para engañar á López.

Así que sufras este castigo irás preso á la prevención, de donde te escaparás, pasándote al campo enemigo. Una vez en presencia de López, principiarás por sacarle defectos al diablo para colgármelos á mí, manifestándole la friolera por la que te he puesto así, añadiendo después que soy un presuntuoso, que digo que lo he de correr á él y á todos sus santafecinos, á pesar de no tener más que doscientos húsares, cien dragones y unos treinta infantes del 2 de línea, todos ellos bisoños y sin práctica en el manejo de las armas.

Con esta relación, que es verídica, vas á ser creído, y aun es posible que López te ponga á su servicio.

Si esto sucede, estarás en inmejorable situación para enterarte de la fuerza, de su armamento y del estado de su caballada. Cuando te cerciores de todo esto, tomas un buen caballo y te escapas, volviendo á nuestras filas. Yo, en premio de tu abnegación y patriotismo, te haré sargento, sin separarte de mi lado, y serás recomendado en la orden del día á la consideración y aprecio de todos tus compañeros y de todo el ejército.

— Mi coronel — contestó el noble soldado — ni

por los premios que usted me ofrece, ni por todos los honores del mundo me sometería á la dura y vergonzosa prueba á que usted me quiere someter; pero, si al interés de la patria conviene que yo pase por trance tan amargo, me someto resignado y voy á sacrificarme por ella.

Todo se hizo como lo dispusiera La Madrid; el bravo ordenanza substrajo de un rancho abandonado un par de maneadores á la vista de sus compañeros.

Denunciado y preso, resistió impasible, sufriendo sin quejarse el doloroso castigo que le fué aplicado. Á la noche huyó de su encierro, y al día siguiente, al amanecer, se presentó á López, á quien mostró su cuerpo hinchado á golpes y denunció el número y estado de las fuerzas del que tan mal le había tratado y del cual demostraba vivamente querer vengarse.

López, engañado por el aspecto y palabras del fugitivo, le acogio benévolamente y le llenó de consideraciones.

Enterado Robles de cuanto deseaba saber, aprovechó un momento oportuno y saltando ligero sobre uno de los mejores caballos del caudillo santafecino, preséntose á La Madrid, á quien, con sus noticias oportunas, libró de un seguro desastre.

Grande fué el asombro de los que presenciaron las afectuosas pruebas de afecto que prodigara La Madrid al soldado á quién dos días antes

mandó azotar y afeitar, y todos, sin distinción, le admiraron y aplaudieron al enterarse de que había sufrido valientemente un castigo cruel y afrentoso sin otro objeto ni más motivo que el de poder servir una vez más á su coronel.

ALVEAR Y BOLÍVAR

Si de Bolívar se dijo que su mérito igualaba á su vanidad y amor propio, púdose, con no menos fundamento, decirse otro tanto del general Alvear.

Nombrado ministro extraordinario, con la misión de felicitar al gran venezolano por su decisiva victoria de Ayacucho, recibió del felicitado pruebas repetidas de amistosa consideración.

Con ocasión de ofrecer el Cabildo de *La Plata* medallas conmemorativas de aquel ruidoso triunfo, Bolívar, que se veía rodeado de todos sus generales, entre ellos Sucre y Santa Cruz, dirigióse á Alvear, colocado á su lado, y le dijo, entregándole una de las medalla:

—Corresponde con toda justicia esta medalla al general Alvear, pues sin la Revolución de 1813 que él preparó y realizó, quizá Colombia no fuera libre, ni hubiéramos figurado, San Martín ni yo, en grado tan eminente en las guerras de la Independencia americana.

Refiriendo este episodio á algunos de sus íntimos y admiradores, decía Alvear, años más tarde:

— *Esta* justicia que Bolívar me hizo públicamente, hacía *ya rato que me la hacía yo mismo en silencio.*

UN PASAPORTE CURIOSO

Cuando, después del triunfo de San Roque, supo el general Paz la noticia del desastre y muerte de Rauch, considerando, con razón, que no podía esperar ayuda ni cooperación de Buenos Aires, dirigió circulares á los gobernadores de las provincias que reputaba opositores á su política, comunicáudoles que deseaba conservar su amistad y que abrigaba el decidido propósito de no inmiscuirse en sus negocios domésticos.

Para conducir la comunicación destinada á Quiroga, fué elegido el capitán de milicias don Nicolás Arce, que se había ofrecido para ello al coronel Allende, jefe de las fuerzas de observación destacadas en la *Zerrezuela*. Apenas llegado el enviado de Paz al cuartel general de Quiroga en los Llanos, cuando fué aprisionado, condenado á muerte y puesto en capilla.

Arce aprestóse á morir serenamente; confesó é hizo testamento, y cuando ya se había despedido de la vida, una orden impensada, tan arbitraria como la primera, suspendió la ejecución de la sentencia.

Días después, llegó al campamento de Quiroga, el ex gobernador de Córdoba, Bustos, á quien Paz había arrojado del gobierno. Al día siguiente de su arribo, quiso entretenerse conversando con su paisano Arce, quien, se permitió, sin previo permiso, separarse algo de la casa en que estaba detenido, lo que, visto por Quiroga, fué motivo para que se le pusiese en capilla de nuevo, después de notificarle por segunda vez, sentencia de muerte.

De nuevo se dispuso Arce á morir cristianamente; pero otra contraorden del tirano le salvó la vida, ordenándosele salir inmediatamente del campamento, para cuyo efecto se le entregó un pasaporte, escrito de puño y letra de Quiroga, concebido en los siguientes términos:

Regresa el bombero don Nicolás Arce, á dar cuenta á su amo don Faustino Allende, que se halla en la Zerrezuela con los mocosos vencedores de San Roque. — JUAN FACUNDO QUIROGA.

Al leer tan insólito documento, Arce se sintió vejado, y, sin temor á las consecuencias, se presentó á Quiroga, y le dijo:

— General, este documento no puede aceptarlo un hombre de honor. Ni yo soy espía ni tengo amo, y bueno es que sepa usted que, con tal pasaporte, yo no parto.

— No le doy á usted otro. Si no le gusta quédese y aténgase á las consecuencias.

— Sean las que sean, las acepto: pero sostengo lo dicho, no parto, general.

Sucedió lo que otras veces; el valor de Arce subyugó á Quiroga que volvió la espalda sin contestar á aquel hombre tan entero, que continuó en el campamento vigilado siempre, pero gozando de relativa libertad.

Tras de San Roque, vino la Tablada, y en la confusión que siguió á la derrotá de los secuaces de Quiroga, Arce pudo recobrar la libertad.

LA COLA DE LOS "TALAVERAS"

En la batalla de Chacabuco fué destruído, después de una brava resistencia, el regimiento peninsular de *Talavera,* que había combatido gallardamente en España, con los soldados de Napoleón I, llamado el Grande.

El comandante de este cuerpo, el tristemente célebre coronel San Bruno, fué, durante mucho tiempo, terror y espanto de los patriotas chilenos, á los que trató con dureza, rayana en ferocidad, y con una saña que desdecía de la conducta moderada de otros jefes realistas.

Tal fué el renombre de terribles y crueles que alcanzaron los soldados de San Bruno, y tal el negro concepto que de ellos tenía el pueblo, que se hizo general la creencia de que no eran seres humanos; sino verdaderos demonios, y que, como á tales, *tenían cola.*

Unos oficiales argentinos, amigos de broma y de bullicio, despachados en comisión á Mendoza, inmediatamente después de la batalla de Chacabuco, mostraban á los campesinos y moradores

de los pequeños poblados, pedazos de cola de cerdo, diciendo ser de *Talaveras*, á los que ellos mismos se las habían cortado sobre el campo de la lucha.

Los crédulos campesinos las observaban de lejos, y sin dejar de santiguarse, afirmábanse en la creencia de que los soldados del odiado cuerpo, eran realmente hijos de Mandinga, dignos de arder en las calderas del renombrado Pedro Botero.

. . . . . .

Aun en el día, al recordar, algún viejo, los relatos que de las lúgubres hazañas del avieso San Bruno y de sus desalmados subordinados, le hicieran sus mayores, afirma, muy seriamente, poniendo por testigo á Dios y á los santos, que los tales *Talaveras, tenían rabo, como todos los diablos.*

———

PATRIÓTICA CONDUCTA DE LOS SOLDADOS ARGENTINOS

Al comenzar la campaña del Brasil, la penuria más afligente pesaba sobre el ejército patriota.

Los soldados carecían de tiendas de campaña, lo que les obligaba á dormir á la intemperie durante las marchas, y en ligeros ranchos y aun más ligeras ramadas en los vivaques ó estacionamientos prolongados.

En los primeros tiempos de la creación del ejército de observación, se aprovisionaba á los soldados con tabaco, papel, yerba y demás objetos componentes de la ración para *vicios de entretenimiento;* pero á fines de 1826, el mal estado del tesoro público obligó á suprimir del todo el suministro de tales artículos.

Las pagas se atrasaban, y las tropas sólo pudieron contar con lo puesto y con un pedazo de carne por único alimento, faltando, muchas veces, hasta la sal para sazonarla.

Al abrir las operaciones sobre el río Negro,

cuenta el coronel Todd que el general en jefe habló así á los jefes y soldados: «Nuestra madre patria nos dice que está muy pobre y que no puede sustentarnos por más tiempo; que ya somos mayores de edad y que debemos procurarnos cuanto necesitemos. Aceptemos la idea, pues felizmente los campos del Brasil están llenos de ganados y hay oro como para vestirnos en proporción . El ejército, lleno de abnegación y de patrióticos anhelos, marchó resuelto contra el enemigo de la patria sin que el temple y las virtudes de aquellos admirables soldados decayera un momento. ¡Fueron superiores al hambre, á la desnudez y á los más rudos trabajos! ¡En cambio de tantas privaciones dieron á la patria las glorias de Bacacay, del Ombú y Camacuá y los inmarcesibles laureles de Ituzaingó!

EL SORDO DE OBLIGADO

Fué el norteamericano don Juan B. Thorne, además de un valiente soldado y un noble y austero carácter, uno de los muchos argentinos de adopción que en las horas de prueba para la patria, le ofrecieron su brazo, su corazón y su sangre.

Hizo la campaña del Brasil, y en la gloriosa jornada de Carmen de Patagones tomó parte sobresaliente, siendo el primero que puso el pie en la cubierta del *Itapirica.*

Mandó la artillería en la magnífica defensa de Martín García, cuando los anglofranceses la atacaron en 1838.

En aquella desigual contienda, escasos soldados argentinos, mal armados, se batieron con 500 de los mejores marinos del mundo, apoyados por los poderosos cañones de varios buques de guerra; y tan obstinada y heroica fué su resistencia que el comandante Daguenet, jefe de las fuerzas asaltantes, no sólo se negó á recibir la espada de los jefes nacionales, sino que los remitió á

Buenos Aires, junto con una nota dirigida á Rozas, en la que los vencedores rendían leal y caballeresco homenaje al valor y entereza de los vencidos.

Pero fué en la Vuelta de Obligado, donde el valor y altas virtudes militares del sargento mayor don Juan B. Thorne, brillaron en todo su esplendor.

Allí, donde el valor argentino escribió una bella página en el libro de la historia patria; allí, donde el animoso Mansilla, de chambergo y poncho de vicuña, tomaba tranquilamente, á pecho descubierto, los mates que le alcanzaba su fiel y bravo asistente, Donato Álvarez[1]; donde el teniente Romero, agotadas ya las municiones, se subía á horcajadas de su cañón y arrojaba al enemigo, á falta de balas, picarescas y jocosas frases de puro sabor criollo, allí ganó Thorne un honroso y expresivo mote.

En los momentos decisivos, cuando la victoria se inclinaba ya en favor de los agresores, la batería *Manuelita*, mandada por Thorne, era *un verdadero castillo incendiado*, donde el bravo defensor, con ocho cañones de corto poder y alcance y dos de gran calibre, hacía en los buques enemigos verdaderos estragos.

Pero, al fin, le faltaron las municiones y se

[1] Este soldado á alcanzado el grado más alto del escalafón militar. Con motivo del primer Centenario de la Revolución de Mayo de 1810, el ejército nacional ha hecho al teniente general don Donato Álvarez, una entusiasta y cariñosa demostración.

vió obligado á economizar sus tiros, mientras que el enemigo los prodigaba en abundancia, advertido de la crítica situación de Thorne.

Era ya imposible permanecer en la *Manuelita:* los hombres caían uno tras otro, y los cañones enmudecían, desmontados por la certera puntería de los buques. De repente, un proyectil de á 80 picó en el suelo levantando una enorme masa de tierra, y con ella, al intrépido artillero, que fué arrojado contra un robusto tala, á cuyo pie cayó, desmayado y roto un brazo.

Milagrosamente salvó la vida, pero quedando para siempre privado del oído. Por esto le llamaban cariñosamente sus viejos compañeros, *el sordo de Obligado.*

EL SECRETARIO DE SAN MARTÍN

Vivía en los alrededores de Mendoza, en un modesto rancho donde tenía establecido un *boliche,* un emigrado chileno, patriota entusiasta y ardiente, llamado José Ignacio Zenteno.

San Martín, que entre sus grandes cualidades tenía la de conocer muy bien á los hombres y el partido que de ellos podía sacarse, le había estudiado y sabía que podía contar con él para ocuparle en la realización de la obra gigantesca de dar libertad á la América.

El 1.º de enero de 1816 el general llegó á la puerta del *boliche,* y le dijo al chileno:

— Zenteno, me hace falta un hombre dispuesto á sacrificarse por la libertad de Chile y vengo á que usted, que conoce á todos los chilenos residentes en Mendoza, me lo busque.

— Perdone, general, que le dirija una pregunta ¿la empresa que usted quiere encargar á ese chileno, proporcionará recompensas ú honores al que la lleve á cabo?

— Sí, muchas; — contestó San Martín sonriendo

— es seguro que el comisionado sufrirá fatigas, fríos y grandes penurias, y aun es probable que muera de hambre ó de un balazo enemigo.

— En este caso ya tengo candidato seguro. Se llama José Ignacio Zenteno, y dentro de una hora estará á las órdenes de usted, general, armado, equipado y listo para marchar.

— Gracias, buen amigo, pero usted no puede imponerse este sacrificio; usted tiene el deber de atender á sus hijos, que no tienen otro apoyo que el suyo. Muy críticas son las circunstancias, pero aun no ha llegado el momento de olvidarse de todo. Búsqueme otro hombre.

— No insisto, general. Al medio día iré á darle la respuesta.

Antes de la hora fijada se presentó Zenteno en el despacho de San Martín, siendo introducido inmediatamente.

— General — le dijo — he vendido mi *boliche*. Pagadas mis deudas, dejo asegurado el sustento de mis hijos por dos años. Puedo, pues, disponer de mi persona y vengo á recibir órdenes.

— Muy bien, Zenteno — replicó conmovido el libertador. — Usted fué siempre mi candidato, pero me dolía imponerle el sacrificio que usted, patrióticamente ha realizado. Pero ya que le tengo á mi lado, quiero que vea cuanto de usted espero. Usted será, desde hoy, el secretario del ejército de los Andes.

El 29 del mismo mes, el gobierno confirmaba

el nombramiento, asignándole á Zenteno el sueldo mensual de 25 pesos fuertes.

Más tarde, San Martín, el héroe de un continente, reconoció en el abnegado y entusiasta chileno á uno de sus más eficaces auxiliares; un paciente y perseverante trabajador á quien debe su patria, en gran parte, la organización de su ejército.

EN DEFENSA DE LA PATRIA

Fué el guerrero de la Independencia, don José de Moldes, hombre de un genio tan áspero, dominador y altivo, que ni aun entre sus compañeros de armas logró amistades ni simpatías.

Muy al contrario; cuando Belgrano le nombró jefe de Estado Mayor del Ejército del Norte, el descontento fué tan unánime y se manifestó de una manera tan alarmante y violenta, que Moldes se vió obligado á renunciar, á poco de ser nombrado, para evitar indudables y peligrosos trastornos.

Hallábase en Madrid, en 1809, gestionando su ingreso en los reales *guardias de corps*, encargados de la custodia y defensa del monarca, cuando llegó á la corte de España, en misión especial del emperador Napoleón I, llamado el Grande, el general Requiers, de ilustre prosapia y probada bizarría.

Fuéle ofrecido un banquete por el ministro de Estado, á cuya fiesta asistieron numerosos invitados, y entre ellos, Moldes, á quien sus personales dotes y la alta calidad de su familia daban mucho crédito y prestigio.

En el curso de la conversación, manifestó el agasajado, dando muestras de excesiva petulancia y de escasísimo tacto, que nada ni nadie podía en el mundo oponerse á la omnipotente voluntad del Emperador, cuyos ejércitos, dominadores de Europa, sojuzgarían en un instante á España y á sus colonias, si aquél se lo mandaba.

—Difícil lo creo—replicó Moldes, herido en lo más vivo—dos veces intentaron los ingleses apoderarse de Buenos Aires, y de ambas conservan amargo recuerdo.

—Poco valen los ingleses—dijo despectivamente el francés—pero, así y todo, nunca logré comprender cómo pudieron ser vencidos por una plebe amodorrada é inculta.

—Esto se explica, caballero—replicó Moldes, temblando de ira—sabiendo que esa plebe tiene un pecho más noble y fuerte que el de todos los serviles esclavos del tirano de Europa, como voy á probárselo á usted.

Y siguiendo la acción á la palabra, derribó el joven salteño, de un único y vigoroso puñetazo, al imprudente embajador.

Horas después se concertaba un duelo en condiciones estrechísimas, y al alborear del día siguiente recibió el francés del argentino, dos heridas que le ocasionaron la muerte.

Fué, la del general Requiers, la primera sangre vertida en defensa de su patria por el impetuoso y bravo soldado que tanto y tan bien luchó por ella.

BROWN EN GUAYAQUIL.

Casi al final de uno de sus célebres cruceros, llegó Brown á *Guayaquil,* donde pensó poder aprovisionarse y reparar sus naves, bastante deterioradas por las balas y las tempestades.

Dejó los siete buques que llevaba prisioneros bajo la custodia del *Hércules* y del *Halcón;* mientras él, con la *Trinidad* y una pequeña goleta penetraba río adentro, destruyendo baterías y venciendo obstáculos.

Á punto estaba de conseguir un triunfo total, cuando una repentina bajada de las aguas dejó varada á la *Trinidad,* que quedó así á merced de sus contrarios, viéndose sus tripulantes obligados á arriar bandera.

Brovn, no se desanimó; antes bien creyó poder rescatar la embarcación con ayuda de la goleta que le acompañara, que flotaba libremente y sin averías á regular distancia del *Trinidad.*

Lanzóse al agua con intención de llegar hasta ella; pero la extraordinaria fuerza de la corriente le obligó á volver atrás.

Al pisar nuevamente la cubierta del *Trinidad* observó que algunos realistas maltrataban á los heridos y á los prisioneros.

Indignado por tal proceder, tomó una espada y una mecha encendida y precipitándose sobre la santabárbara exclamó:

—*Si no somos tratados, yo y mis compañeros con el respeto y consideraciones que merece el valor desgraciado, volamos todos.*

Esta amenaza surtió el deseado efecto. Restablecióse el orden á bordo, y el caballeresco capitán de navío, don Pascual de Rivera, hizo saber á Brown que tanto él como sus compañeros quedaban bajo la protección del gobernador de la plaza, quien, admirando el valor del argentino, pasó á cumplimentarle, acompañado del obispo y otras autoridades.

Brown y sus compañeros fueron canjeados con los prisioneros españoles que custodiaban el *Halcón* y el *Hércules*, emprendiendo con sus buques, regreso á Buenos Aires.

UN EPISODIO DE LA BATALLA DE SAN IGNACIO

En la batalla de San Ignacio, librada entre los rebeldes mendocinos dirigidos por el general don Juan Saa, y la vanguardia del ejército nacional mandada por el coronel don José Miguel Arredondo, salvó milagrosamente de la muerte el que fué después bizarro y caballeresco general don Luis María Campos.

Deseoso de inclinar la victoria á favor de las armas legales, embistió á la artillería enemiga al frente de la compañía de granaderos del famoso *6 de línea*, resuelto á posesionarse de los cañones, ó, á lo menos, á acallar sus fuegos.

Estaba ya sobre el enemigo, cuando un soldado rebelde, poniéndole el fusil al pecho, hizo fuego, aunque no tan rápido que no diera á Campos el tiempo necesario para desviar el arma con la espada.

La bala cortó las riendas del caballo que aquél montaba, y el fogonazo le quemó la cara y ofendió la vista.

Deslumbrado Campos, y creyéndose herido, llevóse una mano á los ojos y otra al pecho, en el preciso instante en que su caballo, herido de muerte, se desplomaba arrastrándole en la caída.

Los revolucionarios se precipitaron sobre el jefe indefenso con intención de acabar con él, pero se estrellaron contra el círculo de bayonetas formado por los veteranos del *6* en derredor de su comandante.

Campos logró desembarazarse del caballo y ponerse en pie, animando con su presencia á sus bravos defensores.

Á poco tardar, el enemigo huyó á la desbandada, y cuando la persecución hubo cesado, un soldado paraguayo, acercándose á Campos, le dijo, entre risueño y cariñoso, en su pintoresco lenguaje:

— *Ché, comandante, me debés la vida; ni ¡ay! le dejé decir al colorado que te pegó el tiro.*

El comandante, por toda respuesta, estrechó entre sus brazos al ingenuo y animoso soldado, que ya nunca dejó á su jefe.

.....

Cuando llevaban al cementerio los restos del teniente general don Luis María Campos, el pueblo, que rendía el último tributo de amor y respeto al que fué leal amigo, buen ciudadano y valiente soldado, pudo notar que entre los que llevaban las cintas del féretro, confundido con altas personalidades, iba un viejo y humilde inválido.

Era Ciriaco Rojas, el noble soldado que en San Ignacio salvó la vida al extinto.

La familia del ilustre militar quiso dar al buen servidor una prueba de afectuosa consideración, señalándole uno de los primeros puestos en el séquito fúnebre y colocando sobre su pecho las condecoraciones que usara en vida el glorioso guerrero á quien tanto amó.

ORIGEN DEL APELLIDO DEL GENERAL BELGRANO

DURANTE una cacería, llegó, hace siglos, á las últimas estribaciones de los Alpes, el duque de Saboya, Manuel Filiberto.

Olvidándose de todo, ante el soberbio espectáculo que á sus ojos se ofrecía, permaneció, durante largo rato, inmóvil y fascinado, contemplando la belleza del mar latino.

Al descender, libre ya de su abstracción, detúvose ante una extensión de terreno esmeradamente cultivado y cuyas mieses crecían robustas y lozanas.

—¿Quién es el dueño de este campo?—preguntó á un labriego de rostro marcial y vigoroso aspecto que, colocado á rèspetuosa distancia, curiosamente le contemplaba.

—Yo, señor—respondió el interpelado.

—¿Fuiste siempre labrador?

—Fuí antes soldado.

—¡Dichoso el país que tiene hijos fuertes para enriquecerle en la paz y defenderle en la guerra!

Y añadió, luego, con sonrisa benévola: — Hermoso es tu campo; *bel grano il tuo.*

Conocida la frase del soberano, aplicáronsela sus convecinos al que la mereciera, como honorífico apodo, hasta que, con el rodar del tiempo, vino á convertirse en ilustre apellido.

Años después, al ennoblecer á la familia *Belgrano* por leales servicios prestados á la corona, dispuso el rey del Piamonte que en el centro del escudo de la casa figurasen tres espigas de abundantes y gruesos granos.

Del campesino de Oneglia descendía el general de la Independencia argentina, don Manuel Belgrano, á quien le tocó en suerte inventar la vencedora enseña de su patria.

UNA VIVANDERA ARISTOCRATICA

Érales necesario, á los jefes patriotas, saber el número exacto de las tropas realistas acuarteladas en Jujúy, cosa muy difícil de averiguar, pues los jefes españoles, seguros de que la población les era secretamente hostil, ejercían una vigilancia extremada, desconfiando de todo el mundo y viendo en los actos más sencillos, complots y tretas de los patriotas.

Á pesar de lo peligroso de la empresa, no faltó quien la acometiera; fué esta persona una dama de la primera sociedad salteña, la señora doña María Loreto Sánchez de Peón, de cuyo intenso patriotismo y relevantes servicios á la causa de la libertad da frecuentes noticias la historia.

Vestida humildemente, como las mujeres del pueblo, apareció un día por las calles de la población vendiendo pan, masas y alfajores, por ella misma preparados.

Penetraba en los patios de los cuarteles reales al empezar la lista, esperando aparentemente que terminara el acto para vender los productos de su

industria; pero, en realidad, para obtener los datos que á Güemes y á sus tenientes importaba conocer.

Como la mayor parte de las mujeres de su tiempo, era doña María Loreto poco fuerte en el arte de contar, pero ella, para no equivocarse, echó mano de un expediente muy ingenioso.

Llevaba en la cesta que usaba para sus ventas, una buena cantidad de granos de maíz y atadas á ambos lados de la cintura dos bolsas vacías.

Cuando el soldado llamado contestaba *presente*, la fingida vendedora deslizaba un grano en el bolsillo de la derecha; haciendo lo propio en el de la izquierda, cuando oía responder *ausente*.

Concluída la lista continuaba acurrucada en su rincón, con la canasta depositada en el suelo, ofreciendo á los soldados, con voz insinuante y humilde, el pan y las masas, contestando con chanzas y donaires las bromas de unos y las groserías de no pocos.

Al fin, haciendo que le dolía dejar el puesto sin haber vendido todas sus vituallas, abandonaba el patio compelida por las rudas insinuaciones de algún avinagrado sargento, de pésimo genio y peor humor.

Volvía á su casa ya entrada la noche, disimuladamente y esquivando testigos importunos, para vaciar las bolsas atadas á su aristocrático talle y transmitir á Güemes, después de bien contados

los granos de maíz, el número exacto de los enemigos á quienes debía combatir.

Excusado es decir que los realistas nunca se dieron cuenta de la travesura é ingenio con que se enteró doña María Loreto, de lo que tanto deseaba saber.

DIGNA CONTESTACIÓN DE BROWN

—

Brown fué, además de un guerrero insigne, un fervoroso y entusiasta patriota, cuyo amor á su patria adoptiva era tan grande, como su genio y su valor.

Los odios y animosidades políticas de la época no le contaminaron; federales ó unitarios, amaba á todos los hombres de corazón y de buena voluntad sin considerar cómo pensaban.

Y, sin embargo; este hombre, que con sus altas condiciones impuso respeto al mismo Rozas, sintió el latigazo de la injuria y aun de la calumnia.

Ya viejo, alguien hizo notar, en su presencia, que su condición de extranjero había de impedirle, forzosamente, sentir por Buenos Aires el cariño que inflamaba el corazón de los que en ella habían nacido.

El glorioso anciano miró con profunda tristeza al que tan inconsideradamente le hería, y le contestó con firmeza, pero sin orgullo, estas nobles y elocuentes palabras: *Señor, yo no soy inglés, mi patria es esa bandera* (la argentina, que flamea en la

popa de su nave), *y aunque el pueblo de Buenos Aires haya sido ingrato con el que conquistó su primer triunfo naval, sometiéndome, sin miramientos ni consideraciones, á un consejo de guerra, no dejaré, por eso, de ser firme en defenderla hasta mi último día.*

Y la historia ha demostrado que nadie fué más fiel á su palabra que el vencedor del Juncal y de los Pozos.

RECUERDO GLORIOSO

(LA VOLADURA DEL «TORTUGA»)

El jefe de las fuerzas navales españolas en el Río de la Plata, don Jacinto de Romarate, después de haber sido vencido por Brown en Martín García, se retiró al *Arroyo de la China*, á la sazón ocupado por Artigas.

El caudillo oriental no sólo le permitió aprovisionarse y reparar sus buques, sino que le hizo entrega de la artillería que en aquel punto tenía depositada el gobierno argentino.

Allí fué á buscarle, con ánimo de destruirle del todo, una división de la armada patriota; pero esta vez el triunfo fué de las armas del rey.

Aprovechando la excelente posición ocupada por sus naves, resistió bravamente Romarate, repeliendo con brío los recios ataques de sus contrarios, quienes, seriamente quebrantados, se alejaron al fin, aguas abajo, después de ver morir al comandante de la división, Tomás Northen.

Al retroceder los compañeros de Brown, quedó encallado el *Tortuga*, pequeño buque de dos caño-

nes, cuya tripulación era (caso providencial parece) enteramente argentina.

Los realistas, aprovechando la oportunidad que se les ofrecía, arreciaron sus fuegos contra la nave, echando al agua multitud de botes con ánimo de abordarla.

Entonces sucedió algo sublime. El comandante, don Miguel Espina, dirigiéndose á sus marineros, les dijo:

—Muchachos: estamos perdidos; pero yo no entrego el buque, voy á volarlo: al agua quien quiera y sálvese el que pueda.

Nadie se movió.

El capitán, firme y resuelto, y con una mecha en la mano, desapareció por una escotilla; un momento después una horrible detonación estalló; gritos confusos de ¡Viva la patria! resonaron, y las aguas se abrieron para guardar en su seno al minúsculo buque y á sus gigantescos tripulantes.

Este admirable episodio abrió la brillante serie de hechos con que honraron á la patria y enaltecieron su glorioso pabellón los marinos criollos, los Seguí, los Pinedo, Espora y Rosales, que continuaron en el mar la brillante tradición de Suipacha, Tucumán y Salta.

LANCE APURADO

PRACTICANDO un reconocimiento, dió La Madrid, impensadamente, con una poderosa fuerza de caballería enemiga, mandada por el teniente coronel Eustaquio González, un americano que, cegado, no se sabe bien si por el rencor ó la codicia, cometió en Potosí la indigna acción de abandonar las filas patriotas pasándose á las del rey.

El desertor, que apreció en el acto la inmensa desproporción que existía entre su fuerza y la pequeña escolta de La Madrid, calculó, en un instante, cómo aumentaría su fama y cuánto ganaría su crédito ante los generales realistas, si conseguía apoderarse de un jefe de tanta valía y renombre; y, sin perder un segundo, ordenó cargar, no tardando mucho en repechar el morro sobre el cual apareciera, momentos antes, la marcial figura del valiente y caballeresco tucumano.

Éste, comprendiendo la desventaja en que se hallaba, rehuyó la lucha y emprendió la retirada, ocupando, según era su costumbre en tales casos, el puesto más peligroso: la retaguardia.

En tales circunstancias se le acercó su ordenanza quién, además de traer enancado un tambor enemigo, hecho prisionero en Culpina, arreaba una mula que en numerosas petacas traía el equipaje de su jefe, y le dijo:

—¿Qué hago, señor, con la carga?

—Sálvate como puedas,—contestó La Madrid, sin detenerse, deseoso de no perder la ventaja que ya llevaba á sus perseguidores.

El ordenanza se desprendió del prisionero, pero no pudo cortar tan pronto como hubiera querido, el ronzal de la mula que, á usanza montañesa, llevaba atado á la cola de su caballo.

Este retardo le perdió; alcanzado por los españoles fué conducido, junto con el tambor, á presencia de González, que había mandado hacer alto, perdida ya la esperanza de aprehender á La Madrid.

El jefe realista le miró un buen rato, y luego le preguntó, malhumorado:

—¿Cuánta fuerza traen los insurgentes?

—Sobre quinientos hombres, señor,—contestó el interpelado, con el mayor aplomo.

—Miente, señor,—exclamó el tambor—no son ni cien.

—¿Cómo vienen de municiones?

—Señor, á cuatro paquetes, sobre dos cargas de reserva.

—Tampoco esto es cierto—rebatió el empecinado tambor—no tienen cartuchos.

—Y de caballos ¿cómo están?

—Bien montados, señor.

—No lo crea, señor, vienen á pie.

González, ya amurriado por no haber echado mano al jefe, acabó de enojarse al oir los patrióticos embustes del prisionero y gritó á sus soldados:

—¡Amarren á un árbol á este pícaro y péguenle cuatro tiros!

Unos infantes se destacaron de las filas, prontos á cumplir la arbitraria sentencia, cuando á sus espaldas, y entre los árboles, se oyó el ruido que producen los sables al batir los guardamontes y resonar una gran voz que decía campanudamente:

—¡Adelante los húsares de la Muerte! ¡No se dé cuartel á estos perversos!

En un instante el lugar quedó limpio de enemigos. Escaparon tan rápidos y asustados, que además de muchas armas, dejaron algunos caballos ensillados junto al sorprendido ordenanza, que se veía libre, con vida, y no lo creía.

Un minuto más y La Madrid y un sargento aparecieron, saliendo de entre la espesura.

El jefe patriota, que vió la prisión de su ordenanza, no quiso abandonar á su humilde compañero de armas.

Á fuerza de prudencia logró acercarse al lugar del interrogatorio, y cuando oyó ordenar la muerte del valiente soldado, que en trance tan amargo sólo de servir á sus compañeros se preocupaba, acudió para salvarle de una inmolación segura, á uno de esos golpes de audacia que esmaltan á cada paso la vida militar del legendario guerrero.

BROWN Y GARIBALDI

Batidas y destrozadas en Costa Brava las naves riveristas que mandaba Garibaldi, por la escuadra argentina que obedecía á Brown, el jefe italiano, después de haber hecho una resistencia desesperada, quemó sus buques y se puso en salvo, huyendo en un pequeño bote.

El capitán de bandera del almirante, que fué después el vicealmirante don Mariano Cordero, le dijo, pasándole el catalejo:

— Señor, en aquel bote huye el jefe enemigo ¿doy orden de perseguirle?

— No, déjelo que se vaya tranquilo; es un bravo, y á los bravos no se les persigue.— Déjenle y que Dios le ayude. — Si le aprisionáramos, Rozas, que tiene malos juegos, quizá le sacrificaría. ¡No sé porqué, pero presiento que el valiente Garibaldi está destinado á hacer grandes cosas!

No se equivocó el valeroso marino: terminadas sus campañas americanas, Garibaldi volvió á Europa y dedicó todas sus energías y sobresalientes cualidades á conseguir la libertad de Italia.

. . . . . .

Cordero, que era todo un valiente, no insistió; dispuso rápidamente un bote, y se lanzó hacia el buque que acababa de ser abandonado por Garibaldi, con ánimo de librarlo del incendio y apresarlo; pero advierte que ya otro bote, mandado por su hermano Bartolomé, se le había adelantado.

Apresura la marcha de su embarcación con ánimo de pasar á la que le lleva delantera; pero aquella, advertida á tiempo, no se resigna á perder la ventaja alcanzada, y, ya no corre, vuela.

La tradición conserva y recuerda esta lucha memorable, llamada *la carrera de los dos hermanos,* que á un mismo tiempo abordaron el buque sobre cuyo puente estaba la guía, que, inflamando la santabárbara, debía hacerlo volar.

Córtanla de un hachazo, y una vez salvada la nave, contemplan el punto negro y ya lejano del pequeño bote en el cual se aleja un valeroso soldado con su noble destino.

HEROICA MUERTE DE MARIANO GÓMEZ

TUCUMÁN, que recibió llena de entusiasmo la expedición que al mando de Castelli enviara la Junta Gobernadora á los pueblos del interior, organizó en pocos días, para reforzarla, un lucido escuadrón, formado con los muchos voluntarios que de todas partes acudían, ansiosos de consagrar su vida á la gloria y á la libertad de la patria.

Contábase entre éstos Mariano Gómez, mozo de la Capilla de los Lules, destinado á inmortalizar su nombre, más que por su hazaña de Tambo Grande, por su heroica y serena muerte.

Encargado por Belgrano, que le consideraba mucho, de marchar con una partida de hombres escogidos á poca distancia de la vanguardia enemiga, para enterarse de sus movimientos y número de tropas é informar de todo ello á los jefes argentinos, penetró en Humahuaca, donde se encontró con una pulpera cochabambina á quien conocía.

Cediendo á las amistosas instancias de la astuta mujer, secreta espía de los realistas, Gómez se detuvo, ordenando á su gente que siguieran camino para el vecino pueblo de Uquía, donde les daría alcance.

Dentro ya de la pulpería y á solas con la cochabambina, apuró más vasos de vino de los que podía y se entretuvo más tiempo de lo que debiera; tanto, que al cabalgar de nuevo empezaron á oirse las cornetas de las tropas enemigas que entraban ya en la población.

Como á media legua del pueblo, Gómez, ya turbado del todo el sentido y mareado en exceso por la bebida, penetró en un gran perchel de alfalfa que halló en su camino, quedando al poco rato dormido como una piedra.

La pulpera no perdió su tiempo; fué en busca del jefe realista, y le dijo:

—Apúrense si quieren dar un buen golpe. Ahora no más acaba de salir el sargento Gómez, sólo y bien cargadito de vino.

Aprovechó, el avisado, la confidencia, y destacó un fuerte grupo de jinetes en persecución del desprevenido sargento quién, alcanzado al poco rato, hallóse al despertar, cautivo, desarmado y amarrado.

Bramaba de desesperación y de coraje el valiente Gómez, humillado por haberse dejado engañar, y dolido de no poder cumplir hasta el fin la comisión de que estaba encargado.

El jefe de las fuerzas enemigas, que lo era el coronel Saturnino Castro, salteño, de gran valor y pericia, y uno de los más prestigiosos caudillos del ejército del rey, habló afablemente al prisionero, proponiéndole que sirviera á sus órdenes, con lo cual, no sólo se libraría de la muerte, sino que alcanzaría libertad y honores.

—Imposible es que yo traicione la confianza de mi general y que venda á mi patria. Usted no me conoce: si quiere conocerme, hágame entregar mi sable y sabrá usted cuál es mi temple.

—¿Has considerado que con ello evitas la muerte? ¿Sabes que haya algo más precioso y grande que la vida?

—Sí, mi coronel, la gloria de perderla honrosamente por el deber y la patria.

Todos los presentes quedaron mudos de asombro admirados de tal tesón y valentía: pero Castro, á quien tales palabras hirieron dolorosamente, mandó que se pusiera á Gómez en capilla, y que se le fusilara al amanecer del día siguiente.

Ya en el banquillo, mandó Castro reiterar sus ofrecimientos del día anterior, y todos, jefes y oficiales, llenos de simpatía por aquel muchacho tan joven y tan valiente, instábanle á que aceptase la oferta.

—*¡Es en vano!*—contestó el argentino, soberbio de valor y entereza;—*denme mis armas, desátenme en medio de este cuadro y conocerán como es imposible que yo sirva contra mi patria.*

El jefe que mandaba las tropas, á instancias de todos los demás, suspendió por un momento la ejecución, mientras la oficialidad en masa, acudía á Castro en demanda de la vida de aquel valiente.

Castro fué inflexible, y breves minutos después, ya cumplidas sus órdenes, el ejército argentino tenía otro héroe y la patria un mártir más.

LA HERIDA DE MITRE

El día 2 de junio de 1853, el coronel don Bartolomé Mitre, jefe de Estado Mayor del Ejército de Buenos Aires, salió de la ciudad para batir al enemigo, que estaba en la Convalecencia.

Empeñada la lucha, observaba Mitre el nutrido fuego que sus guerrillas hacían á los confederados, resguardados en una zanja abierta á unos 200 pasos del lugar en que el coronel se hallaba.

De pronto viéronle sus ayudantes que se encorvaba sobre el caballo, desmontando luego, cubierto de sangre.

—¡Estoy herido, y quiero morir de pie, como un romano! — fué la respuesta que dió á las preguntas que aquéllos le hicieron al rodearle solícitos.

—Vea que tengo — dijo á don Felipe M. de Ezcurra, sacándose el quepis.

Ezcurra halló una herida de bala en la parte superior de la frente; la examinó como podía hacerlo un profano en medicina, y contestó:

—¡Es nada!

— Sin embargo, la sensación que experimento es como si tuviera adentro el proyectil — observó serenamente Mitre.

Limpiado ligeramente el rostro y algo restañada la sangre, quiso Mitre montar de nuevo á caballo, á pesar de considerar desde el primer momento que la herida era mortal; pero le faltaron las fuerzas y tuvo que desistir de su propósito.

. . . . . .

Cuando el capitán don Gregorio Carreras comunicó el accidente al general Paz, ministro de la Guerra del gobierno porteño, este hombre, de temple glacial y de fisonomía impenetrable, no pudo ocultar su desagradable impresión.

— ¿Es grave la herida? — preguntó.

— Dicen que es de muerte — fué la respuesta que escuchó.

El ministro, desalentado, se dejó caer en un sillón y murmuró hondamente afectado:

— ¡Hubiera preferido perder la mitad del ejército antes que al coronel Mitre!

PATRIÓTICO DESPRENDIMIENTO DE GURRUCHAGA

Fué don Francisco de Gurruchaga, primer diputado de Salta ante la Junta de 1810, un entusiasta, decidido y ardiente patriota que abrazó la causa de la Revolución con toda la fe de un alma varonil y noble.

Abandonó, resuelto, en 1808, las comodidades y la posición que gozaba en Madrid, y las consideraciones que le granjearon sus dotes personales, sus títulos de nobleza y una cuantiosa fortuna, para trabajar en su país contra el dominio español.

Dió á la patria, corazón, persona y fortuna; después de Tucumán, el ejército en marcha hacia el Norte se hallaba desnudo y sin recursos: Gurruchaga vistió á los soldados de Belgrano á su exclusiva costa.

En sus últimos años, su inmenso caudal había desaparecido: mientras él tuvo y la patria necesitó, sólo pensó en dar, dar siempre, sin pensar ni en él ni en los suyos.

Cuéntase que un comprovinciano suyo, asombrado ante la extremada generosidad de Gurruchaga, le dijo una vez:

— Es necesario ser prudente, don Francisco; bueno es dar pero, aun lo bueno tiene su límite. — ¿No piensa usted en que tiene hijos?

— Sí, mucho que lo pienso, amigo mío; y porque pienso en su porvenir es que obro de esta manera.

Si amamos á nuestros hijos, leyes y libertades es la herencia que debemos dejarles. Esta sola causa puede recompensar dignamente el sacrificio de nuestros tesoros y de nuestra sangre.

¡Nobles y altas palabras que forman por sí solas la gloria del entusiasta procer que las pronunció!

SARMIENTO ENOJADO

En cierta ocasión, presentó un publicista, al Consejo de Educación de la Provincia de Buenos Aires, una bien fundada y mejor escrita instancia ofreciendo en venta algunos ejemplares de una *Gramática de la Lengua Castellana*, que acababa de editar.

Leída la nota, y en el preciso momento en que uno de los consejeros, poeta inspiradísimo y de gran vuelo, se disponía á fundar su voto en favor del postulante, Sarmiento, que presidía, resolvió la cuestión con un contundente:

—¡Al archivo!

—¿Por qué al archivo?—interrogó el vocal poeta agregando: ¿No estamos aquí nosotros para deliberar? ¡señor! Discútase la propuesta; la gramática que se ofrece puede ser buena y útil.

—¡Útil!... ¿Para qué?—le preguntó Sarmiento airadamente.

—¿Para qué? Para fijar el idioma, que día á día pervierten los escritores *ramplones*...

—El idioma castellano, señor mío, ¡SÉPALO US-

TED!, está fijado por dos libros inmortales: ¡el *Quijote,* en España, y el *Facundo,* en América!—y volviéndose al secretario, repitió: ¡Al archivo!

El incidente se enredó de tal manera y dió lugar á una discusión tan violenta, que Sarmiento, enojado de veras, abandonó la presidencia retirándose á su despacho, vociferando entre dientes y seguido de su contradictor que, no menos excitado que el presidente, le devolvía ataque por ataque y apóstrofe por apóstrofe, más que con energía, con virulencia.

Ya en su despacho, en cuyo centro había una gran mesa, Sarmiento se paseaba nerviosamente por un costado de aquélla, mientras que su adversario hacía lo mismo por el otro, ambos en tren de irse á las manos.

El poeta, que por su indomable altivez era capaz de hacer frente á un regimiento en defensa de un ideal, comprendía que en el pugilato en perspectiva, llevaría tal vez la peor parte, pues Sarmiento era, además de terco y agresivo, vigoroso y robusto.

Sobre la mesa había un grueso aprietapapeles de vidrio, que el poeta miró más de una vez como promesa de eficaz auxilio para equilibrar energías musculares.

El duelo *á palabras* continuaba en alarmante progresión ascendente, cuando Sarmiento, dándose de pronto cuenta clara del término desagradable que inevitablemente tendría la cuestión, y vuelto á la realidad de su condición de hombre, superior,

con mucho, á cualquier gramática, le dijo á su contendor, en cuyas manos estaba ya el aprieta-papeles.

¡Le propongo á usted que nos tranquilicemos!

La oportuna é inesperada frase produjo un cambio notable y benéfico en el tono de la discusión, que, desde aquel momento, perdió todo lo que de violenta y agresiva tenía para seguir mesurada y culta, como correspondía á dos hombres de tal valer y de tanta altura.

TRISTE PROFECÍA

Visitaba cierto día el general Güemes á su íntimo amigo y paisano, el ardiente patriota don José Gorriti, y, como acontecía siempre que se mostraba en público, avanzaba seguido de un tropel de admiradores que aclamaban al caudillo prestigioso, al ídolo del pueblo salteño.

Mientras unos le vitoreaban, otros besaban, ya sus manos, ya el puño de su corvo sable; y, al desmontar, fueron muchos los entusiastas que, de rodillas, se disputaban la satisfacción de descalzarle las pesadas espuelas.

Los dueños de la casa, rodeados de sus hijos, salieron á recibir al héroe, acogiéndole con admiración y ternura.

El caudillo quiso levantar en sus brazos á una niña de pocos años, de mirada viva é inteligente, que debía ser, más tarde, la ilustre autora de *La tierra natal, Sueños y realidades, Panoramas de la vida* é infinitas obras más, gala y orgullo de las letras argentinas.

Pero la niña, un poco miedosa y un poco hu-

raña, lloraba á gritos, mientras el general, sonriente y afectuoso, procuraba calmarla, acariciándola suavemente.

Ya se extinguía el llanto de la pequeñuela, cuando una voz quejumbrosa exclamó:

—*¡La niña ha llorado como si hubiera besado á un muerto!* ¡Ay! ¡Ay!

La que así hablaba era la hermana del dueño de la casa, de carácter nebuloso y fantástico, dotada, al decir de sus contemporáneos, de la rara facultad de leer en el porvenir.

Pero no todos creían en sus profecías, antes bien, las tomaban á broma; así es que el señor Gorriti, su esposa y el mismo Güemes rieron de buena gana al escuchar á la lúgubre profetisa.

—Querida Juanita—díjole el general—¿es posible que tan joven me condene usted á morir?

¡Oh! déjeme al menos los días necesarios á la patria. Vea yo la aurora de su gloria; y, entonces, cúmplase en mí la voluntad de Dios—dijo alzando al cielo su dulce y serena mirada.

Pero ella, la sibila, moviendo la cabeza con ademán fatídico, repetía:

—*¡Como si hubiera besado á un muerto!* ¡Ay! ¡Ay!

¡Ah! Poco tiempo después, poco, muy poco, todos los ecos de la comarca repetían ese grito de dolor.

Los enemigos de América cortaron en flor la luminosa vida del héroe, sin dejarle alcanzar los días que él pedía para la patria.

HUMORISMO DE MITRE

La herida que recibiera Mitre en la mañana del 2 de junio de 1853, no le desfiguró el rostro como desfiguraron el de Arenales las heridas de la Florida.

Lejos de constituir un defecto físico, era un rastro de bala envidiable y envidiado. «Es un documento auténtico que prueba que Mitre no acostumbraba volver la espalda al enemigo» — decía de ella Silveira da Motta, en una discusión sostenida en el Senado brasileño.

Se cuentan muchas anécdotas originadas por la curiosidad de los que deseaban examinarla de cerca; siendo de notar la larga serie de pretextos que, para conseguirlo, alegó el emperador del Brasil, don Pedro II.

Cuéntase que alguien en una tertulia literaria, le preguntó:

—¿Ha sentido usted alguna vez, dolor ó malestar, á causa de la herida?

—¡Jamás—contestó el general—¡ni un simple dolor de cabeza!—y agregó después, sonriendo con suma intención: *Es por eso que á todos los que padecen de la cabeza les receto siempre un balazo en medio de la frente.*

UN GOLPE DE MANO

MARCHABA La Madrid sobre Charcas, con intención de apoderarse de la ciudad, cuando interceptó un mensaje del gobernador de Potosí al presidente Vivero, que mandaba en la población amenazada, anunciándole el pronto envío de un refuerzo de 300 hombres.

El conocimiento de tal noticia dió ocasión al bravo tucumano, para realizar un brillante y afortunado golpe de mano.

Próximos ya al término de su expedición, el día 20 de mayo de 1817, empezaban los patriotas á remontar la cuesta de Cachimayo, cuando el capitán don Lorenzo Lugones, jefe de la descubierta, avisó que, por el mismo camino que llevaban los independientes, pero en dirección contraria, apercibíase un núcleo de jinetes, seguramente enemigos.

Enterado del caso, La Madrid reflexionó un breve instante; mandó hacer alto, y partió luego, rápido á reunirse con Lugones, quién salió á recibirle, diciendo:

—No hay duda, mi mayor, son godos.

—Mejor. ¿Ve usted, capitán, esa fuerza?—Pues sepa que dentro de unos minutos será nuestra, y lo será sin costarnos ni un tiro ni una gota de sangre.

Y avanzando un trecho en actitud pacífica, hacia los realistas, que, á su vez, habían detenido el paso, sacó un pañuelo blanco del bolsillo y lo agitó repetidas veces, mientras gritaba:

—*Bajen ustedes, compañeros. Somos el auxilio que envía el gobernador de Potosí.*

Los oficiales realistas que, efectivamente creyeron haber dado con el ansiado refuerzo, depusieron todo recelo y se dirigieron al trote largo hacia el lugar donde esperaban los argentinos.

Uno de los españoles, sonriendo, con visible satisfacción, se dirigió á La Madrid con los brazos abiertos y en ademán de abrazarle, diciendo:

—¡Ostría! ¡Cómo te va Ostría! Cuánto tiempo sin vernos; ¿no?

—Está usted equivocado, señor, yo no soy Ostría—contestó el interpelado.

—Disculpe usted ¡es tanto el parecido!

—¿Quién es el comandante de ustedes?—preguntó el coronel López, jefe de los realistas.

—La Madrid, viéndolos en su poder, pues ya Lugones y los dos ordenanzas se habían colocado, como al descuido, entre los oficiales recién llegados y el grueso de los realistas, contestó:

—El comandante es aquí don Gregorio Araoz de La Madrid, y están ustedes hablando con él.

Oir estas palabras y quedarse los españoles hechos una piedra, fué todo uno.

—Hemos caído en la ratonera—dijo López amargamente, haciendo ademán de entregar á La Madrid su espada.

Pero éste, que tenía la vista fija en la masa de la fuerza enemiga, y que empezó á notar en ella signos de agitación y preparativos de fuga, dijo á López, con acento que no admitía ni duda ni réplica:

—Guarde su espada, coronel; sígame donde yo vaya y obedézcame en todo; piense que en ello le va la vida.

Y poniendo el caballo al paso, y conversando amigablemente con su prisionero, fué en busca de la indecisa tropa realista.

Ya junto á ella ordenó á López que le mandase seguirles.

La orden fué cumplida; y un momento después, el escuadrón entero, rodeado por los que había creído partidarios y camaradas, oía, en medio de la mayor estupefacción, que estaba prisionero y que debía entregar las armas á un enemigo que, capaz de vencer por la fuerza, había preferido esta vez triunfar por la viveza y la astucia.

NOBLE CONTESTACIÓN

Fué el ilustre brigadier general don Martín Rodríguez, de grata é inextinguible memoria, no sólo un gran gobernante, sino un alma ardiente dedicada toda entera á la patria. No tuvo jamás, don Martín, otro interés ni más designio que enaltecerla y honrarla.

Su persona y su fortuna estuvieron siempre al servicio del bien público.

Emigrado en Montevideo, anciano y enfermo, quiso acompañar al general Paz en la campaña de 1842, pero le faltaron las fuerzas.

No pudiendo ir él, envió á sus hijos, y sus valiosas propiedades fueron vendidas á vil precio, para proporcionar al gobierno de Montevideo recursos con que sostener el sitio.

Al entregar el precio de la venta, alguien le insinuó que era conveniente se proveyese de los recibos y documentos necesarios para poder recobrar algún día las cantidades que donaba.

—¿Recibos? ¿Cuentas? *¡Qué cuentas he de llevar á mi madre!*

Contestación sublime, tan bella como espontánea, reveladora de la grandeza de su alma entusiasta y pura; frase admirable que la historia ha entregado al sentimiento y á la reflexión de la posteridad, y que la nación agradecida esculpirá, algún día, en el pedestal de la estatua que debe á la memoria de tan noble patricio.

CÓMO SE SALVÓ UNA VIDA EN 1842

Era al atardecer de un día de junio, allá por el año 1842.

Tres hombres caminaban por la acera de la Legislatura, opuesta á la casa donde vivía Rozas.

Iban emponchados y pertenecían á la *Sociedad Popular Restauradora de las Leyes.*

Al llegar á la bocacalle, hoy de Bolívar, se detuvieron, poniendo uno de ellos, el tristemente célebre Troncoso, que capitaneaba el grupo, una pierna á caballo sobre el tradicional poste, plantado en la esquina.

Detrás de ellos iba un caballero que acababa de salir de la Legislatura y que se dirigía á su casa, una de las más espaciosas del barrio de Santo Domingo.

Los cuatro hombres se encontraron, saludando respetuosamente los tres emponchados al diputado.

— ¿Y qué hacen aquí, amigos?

— Estamos esperando á aquel *salvaje* para llevarlo al cuartel...

El diputado se estremeció, conocía la fórmula: ir preso al cuartel de Coutiño era ir á la muerte.

Disimulando su emoción, dióse vuelta y vió á un sujeto de muy buen aspecto, correctamente vestido y con natural elegancia.

— ¿Es este el sujeto? — preguntó.

— Sí, doctor — contestó Badía, otro del grupo.

— Pero, amigos, si ese caballero es un buen federal.

— Pues, señor, nosotros hace días que por la pinta lo teníamos clasificado de *salvaje*.

— ¡Qué! Si hasta es practicante de mi estudio.

— ¡Ah! entonces es otra cosa.

El de la «pinta de salvaje» llegó tranquilamente, é inconsciente del peligro que le acechaba, fué presentado, saludando y...

— Bueno, pues, amigos, ya saben; adiós, hasta otra vez, que les vaya bien.

Y dirigiéndose al otro, díjole con acento levemente intencionado:

— Vamos pronto; no sea que se nos haga tarde.

— Adiós, señores — balbuceó el providencialmente salvado, á quien el solo nombre de los emponchados había helado la sangre.

El diputado apuró el paso, tomando á la derecha por la calle de Bolívar; el otro le siguió.

— Camine ligero, amigo, no sea que estos bárbaros se arrepientan y quieran llevarnos á los dos al cuartel.

El diputado salvador era don Lorenzo Torres; el otro, el salvado, el doctor Carballido, que desde aquel momento no olvidó que para vivir relativamente tranquilo en Buenos Aires en tales

días, no bastaba limitarse á trabajar sin meterse en política; era necesario, además, vestir la chaqueta y guardar la levita y el sombrero de copa, pulcro y aristocrático, que él usaba invariablemente y á diario.

LA HAZAÑA DE GAUNA

Don Severo de Izasmendi, que gobernaba en Salta al ocurrir en Buenos Aires la deposición del virrey Cisneros, urgido por los miembros dirigentes del partido realista en aquella provincia, aprisionó á los capitulares, tildados de patriotas, procesándolos como presuntos reos de rebeldía contra el rey y de alta traición á la monarquía, crímenes que la justicia y las leyes perseguían y penaban con feroz severidad.

Los encarcelados, que se daban cuenta del peligro que corrían sus vidas, determinaron comunicar á la Junta de Buenos Aires el trance en que se hallaban, impetrando su auxilio y protección.

Incomunicados en los altos del Cabildo, resolvieron que uno de ellos se evadiese, y que del modo que su ingenio y valor le aconsejaran transpusiera los límites de la provincia y llevase á Buenos Aires un pliego firmado por todos, en que se pedía á la Junta Gubernativa que interviniese en su favor y les amparase.

La comisión era difícil y peligrosa en extremo:

el emisario de los cabildantes salteños debía atravesar los tupidos bosques tucumanos, las desoladas llanuras de Santiago y de Córdoba y los campos salvajes de Santa Fe, infestados de asesinos y salteadores, solo, y perseguido por los agentes del gobierno.

Los patricios detenidos, que eran ocho: don Antonio Fernández Cornejo, don Nicolás Arias, don Calixto Gauna, don Mateo Zorrilla, don José Francisco Boedo, el licenciado don Juan Esteban Tamayo y los asesores letrados don Santiago Saravia y don Gabino Blanco, echaron suertes para ver á quien correspondería emprender el arriesgado viaje. El azar designó al coronel don Calixto Gauna.

Hecha la designación, los ocho prisioneros, atando los extremos de sus capas (el hecho ocurrió en pleno invierno) formaron una originalísima cuerda, á favor de la cual y por uno de los balcones, se deslizó Gauna hasta tocar el suelo.

Después de ocho días de continuo galopar, de evitar mil peligros y accidentes, el comisionado llegó á Buenos Aires, habiendo recorrido con inconcebible rapidez más de trescientas leguas; hecho que fué el asombro y el asunto preferido de conversación de los porteños durante muchos días.

Después de un sueño continuo de veinticuatro horas tornó á cabalgar con dirección á Córdoba, donde debía entregar á Chiclana su nombramiento de gobernador de la intendencia de Salta.

El décimosexto día de su partida, regresaba

Gauna á Salta trayendo á su lado á Chielana, que se posesionó inmediatamente del mando, poniendo en libertad á los capitulares presos y encarcelando á Izasmendi que, puesta en los pies una barra de grillos, fué remitido á la capital.

En Salta perdura todavía el recuerdo del extraordinario viaje, bautizado por los que conocieron al vigoroso jinete, con el nombre de *la hazaña de Gauna.*

INAUDITA FRESCURA DE ROZAS

Tenía don Juan Manuel de Rozas tan alta idea de su talento y capacidad, estaba tan convencido de ser tan perito y competente en todo, que no admitía ni aun la posibilidad de que algo de lo que él hacía pudiera salir mal, ni menos la de que él, como todos los humanos, pudiera errar ó equivocarse.

En vísperas de Caseros, ocurriósele pasar revista y hacer maniobrar á uno de los cuerpos acantonados en Santos Lugares.

Después de revisar con su acostumbrada prolijidad, hombres, armamento y fornituras, púsose á la cabeza del batallón y empezó á mandar, pero, con gran sorpresa y enojo suyo, los soldados permanecían firmes é inmóviles como postes.

—Señor comandante Romero—dijo ásperamente al jefe del cuerpo, que visiblemente angustiado se le acercaba—¿qué razón puede usted darme para justificar el pésimo estado de instrucción en que tiene usted á estos soldados?

—Una muy convincente, que expondré á V. E. si se digna darme su permiso.

—Diga usted.

—Los soldados, señor gobernador, no han entendido á V. E.

—¡Cómo, que no me han entendido!

—No, Excmo. señor. Mis soldados son de infantería, y las voces de mando que ha dado V. E., son de caballería.

Rozas clavó sus ojos en el comandante, y con voz iracunda, le dijo:

—¿Conque son de caballería, no? PUES YO LAS USO EN INFANTERÍA; y así ha de tenerlo presente usted para lo sucesivo.

Y sin esperar respuesta, ceñudo y silencioso, dió al azorado jefe la espalda.

AMARGA CONFESIÓN

Un 25 de Mayo varios jóvenes asilados en Montevideo desplegaron al viento la bandera argentina, y, al colocarla en la azotea de la casa donde vivían, quedáronse discurriendo sobre la tiranía de Rozas, y las revoluciones que habían traído á aquel monstruo al poder.

—¿Quién habrá sido el malvado que hizo la primera revolución — decía uno — ¡quisiera saberlo para maldecir su nombre!

En aquel dédalo de revoluciones y asonadas de nuestra historia, eran muchos los que ignoraban cuál había sido la primera.

Por casualidad, miró el que había hablado, hacia abajo, y divisó al anciano don Martín Rodríguez, que paseaba abstraído, por el patio de su casa, y se propuso interrogar sus recuerdos.

—¿Quién fué, don Martín, el primero que hizo la revolución en Buenos Aires? — preguntó con acento en que se traslucía el espíritu de reprobación que á él y á sus compañeros animaba.

El general, atormentado por muchos infor u-

nios, decaído de su antiguo valimiento, pobre, envejecido y expatriado, sintió ese nuevo puñal que venían á hundir en su pecho unos jóvenes indiscretos.

—¿Quién fué el primero?—repitió desconcertado, recordando el 5 de abril de 1811.

—Sí, diga usted, ¿quien fué el malvado?

—Pues, ese malvado... ¡fuí yo!—contestó con voz terrible; y dándose vuelta, se ocultó en su pieza, de la cual no se le vió salir hasta el día siguiente.

BROWN Y RODRÍGUEZ

Cuando el día 5 de marzo de 1843 los cañones de Montevideo anunciaron, con sus disparos, la muerte del virtuoso y abnegado patriota, general don Martín Rodríguez, el viejo y glorioso almirante Brown, comandante de la escuadra que sitiaba la plaza, ordenó, en homenaje de respeto y admiración hacia su antiguo compañero y amigo de siempre, que se pusiera la bandera á media asta, asociándose así al profundo dolor causado en todos por la pérdida del prócer.

No faltó quien recordase al legendario marino que el muerto, sobre ser unitario, era un enemigo acérrimo de Rozas, y que rendir honores á sus restos era exponerse á provocar la ira, justamente temida, del receloso *Restaurador de las Leyes.*

El vencedor del Juncal y de los Pozos, mantuvo su decisión, contestando noblemente:

— *No sé, en este momento, si el muerto era amigo ó enemigo de Rozas. Solamente sé que fué un gran patriota, un gran corazón y un ciudadano insigne, y á ése es al que voy á honrar.*

Esta demostración, completamente inusitada en aquella época de odios y rencores, no provocó el enojo de Rozas ni mereció su desaprobación, pues se hizo el desentendido y no habló de ella.

Tal demostración enalteció por igual al virtuoso muerto á quien fué dedicada y al valeroso soldado que la tributó.

ENTEREZA DEL PADRE CASTAÑEDA

Fué el padre fray Francisco Castañeda, además de un polemista batallador, de acometividad temible, notable orador y patriota decidido, de quien, entre otras, se refiere la siguiente anécdota:

Una de las solemnidades con que el gobierno resolvió celebrar en 1815, el aniversario de la Revolución de Mayo de 1810, debía ser el panegírico que de ella hiciera, un sacerdote de renombre, en la iglesia Catedral.

Á este acto debían asistir las autoridades y cantidad de pueblo, ávido de estímulos al sentimiento de la libertad que lo empujaba. Pero en aquel entonces no se encontró un solo sacerdote, regular ó secular, que se prestase á pronunciar la oración acostumbrada.

Todos se excusaron, alegando que Fernando VII ocupaba el trono de sus mayores, y que en semejantes circunstancias, vidriosas y delicadas, era imprudente provocar su enojo con esa especie de propaganda subversiva y contraria á su autoridad.

El Cabildo acudió al padre Castañeda. El enér-

gico religioso, siguiendo los impulsos de su patriotismo, aceptó, contestando al alcalde de primer voto: que, *aunque fuese en la punta de una lanza haría la pública profesión de su política.*

La hizo, en efecto, pronunciando un magistral discurso, que le valió la calurosa felicitación de todo el pueblo.

Las autoridades directoriales, se mostraron con él reservadísimas, hasta el punto de no invitarle á concurrir al *Fuerte*, después del *Tedéum*, como era costumbre.

En cambio, la juventud le llevó en andas por las calles, hasta que él mismo pudo substraerse á la efusión patriótica del pueblo, cuyos sentimientos había logrado interpretar y herir.

DOS VALIENTES

Después de haber derrotado á La Madrid, casi á las puertas de Tucumán, supo Quiroga que entre los prisioneros hechos al enemigo se encontraba el caballeresco coronel Barcala y ordenó que, en el acto, fuese traído á su presencia.

Obedecida la orden, preguntó Quiroga al jefe vencido, que le miraba sereno y digno:

—Coronel: ¿qué habría hecho usted si me hubiera tomado prisionero?

—Lo que mi jefe me hubiera mandado.

—¿Y si le hubiera ordenado fusilarme?

—Lo hubiera cumplido en el acto y sin vacilar—contestó Barcala, con la mayor naturalidad.

—Muy bien, coronel, es usted un gran soldado, y, como tal, un gran valiente; está usted en libertad.

Momentos después abandonaba el pundonoroso negro el campamento, y al despedirle, díjole Quiroga:

—Lleve usted buen viaje, coronel, pero sobre todo no vaya á Mendoza; allí está el fraile (Aldao), *que no es* Quiroga, y que, si puede, lo fusilará...

Barcala no hizo caso del intencionado consejo; fué á Mendoza... y el *fraile, lo fusiló.*

UNA OFENSA QUE SE PAGÓ CARA

En la batalla de Ituzaingó, en lo más encendido de la pelea, cuando los choques eran más rudos y sangrientos, un arrogante oficial brasileño, espoleando su caballo, salió al encuentro de Olavarría amenazándole con una pistola.

El jefe argentino detuvo el nervioso corcel, y erguido, apuesto y sereno, esperó á que su contrario hiciera fuego, presentando, altivo, el pecho al peligro.

Hizo fuego el brasileño; y furioso al ver indemne á su contrario, levantóse sobre los estribos, y con gesto despreciativo lanzó la pistola, de revés, á la cabeza del jefe argentino, con tal fuerza y certera puntería, que le magulló la cara rompiéndole dos dientes.

Un segundo después yacía muerto en el suelo, atravesado por la lanza que disputaba á la de Zapiola el honor de ser la primera del ejército argentino.

Cuéntase que Olavarría, al recordar el hecho, exclamaba:

— Podía permitir que me matara; jamás que me infiriera un ultraje.

DE CÓMO LOS HÚSARES DE LA GUARDIA TROCÁRONSE EN LANCEROS DE JUNÍN

En la batalla de Junín, la caballería realista consiguió, al principio, vencer á los escuadrones independientes. El coronel argentino Isidoro Suárez, que llegaba retrasado al lugar de la lucha, dejó pasar á perseguidos y á perseguidores con ánimo de acometer á los españoles por la espalda.

Estaba despejando el terreno para realizar su pensamiento, cuando vió que se le aproximaba, creyéndole realista, un grupo de soldados de Canterac, conduciendo algunos prisioneros.

Llegado el grupo, la sorpresa de Suárez fué inmensa al reconocer, entre los vencidos, á su íntimo amigo Olavarría; levantado sobre los estribos, lleno de ansiedad, preguntó presuroso al cautivo:

— *Mayor, ¿qué sucede?*

— *Que la fatalidad nos ha perseguido* — contestó tristemente el interpelado. — *Cargados antes de tiempo y sin poder desplegar nuestras fuerzas, hemos sido vencidos, cayendo entre los prisioneros el general Necochea.*

Al oir estas palabras, el jefe argentino con la mirada ardiente, dijo, dirigiéndose á los españoles, que, sorprendidos, reconocieron tarde su error.

— *Quedan ustedes prisioneros.*

Y dirigiéndose á Olavarría y á los soldados rescatados, agregó:

— Ahora nos toca á nosotros; aun somos bastantes para restablecer el combate.

Y, á gran galope, lanzó su escuadrón sobre los confiados realistas, que ya se creían victoriosos, y que, sobrecogidos por el inesperado ataque, apenas resistieron un momento al tremendo empuje.

Dueño del campo el intrépido Suárez, lo hizo saber á Bolívar por intermedio de Olavarría.

El libertador descendió de las alturas donde se había refugiado suponiéndolo todo perdido, y al dirijirse á los vencedores, que le esperaban formados, después de prodigar calurosos encomios al jefe que tan bien supo conducirles al triunfo, pronunció estas palabras.

— *Ved aquí, señores, que cuando la historia registre la gloriosa batalla de Junín, si es justa y severa, atribuirá todo el honor de ella á este joven coronel; ya no os denominaré* HÚSARES DE LA GUARDIA; *seréis desde hoy* LANCEROS DE JUNÍN.

ALMAS HEROICAS

En el combate naval del 30 de julio de 1826, el buque almirante *25 de Mayo,* atacado por fuerzas enemigas muy superiores, vióse reducido á la impotencia y al silencio.

Destrozada la arboladura, barrida la cubierta por la metralla y atravesado el casco por varios proyectiles, la resistencia parecía ya imposible; pero aquellos bravos marinos habían jurado irse á pique antes que rendir el pabellón, y estaban resueltos á cumplir su juramento.

Ni para maniobrar había sitio, á tal punto, que los tripulantes tenían que hacinar los muertos y los heridos para dejar expedito el puente. En tal situación, Brown decidió trasladar su insignia al *República.*

Antes de abandonar el *25 de Mayo,* encargó á Espora, su capitán, gravemente herido, *que antes de rendirse prendiera fuego á la santabárbara é hiciera volar el buque.*

Espora, que estaba recostado en la borda de su barco, insensible á los agudos dolores físicos, que

le aquejaban, así lo prometió, ordenando á sus marineros que si él llegaba á morir y el buque era tomado al abordaje por los brasileños, arrojaran su cuerpo al agua; *pues prefería ser pasto de peces argentinos, á servir de trofeo al enemigo.*

Al oir estas palabras, un marinero, que era modelo de sangre fría y de valor en los combates, exclamó, con voz conmovida, en la que vibraban el despejo y la noble entereza del paisano: *Mi comandante, pa que nos agarren el barco es preciso que tuitos haigamos muerto.*

MATES SABROSOS

Era profesor de francés ó de música de Manuelita Rozas (que en este punto no están de acuerdo las crónicas), cierto señor Camaño, buen federal y observador de los mandatos del tirano.

Un buen día, dijo á su discípula que ya nada tenía que enseñarle y que así pensaba manifestárselo el día siguiente al señor gobernador.

—No se descuide con las bromas de *tatita*— advirtió Manuelita al despedir á su buen profesor.

Pero el buen Camaño, olvidó el consejo; pues engolfado en los elogios que prodigaba al talento, aplicación y buen gusto de su discípula, alabanzas que Rozas—padre al fin—escuchaba atento y complacido, aceptó, él que tenía verdadera aversión al mate, uno que, con mucha gentileza, le ofreció el dictador.

Sorbiólo como pudo y deseoso de acabar pronto; pero Rozas, que, cuando daba un bromazo lo daba bueno, cada vez que el mulatillo aparecía en la estancia, exclamando: *Patrón, el mate*—se lo

alcanzaba al desdichado maestro, diciéndole afectuosamente:

— *Tome, tómelo maestro, tómelo que no le pesará.*

Y así fué; cuando hubo tomado nueve, cuando atiborrado y ahito, mostraba en el rostro las inequívocas señales de una cruel angustia y de una inevitable descompostura, Rozas, como si nada advirtiera, y extremando su amabilidad y benevolencia, despidió al profesor, ordenando le fuesen entregados mil pesos por cada uno de los mates ingeridos.

Es fama que Camaño, á pesar de lo poco afecto que á los mates era, se arrepintió con toda el alma de no haber sorbido unos cuantos más.

LA MEMORIA DE URQUIZA

En 1843 fué asesinado en Nogoyá don Cipriano de Urquiza, hermano del que fué después vencedor en Caseros y organizador de la República.

El asesino, llamado Rodas, desapareció sin dejar huella.

En 1859, diez y seis años después del suceso y antes de la campaña de Cepeda, hallábase el general Urquiza en su despacho de San José, cuando se hizo anunciar un militar que dijo ser el comandante Rojas.

Introducido, Urquiza le miró un breve instante, y le preguntó, severo:

—¿Cómo se llama usted?

—¿Soy el comandante Rojas, Excelentísimo señor...

—¡Rojas, no! ¡Rodas debe usted decir, eh!... —exclamó Urquiza fuera de sí, y golpeando con el puño sobre la mesa que tenía por delante, gritó:

—Salga de mi presencia, ¡miserable asesino!... ¡No quiero más sangre!... ¡Rojas, eh!...

El comandante Rodas, (pues él era) lívido y

como atontado salió torpemente de la habitación sin mirar atrás... montó á caballo y desapareció.

El general Urquiza le había reconocido, apesar del tiempo transcurrido desde el asesinato de su hermano Cipriano y de haberlo visto sólo una vez.

LA BANDERA DE ITUZAINGÓ

En 1825, el gobernador de Salta, general Arenales, formó, con los indios de la Quebrada, el regimiento número 5, llamado de *Tatitos*, fuerte de 600 plazas, cuerpo que, mandado por el coronel don Félix de Olazábal, se portó admirablemente en toda la campaña del Brasil y, sobre todo, en Ituzaingó.

Hasta el 19 de febrero el ejército republicano había marchado sin desplegar al viento la bandera, y, según atestigua el doctor don Francisco Javier Muñiz, en esa misma forma entró en fuego el día 20.

En lo más recio del combate, cuando la victoria se mostraba indecisa, el regimiento número 5 recibía, casi á pecho descubierto, el mortífero fuego de los cañones y fusiles enemigos.

Alvear, que se daba cuenta de la imprescindible necesidad que había de que los bravos *Tatitos* permanecieran firmes como una roca en su peligrosa situación, ideó un medio eficaz para conseguir su objeto.

Tomó la enseña inmaculada de la patria, y después de agitarla al viento, la presentó al regimiento, que la aclamó delirante. Luego, entregándola á Olazábal, le dirigió breves y honrosas frases, terminando con estas palabras:

— Coronel Olazábal: hasta nueva orden aquí debe permanecer, firme y enhiesta, la bandera que le confío; defiéndala como merece, y si para ello es preciso, háganse matar á su pie, usted y todos sus soldados.

UN RASGO DE DOÑA AGUSTINA LÓPEZ OSORNIO DE ROZAS

Don Juan Manuel de Rozas estaba en armas contra el gobierno establecido después del golpe de estado de Lavalle.

Obedeciendo una disposición superior, la policía mandó confiscar los caballos y mulas de todos los particulares.

Cuando trataron de hacer efectiva la disposición en la casa de doña Agustina López Osornio de Rozas, esta señora contestó que ella no tenía opinión ni se metía en política; pero que siendo las bestias para combatir á su hijo, no podía ni debía facilitarlas.

La policía insistió, pero doña Agustina, hablando por la ventana con el comisario, le hizo comprender que todo era inútil, que si quería echar abajo las puertas podía hacerlo.

Fué menester ejecutar lo mandado; las órdenes eran perentorias, y se cumplieron; pero al llegar al fondo, donde estaban las cocheras y las caballe-

rizas, los policías encontraron todos los animales de tiro y silla degollados.

El comisario, hombre cortés y que tenía gran consideración por la señora, ante aquel espectáculo, observó: *Misia Agustina...* y ella, muy tranquila, no dijo más que esto: Mire, amigo, ahora mande sacar esta inmundicia: yo pagaré la multa por tenerla en casa, pero no la sacaré ni habré dado elementos para combatir á mi sangre, ya lo sabe.

LA BANDERA DEL CERRO DEL CARMEN

El coronel Conrado Villegas, que días antes había dejado el campamento de *Trenque Lauquen*, llegó á *Fola Lauquen* el 6 de noviembre de 1878, batiendo y dispersando á los indios, después de causarles numerosas bajas y de hacer gran número de prisioneros, entre los que se contaban el cacique Pincen y muchos capitanejos de menor categoría é importancia.

El general había hecho colocar un banderón argentino en la cumbre de una montaña, bautizada con el nombre de *Cerro de Nuestra Señora del Carmen.*

Un día, una de las guardias avanzadas avisó que, por el lado de Oriente, venían varios jinetes enarbolando banderas blancas, señal de paz y concordia.

Después de ser reconocidos, fueron conducidos al campamento para que, de acuerdo con el deseo manifestado, pudieran hablar con el jefe de las fuerzas.

Así que llegaron á la presencia de Villegas,

echaron pie á tierra, y terminada la larga salutación, habitual en ellos, manifestaron que eran los caciques tehuelches *Foynel*, *Inacayal*, *Gallo* y otros que venían á cumplimentar al presidente de la República Argentina, en nombre de sus tribus, y que se alegraban de verse allí, pues decían *ser ellos también indios argentinos*. Acabado su mensaje, sentáronse, repartiendo á los presentes quillangos, mantas y otras prendas valiosas que, á prevención traían, en testimonio de sincera amistad y en el deseo de sellar una paz duradera.

Al final de la entrevista, y cuando ya iban los indios á retirarse, Villegas les señaló la bandera que ondeaba airosa en lo más alto del cerro, y les dijo:

—¿Ven aquella bandera que flamea sobre la cumbre?

—¡Oh, sí: muy linda!—contestaron los caciques.

—Bueno, pues: esta bandera es la de los argentinos; si ustedes lo son ó lo quieren ser, van á cuidarla, para que no la roben los indios chilenos, hasta la próxima primavera en que volveremos nosotros. ¿Lo harán así?

Sí lo haremos; y te juramos, general, que nadie la tocará; si los indios araucanos llegasen á venir, la defenderemos con nuestras lanzas hasta morir.

Y cumplieron como lo juraron los bravos indígenas.

SAN MARTÍN Y EL BANQUERO AGUADO

Durante la guerra que los españoles sostuvieron contra Napoleón I, emperador de los franceses, trataron íntima amistad un mayor, de origen americano, y un joven capitán, de castiza cepa andaluza.

La casualidad, que los había unido, quiso un día que se separaran, y así estuvieron largos años sin verse ni escribirse, pero sin olvidarse.

Hablábase cierto día en París, en presencia del millonario Aguado, de las proezas realizadas en América por el general *insurgente*[1] San Martín.

—¡Hombre! — exclamó el banquero — Yo tuve un amigo americano de este apellido, que combatió á mi lado en Bailén y me apreciaba mucho... ¡pero el apellido San Martín es tan común!...

San Martín, á su vez, oyó mencionar al poderoso banquero español Aguado, y exclamó, haciendo memoria:

—¿Aguado? Yo he conocido á un sujeto de

[1] Así llamaban los españoles á los que luchaban por la independencia americana.

este nombre; pero ¡hay tantos Aguados en España!...

San Martín llegó á París en 1824.

Una mañana, mientras hacía su breve y sencillo tocado, introdúcese en su habitación un extraño, que le mira, le examina y exclama, aún dudoso:

—¿San Martín?

—¡Aguado! si no me engaño — contestó el general, retribuyendo el estrecho y caluroso abrazo de su antiguo amigo de rancho, peligros y alegrías.

—Almorzaremos juntos — dijo el americano.

—Convenido, pero en mi casa — respondió el español.

Y alborozados, prendidos amigablemente del brazo, salieron al bulevard, y, conversando y recordando, llegaron, sin sentirlo, hasta la plaza de Vendôme, deteniéndose ante la puerta de un suntuoso hotel.

San Martín, invitado por su amigo, se detuvo en la primera grada de la escalinata, y dijo, sorprendido, á su camarada:

—¿Pues qué ¿eres tú el renombrado banquero Aguado?

—¡Hombre! cuando uno no alcanza á ser libertador de medio mundo, me parece que se le puede perdonar el ser banquero...

Y riendo de la ocurrencia llegaron ambos á los salones, casi regios, en cuyos muelles sillones aguardaba la señora de la casa.

. . . . . .

Hasta la muerte de Aguado, ya no se separaron los dos amigos. Aguado fué para San Martín un verdadero hermano en las horas amargas y angustiosas del destierro, y á la generosidad del banquero, debió, el Wáshington sudamericano, no caer en las garras de la miseria.

El alma grande del vencedor de Maipo recordó siempre con ternura á su noble amigo. *Su generosidad* — decía en 1842 — *se ha extendido hasta después de su muerte, poniéndome á cubierto de la indigencia en el porvenir.*

UNA FRASE DEL GENERAL MONET ACERCA DE BRANDSEN

BRANDSEN, el brillante jefe de caballería, vencedor en *San Pedrito,* y á quien estaba reservada gloriosa muerte en el histórico campo de Ituzaingó, era considerado uno de los más bravos y temerarios jefes del ejército argentino.

Tal era la fama de su indomable arrojo y legendario valor, que el severo y pundonoroso Monet, uno de los mejores y más bien reputados generales del ejército realista, preguntó un día á Guido, enviado en misión extraordinaria cerca del virrey del Perú:

— Dígame usted, señor general ¿tienen ustedes muchos oficiales como Brandsen?

— No, general — contestó el interpelado — nadie le supera en valor, y en cuanto á conocimientos y pericia en el arte de la guerra, no es fácil igualarle.

— Me alegro, repuso el español; porque si así no fuese *se nos enredaría mucho más la madeja.*

MITRE Y URQUIZA

El 11 de noviembre de 1860, aniversario del pacto de unión celebrado un año antes en San José de Flores, se reunieron en el palacio de *San José,* cerca de Concepción del Uruguay, el presidente de la República doctor Derqui, el general Mitre, gobernador de Buenos Aires, y el genera Urquiza.

Pasaron horas de fiesta y expansión que, desgraciadamente, no evitaron desinteligencias y luchas en un próximo futuro.

En tal día el gobernador Mitre entregó al general Urquiza un rico bastón con dos puños, para usarlos indistintamente, uno de oro y otro de topacio, en los cuales estaba escrita esta leyenda: *Gobernador del Estado de Buenos Aires.*

El regalo de este bastón, que era, sin duda, el que habían usado en las ceremonias oficiales los gobernadores de Buenos Aires, cuando se denominaba *Estado,* tenía para el general Urquiza el significado de que, habiendo sido él autor de la unión nacional, le correspondía conservarlo, como testimonio de una de sus glorias más puras.

Lo mismo debió pensar el donante, que al ofrecer el histórico don, pronunció estas palabras: *Gracias á vuestro patriotismo y magnanimidad, la provincia de Buenos Aires es parte integrante de la República; su gobernador no poseerá más este bastón, que señala la época de la segregación. Á vos os toca conservar esta prenda de seguridad, como una conquista que habéis hecho.*

ENTRE COMPADRES

Rozas, que tenía un don peculiar para conocer á los hombres y advertir su lado flaco, sabía hablar á cada una de las personas á quienes trataba en su modalidad especial.

Ya en el poder, escribiendo á un compadre de sacramento, de su confianza, hecho coronel por esto solo, y no hombre malo, no le puso en la carta que *tuviera cuidado con los jesuítas* sino con los *jesuditas*, porque la gente del campo así lo decía.

La carta fué copiada cinco veces por el escribiente, que en el borrador leía jesuítas, creyendo que era error de pluma de don Juan Manuel.

Cansado éste, llamó al copista y le dijo:—¿Sabe deletrear, amigo?

—Sí, señor.

—Bueno, ¿á ver? deletree.

El escribiente obedeció, y, ¡es claro! no resultaba jesuítas.

— Pues, ponga *jesuditas*, como yo he puesto; que mi compadre es muy hombre de bien y muy bueno, pero muy bárbaro y no habla como nosotros.

HUMORISMO DEL GENERAL GUIDO

Durante la guerra sostenida en 1859 entre la Confederación Argentina y el Estado de Buenos Aires, los buques de guerra porteños *Pinto* y *Buenos Aires* pusieron sitio al Paraná, interrumpiendo el paso del ejército de Urquiza á Santa Fe, é imposibilitando así, toda hostilidad contra Buenos Aires.

Un acontecimiento tan inesperado como imprevisto, modificó la situación en un momento.

El 7 de julio, parte de la tripulación del *Pinto*, aprovechando el momento en que el almirante Murature, jefe de la escuadra, con sus oficiales, tomaban el café en la cámara, se sublevaron, apoderándose del buque, que entregaron á Urquiza.

El *Buenos Aires*, al ver lo que pasaba en el *Pinto*, huyó á toda máquina, sin intentar recobrar la nave sublevada.

En el Paraná la alegría y el entusiasmo llegaron al colmo, pues el episodio salvaba al gobierno de la Confederación de una situación peligrosísima.

Mientras los sublevados del *Pinto* desfilaban por la plaza de la ciudad, el general Guido, que era, como ya es sabido, de corta estatura, para verlos mejor intentó subirse á un cajón, teniendo la poca fortuna de caer y recalcarse un pie.

—En esta gran victoria—dijo sonriendo el ilustre anciano á unos amigos que fueron á visitarle—soy yo el único herido por nuestra parte!

GLOBOS MILITARES

El empleo de globos en las operaciones militares, para explorar y observar los accidentes del terreno, las fortificaciones de los contrarios y los movimientos de las fuerzas enemigas, no es tan reciente como algunos, equivocadamente, suponen.

Antes que muchas naciones europeas, de gran prestigio y potencia bélica los emplearan, ya habían hecho uso de ellos los ejércitos aliados en la campaña del Paraguay.

Á fines de 1867, el mariscal Caxias, que, en ausencia de Mitre, mandaba en jefe el ejército unido, contrató, en 17.000 patacones, á un francés que se comprometió á elevarse las veces que fueran necesarias para reconocer las posiciones paraguayas de Humaitá.

Desgraciadamente, á la primera ascensión el globo fué consumido por un incendio.

Seis meses más tarde, un norteamericano y un oficial ascendieron en otro globo, sostenido por cuerdas de 600 pies de largo, que mantenían sujetas secciones de soldados; por este medio paseaban el globo á lo largo de las trincheras.

La aparición del globo causó en el campamento de López asombro y sorpresa y fué recibido con una algarabía infernal, pues temían, tanto los jefes como los soldados, que los bombardease desde arriba.

Cuando vieron que no sucedía así, empezaron á tirotearlo, aunque sin causarle daño alguno.

El globo hizo muchas ascensiones seguidas, y los paraguayos, que al cabo se dieron cuenta del fin de tales maniobras, cada vez que el globo se elevaba *encendían pasto verde*, tratando de ocultar con el denso humo que la quemazón producía, sus obras de defensa.

No obstante esto, los oficiales que acompañaron en sus ascensiones al norteamericano, pudieron hacer un croquis completo del terreno hasta el paso Pocú y contar la artillería emplazada en las trincheras exteriores, que resultó ser de 106 cañones y tres morteros.

UN RASGO ENÉRGICO DE URQUIZA

La guerra contra el Paraguay no era popular entre muchos argentinos, que la consideraban sólo beneficiosa al Brasil y á los intereses del partido colorado, dominante á la sazón en el Estado Oriental, con el apoyo del imperio y del presidente Mitre.

Esta impopularidad dió origen á la sublevación de las tropas entrerrianas acampadas en Basualdo. Urquiza, con inminente peligro de su vida, trató de evitar, aquel movimiento tan lamentable como inoportuno.

Como no era posible que Entre Ríos quedara sin representación en el ejército, se formaron dos batallones de infantería, integrados con los que mayor participación habían tomado en los tumultos pasados.

Ninguno de estos soldados quería ir á la guerra y mucho menos marchar como infantes; y como no había fuerzas regulares para contenerlos fué necesario ejercitarlos sin armas, demorando la

entrega de los fusiles, que debería hacerse cuando los batallones se hubieran ya embarcado.

Urquiza, sin otra ayuda que la de dos edecanes, trajo desde San José al Uruguay estos 800 hombres, pasando una noche entre ellos.

Llegado el momento de partir, el general se aproximó al jefe de la fuerza, y con voz alta y bien acentuada, le dijo:

—Coronel Caraza, haga embarcar por compañías.

Los soldados, rígidos, ceñudos y con la mirada obstinadamente fija en el suelo, se agitaron levemente estremecidos; y cuando el capitán de la primera compañía repitió la orden, nadie se movió.

Entonces, Urquiza, brillantes los ojos y con voz serena, aunque ligeramente empañada por la cólera, gritó con imperio:

—¡Coronel Caraza! Hágale volar los sesos al que se resista.

No se necesitó más. Todos se embarcaron dócilmente, dominados por la energía del viejo general que, á los sesenta y cinco años conservaba íntegro su extraordinario valor de siempre.

Los dos batallones entrerrianos se batieron como buenos, y uno de ellos, con el nombre bizarro de *3 de Febrero,* alcanzó renombre y fama imperecedera.

UN EJEMPLO DE FIRMEZA

Las fuerzas mandadas por el jefe independiente, marqués de Toxo, uno de los principales tenientes de Güemes, fueron sorprendidas y aniquiladas por los realistas, en Yaví, el 15 de noviembre de 1816.

Al tener noticia del ingrato hecho, Güemes, lejos de sentirse abatido y quebrantado, mostró ante los suyos, más confianza y fortaleza de espíritu que nunca.

Créame V. E. — decía á Belgrano — este con» traste, en nada ha abatido mi corazón; mi alma » se halla revestida de un carácter superior á estos » funestos acontecimientos, y ahora vivo más per» suadido de que hemos de ser libres.

» Necesitamos sufrir todas las desgracias para » ser más virtuosos y advertidos. Tengamos más » constancia y triunfaremos.

» Desearía que los malvados pisasen el interior » de mi provincia: entonces verían hasta dónde » llega su entusiasmo y energía. »

¡Qué tiempos y qué hombres aquellos!

A LO QUE INDUJO UN FAMOSO DECRETO Á UN ANDALUZ GUASÓN

El director supremo, don Martín de Pueyrredón, mandó publicar un decreto, allá por el año de 1817, prohibiendo, nada menos, que el enlace de los españoles *europeos* con las hijas del país.

Como consecuencia de tal resolución, produjéronse escenas de todo género, en las que predominaba, como es natural, la nota del más acentuado y romántico sentimentalismo.

Cuéntase, sin embargo, de un gaditano, audaz y chacharero, que intentó eludir la prohibición gubernativa, sorprendiendo la buena fe del cura parroquial de San Isidro, para cuyo efecto se disfrazó de gaucho, cambiando su indumentaria andaluza por el *chiripá,* el *poncho,* las espuelas y el tirador de plata, con bordados de realce salpicados de brillantes soles del Perú, duros españoles y chirolas bolivianas.

El atrevido, que había olvidado que *no es para todos la bota de potro,* cayó á las primeras y de

nada le valió la trampa, pues interrogado por el cura sobre su nacionalidad, estado, edad, etc., respondió con ese acento, propio de los hijos de la tierra de María Santísima: —*¿Nazionalidá?... Puz digo que mi mare, á quien Dioz guarde, me dió á lú en la villa é Zan Fernando y me puzieron en la pila, por nombre y apellío, Perico Pere, pa zervir á zu zeñoría y pa lo que gute mandá.*

Su paternidad no le mandó nada; le tomó de una oreja y lo puso de patitas en la calle, quedando el pobre andaluz compuesto y sin novia y preguntando, sin duda al cielo, qué podría importarle á la patria que él se casara ó no.

FAMOSA HAZAÑA DEL FRAILE-SOLDADO

En la persecución que siguió á la batalla de Maipú, un granadero español, de una talla gigantesca, se abrió paso por entre centenares de enemigos que le precedían y rodeaban por todos lados; cada golpe de su terrible sable derribaba á un hombre.

Un ancho círculo en derredor suyo, mostraba bien á las claras el terror que inspiraba, y que los vencedores que habían intentado detenerle pagaron con la vida su intento.

El valiente Lavalle le seguía de cerca y por confesión suya, sábese que sentía flaquear su romancesco valor cada vez que el calor de la. persecución le arrimaba demasiado á su perseguido.

De pronto, de entre los patriotas se destacó rápido como una centella, el teniente Félix Aldao. Ve al terrible español, se lanza sobre él y cuando sus compañeros esperaban verle caer, partida la cabeza en dos, le ven parar el tremendo sablazo que le descarga el granadero, y hundirle en seguida y hasta el puño, la espada en el corazón. Mil vivas estallando á la vez fueron el premio de tanto valor.

DE GUAPO Á GUAPO

VENCEDOR en la Ciudadela, Quiroga penetró en Tucumán imponiendo al vecindario una pesada contribución, conminando con la muerte á los que dejaran de abonarla en el término fijado.

Un señor López, español, no teniendo dinero suficiente para hacer el pago, puso en un cofre todas las alhajas y plata labrada de su familia, y él mismo, acompañado de un peón, fué á llevársela al cuartel.

Al entrar se encontró con un militar, á quien dijo:

—Dígale á Quiroga que aquí le traigo la contribución.

—¿Por qué no se lo dice usted mismo?

—¡Yo! ¡Ni verle quiero!... es un tal (aquí un adjetivo algo fuerte) que viene á quitarnos en una hora los ahorros de media vida.

En aquel momento, otro militar se acercó al interlocutor de López y le habló con gran sumisión y respeto.

El español comprendió que aquel á quien se

había dirigido, al penetrar en el cuartel, no era otro que el temido caudillo de los Llanos; pero, hombre decidido y valiente, lejos de amilanarse, esperó sereno y resuelto lo que iba á sobrevenir, seguro de que no iba á ser nada bueno.

—¿Y ahora que dice?—le preguntó Quiroga muy ajeno á lo que iba á suceder.

—Pues digo, general, que lo dicho, no sólo está dicho, *sino bien dicho.*

—Bueno, amigo—repuso Quiroga—llévese su cofre; usted es un *hombre,* y á los *hombres* yo no les cobro contribución.

UN REPROCHE DE URQUIZA

Al día siguiente de la batalla de Cepeda, ganada por las tropas del gobierno nacional sobre las de Buenos Aires, recorría el doctor Victorica el campo de operaciones para apreciar los estragos causados por la lucha.

Al llegar á una estancia en que había gente armada, supo que estaba allí uno de los generales vencedores, que tenía en su poder varios prisioneros, entre los que se contaban el señor Norberto Quirno Costa, el doctor Muñiz, un hijo del general Garzón y otras personas conocidas.

Cuando el señor Victorica se acercó á hablar al general aludido, éste le dijo:

—¿Ha visto lo que tengo en el patio?

—Sí, me ha parecido reconocer á varias personas de Buenos Aires.

Los tomé ayer, y ahora voy á mandar que los fusilen á todos.

—Pues yo vengo precisamente con orden del general en jefe á pedirle la lista de los prisioneros y á prevenir que se espere lo que él disponga.

El señor Victorica recibió la lista y regresó precipitadamente al campamento general á dar cuenta de lo que había pasado.

El general Urquiza aprobó la conducta de Victorica y mandó llamar al joven Garzón.

—¿Quién es usted?—le dijo en cuanto le tuvo en su presencia.

—Soy Garzón, hijo del general don Eugenio.

—¡Mentira! Usted no es hijo del general Garzón.

—Sí, señor; puedo afirmarlo con el testimonio de los demás prisioneros, que me conocen.

—Le digo á usted que no es cierto. ¿Tiene usted su fe de bautismo?

—No la tengo en este momento, pero repito que soy hijo del general Garzón.

—No, no puede ser; si fuese usted hijo de mi inolvidable compañero el valiente é ilustre general Garzón, no estaría usted entre mis enemigos arrojándome balas.

UNA FRASE REVELADORA

Rozas y sus congéneres solían hablar en ciertas ocasiones de la nacionalidad y de la conveniencia de constituirla, pero nunca se preocuparon de otra cosa sino de conservar su poder personal, que les permitía *mandar* arbitrariamente.

Después del 3 de febrero se encontraron á bordo del *Conflict*—nombre del barco inglés que condujo á Rozas á Southampton—el derrocado tirano y el general don Jerónimo Costa, el bizarro defensor de Martín García, el mismo á quien el marino francés Hipólito Daguenet no quiso despojar de su espada, después de vencido, como un acto de deferencia *á su bravura, talento militar y animosa lealtad hacia su país.*

El general, contemplando la hermosa perspectiva que ofrecía la ciudad, dijo al ex dictador, con expresión sentida:

—¡Lástima que no haya sido posible constituir el país!

—Nunca pensé en eso—repuso Rozas.

—Y entonces, ¿por qué nos hizo pelear tanto?

—Porque sólo así se le puede gobernar á este pueblo.

¡La frase pinta al hombre!

ROZAS, MULATO

HABLANDO una vez con la señora Agustina Rozas de Mansilla, su amiga de la infancia, doña Hortensia Lavalle, le decía, recordando los días de su juventud.

—¡Qué tiempos aquellos, hija mía! Figúrate que yo, como muchas otras personas, viví convencida, durante mucho tiempo, de que don Juan Manuel era *mulato.*

Imagínate que una vez, estando en la puerta con *tatita* tomando el fresco, pasó un señor á caballo, muy bien montado, vistiendo uniforme militar, que nos saludó muy cortésmente.

Tatita contestó con frialdad.

—¿Y quién es este señor?—pregunté yo, luego que el jinete hubo pasado.

—¿Quién?—repuso tatita—¡el mulato Rozas!

—¿Mulato, tatita? ¡Pero si es rubio!

—Así le llamamos nosotros los unitarios.

* * *

Cuando alguien decía «ese mulato Rozas», no quería referirse, ni podía hacerlo, al color de su

cara, sino á sus hechos; en el Río de la Plata, como en toda la América española, era y aun es creencia general que del mulato *no hay que fiarse*.

NOBLE CONTESTACIÓN DE ALDAO

Derrotado Quiroga en la Laguna Larga, sus tropas se dispersaron despavoridas, dejando en el campo toda su artillería y bagajes.

En la persecución, un grupo de jinetes de Paz dió alcance á un fugitivo, cuya corpulencia había agobiado á su caballo; una lanzada le derriba violentamente, y cuando un soldado se preparaba á ultimarle, dijo:

—Soy el general Aldao, no me maten; interesa á la nación que me presenten vivo al general Paz.

Un oficial se encargó de su custodia para conducirlo á Córdoba.

Allí le aguardaba un recibimiento ingrato: algunos oficiales mendocinos, cegados por la venganza, le hacen introducir en la plaza montado en un animal flaco, y expuesto á las injurias del populacho.

—¡*Malvado* —le gritan— *has cubierto de luto á tu patria!*

Un relámpago de fuego brotó de los ojos del

fraile-soldado, que contestó arrogante y con noble acento:

—*¡ También le di horas de gloria !*

Al sentirse befado y escarnecido, debieron cruzar por su mente los días luminosos de Guardia Vieja, de Maipú y Pasco, levantando en su alma el sentimiento de la dignidad personal y del honor; de esos dones sagrados que tan bien conocen los que han sentido su frente oreada por el aliento de la victoria.

EL SARGENTO VASCONCELOS

En Maipú fué herido de gravedad, en la cara, un bravo sargento que llegó á ser, con el tiempo, el coronel don Francisco de Borja Vasconcelos.

Obedeciendo á su capitán, que le mandó al hospital de sangre para ser curado, Vasconcelos, después de vendarse la herida con dos pañuelos que providencialmente llevaba, echóse al hombro el fusil, que tenía cargado, y se puso en marcha, camino del hospital, atravesando el campo de batalla, verdaderamente sembrado de muertos y heridos.

Estaba ya á cuatro ó cinco cuadras á retaguardia, cuando de improviso se levantó á su espalda un realista que, vomitando injurias contra el insurgente incitaba á los demás españoles á dar cuenta de Vasconcelos, á quien ya juzgaban quebrantado por el cansancio y las heridas.

Á las voces del español levantáronse hasta cinco de sus paisanos, levemente heridos y muy

dispuestos, al parecer, á concluir con el aislado patriota.

Vasconcelos, que observó las maniobras de sus agresores, se consideró perdido; pero, valiente y animoso, dispúsose á vender cara su vida.

Tomada tal resolución, se hechó el fusil á la cara, y, poniendo los puntos al enemigo que más cerca tenía, lo derribó de un tiro; echó mano indiatamente á un cartucho y cargando rápidamente derribó á otro de sus perseguidores, pero, ya no le dieron tiempo á cargar de nuevo el arma. Los españoles restantes, que le tenían ya al alcance de la mano, le atacaron rudamente á bayonetazos, defendiéndose Vasconcelos con su cuchillo, en cuyo manejo era sumamente diestro y con el cual hacía maravillas.

Inutiliza de una puñalada al menos ágil de sus atacantes, y al poco rato remató al cuarto de los realistas con una cuchillada, necesariamente mortal, en el vientre.

Quedaba por vencer al último de los cinco españoles que le atacaron y que era el de mayor empuje; el más obstinado y valiente.

La fatiga, la agitación producida por la lucha y la pérdida de sangre ocasionada por sus heridas iban haciendo muy crítica la situación de Vasconcelos, cuando le sacaron de ella algunos milicianos de Aconcagua que le reconocieron como soldado de la patria, ayudándole á ultimar al postrero de sus adversarios.

LA CARA DE UN TRAIDOR

Después de la batalla de Monte Grande, perdida por Lavalle, los unitarios, tenazmente perseguidos por los soldados del general Oribe, se dispersaron en pequeños grupos, tomando por sendas extraviadas el camino de Bolivia.

Formaban uno de estos grupos el doctor Marcos M. de Avellaneda, el coronel José María Vilela, el comandante Lucio Casas, el mayor Gabriel Suárez, el capitán José Espejo[1] y el teniente Leonardo Souza.

Iban por la Pampa Grande, camino de Jujúy, cuando se les reunió el capitán Gregorio Sandoval, que había sido de la escolta de Lavalle, á quien seguía un numeroso grupo de jinetes.

Sandoval, al incorporarse al gobernador Avellaneda y á sus acompañantes, concibió el bajo proyecto de entregarlos á Oribe, en cambio del perdón para sí y sus acompañantes; innoble pensamiento que realizó mientras los fugitivos, rendidos de fatiga, descansaban tranquilos y confiados. Avellaneda y sus amigos y compañeros en-

[1] Hermano del benemérito general de la Independencia don Jerónimo.

tregados al secuaz de Rozas fueron sacrificados en Metán.

El traidor, incorporado á las tropas de la Confederación, no tardó en sufrir el justo castigo de su villana acción.

El mismo día en que las fuerzas triunfadoras de Monte Grande se posesionaron de Salta, el coronel Andrada, jefe de vanguardia de Oribe, ordenó la prisión del tránsfuga.

Hallábase éste tomando el sol, sentado al pie de la torre de San Bernardo, cuando uno de sus propios soldados se le acercó, diciéndole: — Mi coronel, preste su puñal para comer este asado, y sin contestar, prestó el puñal...

Momentos después, su asistente le pidió la espada para limpiarla. Distraídamente la desprendió Sandoval de los tiros, entregándosela sin dificultad al soldado.

Ya desarmado, formóse la guardia del próximo cuartel, siendo reducido á prisión y conducido al Cabildo, donde fué puesto en capilla.

Al día siguiente, es decir, á los diez y ocho días de recoger el fruto de su negra perfidia, se verificó su ejecución.

Sentado en el banquillo, se sacó el quepis de Avellaneda, que tenía puesto, y dijo á los soldados que debían fusilarle: *Tiradores, apuntad al pecho, no me desfiguréis el rostro.*

Las balas no obedecieron: precisas y justicieras se incrustaron en la faz del reo, haciendo pedazos *la cara del traidor.*

ÚLTIMA EQUIVOCACIÓN DE UN TIRANO

Rozas y Máximo Terrero salieron juntos del campo de batalla de Caseros al verlo todo perdido. Á cierta altura, por el bañado de Flores, Rozas dijo á Terrero:

— Separémonos; yo voy á casa de Gore (el ministro británico), pero antes voy á escribir mi renuncia.

Era temprano aun. Rozas llegó á casa de Gore, llamó, abrieron, manifestando el sirviente, al conocerle marcada inquietud, pero Rozas le tranquilizó y le dijo:

— Si no está míster Gore hay que prevenirle — y subió la escalera.

Una vez arriba pidió un baño tibio y se acostó.

Horas después llegó míster Gore; Rozas dormía profundamente, pero el ministro, alarmado por los sucesos que se precipitaban, le despertó.

— Señor gobernador, la plaza está en efervescencia, han abierto la cárcel; Vuecencia corre peligro.

— Amigo, no tenga cuidado. Mire, aquí está la

bandera inglesa que yo enseñé á respetar; aquí no vendrán: á este pueblo yo lo he montado, le he apretado la cincha, le he clavado las espuelas, ha corcoveado; pero no es él quien me ha volteado, son los *macacos* (los brasileños); déjeme, voy á bañarme; avísele á la niña (Manuelita) y esta noche me embarcaré; ya he mandado mi renuncia.

Y Rozas se embarcó esa noche por los lados de la Aduana vieja, calle Belgrano, y el pueblo nada intentó...

Pero esa inacción popular no era hija del miedo, como lo creía Rozas, ¡éralo de la generosidad!

UN EPISODIO DE TUYUTÍ

En Tuyutí, cuando al iniciarse la retirada de los paraguayos emprendió la caballería argentina la persecución de los dispersos, el alférez don Braulio Sellanes, portaestandarte del escuadrón que mandaba el entonces capitán don Lorenzo Wintter, encontróse, de repente, rodeado por más de cincuenta enemigos que le atacaron con ímpetu irresistible, deseosos de arrancar á Sellanes el estandarte que el bravo oficial batía al viento.

Si rabioso fué el ataque, desesperada y heroica fué la defensa.

—¡Salvemos la enseña de la patria!—gritó con voz tonante el coronel Vidal, jefe del cuerpo, mientras que, con la rapidez del rayo, corría al lugar de la lucha seguido del teniente don Benito Herrero y de un numeroso grupo de soldados.

Llegaron á tiempo en que el invicto Sellanes, cubierto de sangre y acribillado de heridas, caía en tierra abrazado al sagrado depósito confiado á su lealtad y valor.

El choque fué encarnizado y terrible: por am-

bas partes se peleaba frenéticamente, á muerte; los paraguayos, ansiosos de posesionarse del estandarte que oprimían las yertas manos de Sellanes: resueltos los argentinos á impedirlo.

En lo más recio de la lucha, el ayudante Undabarrena logró recoger la disputada insignia, y, entregándola á Herrero, le decía en tono festivo:

—*El asta está tronchada: pero, no importa; el paño es lo que vale, mi teniente.*

Un momento después, los paraguayos, deshechos del todo, cedían el campo, mientras que el estandarte azul y blanco, vencedor siempre, del Plata al Rimac, volvía á flamear glorioso en el centro de las filas del bizarro tercero de caballería.

MAGNANIMIDAD DE ESTANISLAO LÓPEZ

En 1830, un grupo de descontentos y enemigos personales del general Estanislao López, gobernador de Santa Fe, prepararon una revolución que tenía por objeto no sólo derrocar, sino suprimir al popular caudillo, ídolo de las muchedumbres.

Debía realizar el atentado uno de los jefes de frontera, amigo y protegido de López, que se prestó á traicionar á su favorecedor y jefe, alucinado con la esperanza de lograr el sueño de toda su vida, que consistía en llegar á la gobernación.

López, informado de todo, sintió la defección de su amigo, pero guardó silencio, sin demostrar temor ni enojo.

El día señalado para dar el golpe, López despidió más temprano que de costumbre á sus habituales tertulianos, pretextando sentirse enfermo, y sin dejar en su casa más que á un asistente de su absoluta confianza, esperó la visita del jefe de los conjurados.

Serían las diez de la noche cuando el esperado

llegó. El general le recibió envuelto en un ancho poncho de vicuña, entre cuyos pliegues escondía la mano derecha armada de una pistola.

El gobernador introdujo á su visitante en una pieza donde sólo había dos asientos, de tal manera dispuestos, que le era imposible al conjurado hacer ningún movimiento agresivo, sin que antes el general lo viera y evitase.

El visitante inició una conversación trivial, que López siguió tranquilo y con toda cortesía.

Á las dos horas, la posición del que no se atrevía á ser asesino, se hizo insostenible. Por fin, resolvió levantarse, y confuso y perdido el aplomo, se acercó á López, de quien se despidió con frases incoherentes y entrecortadas, tendiéndole la mano, que aquel estrechó fuertemente con la izquierda.

Al transponer los umbrales de su casa, el gobernador, que aun retenía la mano que le tendiera el jefe de los complotados, le habló de esta manera:

Comandante, sé á qué venía usted; el primer amago suyo hubiera sido señal cierta de su muerte, pues estaba preparado para todo.

Le han engañado, comandante; si usted hubiera realizado su plan, tenga por seguro que sus cómplices le hubieran olvidado al instante. Sea usted tan leal como es valiente y yo me olvidaré de todo... ¿Lo entiende?... ¡de todo!

. . . . . .

Confuso el comandante, dió cuenta de lo sucedido á sus instigadores, y allí, en presencia de todos, juró morir por aquel hombre magnánimo que, pudiendo perderle, prefirió perdonarle generosamente.

¡LOS HOMBRES COMO YO, NO HUYEN!

El coronel Martiniano Chilavert, militar de escuela y de altas dotes de carácter, fué uno de los vencidos en Caseros y el jefe rozista que mejor se defendió y que más daño hizo al ejército aliado.

Condenado á muerte por los vencedores, propúsose morir como un valiente, dando prueba de genial entereza y del frío y sereno valor que demostró siempre.

Su fiel asistente, el sargento Aguilar, le propuso, con lágrimas en los ojos, que huyese en su caballo que él había conducido hasta un sitio cercano y seguro.

—*Pobre Aguilar*—le dijo cariñosamente Chilavert—*te perdono la bajeza que, cegado por tu cariño, me propones.* LOS HOMBRES COMO YO, NO HUYEN. Toma mi reloj y mi anillo y dáselos á Rafael *(su hijo)*, toma mi caballo y mi apero y sé feliz.

Cuando llegó la hora de morir, su entereza, lejos de disminuir, se mostró más firme que nunca.

Dominando con su apostura gallarda á los soldados, les gritó, golpeándose el pecho y echando altivamente la cabeza hacia atrás: *Tirad, tirad aquí, que así mueren los hombres como yo.*

UN CARÁCTER

El gobernador de Córdoba, doctor José Roque Funes, para complacer á los cabecillas federales, inició su administración persiguiendo á los que habían sostenido y acompañado á Paz.

Una de sus primeras medidas consistió en aprisionar á los malquistos de la reacción caudillista, alegando que en la cárcel estaban á salvo de toda violencia y de posibles atentados.

Con tan especial pretexto, viéronse privados de su libertad don J. Julián Martínez, don José M. Fragueiro, el provincial Learte, los padres Malbrán y Santibáñez, los dos Agüero, y con ellos, los principales comerciantes, los más eminentes jurisconsultos y los vecinos de mayor significación social.

Entonces, vióse á un anciano y respetable clérigo, el doctor Echenique, dar una gran prueba de dignidad y entereza de carácter.

Presentábase diariamente en la cárcel, y permanecía en ella todo el tiempo que le era permitido.

Intrigado el gobernador por tal proceder, hizo que uno de sus íntimos averiguase el porqué de él, obteniendo del digno sacerdote esta altiva y valerosa respuesta:

— *Quiero estar en la cárcel, porque es un lugar de honor, desde que está en ella lo mejor y más principal de mis conciudadanos.*

UNA FRASE DE FACUNDO

QUIROGA, después de ser derrotado por Paz en Oncativo, huyó precipitadamente hacia Buenos Aires, donde Rozas le ofreciera hospitalidad para él y para el resto de sus tropas.

Entró en la ciudad escoltado por un gran número de *buenos federales* que fueron á recibirle en coche, ó á caballo, hasta San José de Flores los más, y unos cuantos, los más entusiastas, hasta la villa de Luján.

Las calles de la Plata *(Rivadavia)*, Reconquista y la plaza de la Victoria, estaban embanderadas y llenas de espectadores que aclamaron al general, al descender éste ante la casa de don Braulio Costa *(Reconquista 151)*, en donde debía alojarse.

Horas después, pasaron á cumplimentarle los personajes más significados del rozismo, que ensalzaron y magnificaron sus anteriores victorias y méritos, así como el amor é indestructible afecto que demostrara siempre el caudillo á la *santa causa de la federación.*

Uno de los presentes, deseando rebajar los

talentos militares del vencedor, dijo, muy satisfecho:

—General: Paz sólo pudo vencerle, abusando de la lealtad de usted.

—Eso no—replicó Facundo, con entereza—el general Paz me ha derrotado en regla, con figuras de contradanza.

UNA HUMORADA DE VENCEDOR

Un fraile agustino, realista empedernido y predicador de mucho fuste, á juicio del elemento tradicional, no perdía ocasión de zaherir y denostar, en el curso de sus campanudos sermones, á los independientes; sobre los cuales, aseguraba, habían de caer, además de la furia de los hombres, los castigos y las iras celestiales.

Aludiendo al que debía libertar á Chile, dijo un día:—*¡San Martín! ¡Llamarle así es una blasfemia!—No le llaméis nunca de ese modo, sino Martín, á secas, como á Martín Lutero, el peor de los herejes.*

Cuando triunfante en Chacabuco y disperso el ejército del rey, ocupó San Martín la capital de Chile, mandó llamar al predicador, quien, con el recelo y susto consiguientes, acudió presuroso á la cita.

San Martín le recibió con rostro severo y ademán iracundo, y después de mirarle un instante fijamente, le dijo:

—¿Es usted el que comparándome con Lutero me ha quitado el *San?*

—Fué un mal momento, Excmo. señor—contestó el padre, con humildad.

—Eso ya lo veremos. ¿Cómo se llama usted?

—Zapata, señor general.

—Pues desde hoy le quito el *Za, como usted me quitó el San,* y, ¡ay de usted! si alguien le da su antiguo apellido; porque entonces, téngalo bien entendido, le fusilo.

Al salir á la calle, uno de sus hijos de confesión, que enterado de lo ocurrido esperaba ansioso el resultado de la entrevista, le preguntó solícito:—¿Cómo le fué, padre Zapata?

El religioso, aterrado, miró á todos lados con azoramiento, y tapando con la mano la boca del que le hablara, murmuró en voz baja:—No me llame así, por los clavos de Cristo, y sepa, hermano, que no soy más el padre Zapata, sino el padre Pata.

Sépalo y no lo olvide. ¡ME VA EN ELLO LA VIDA!

UNA RESOLUCIÓN EXTREMA

Poco después de haber tomado tierra en Paracas la expedición argentino-chilena que, al mando de San Martín, dió vida independiente al Perú, fué comisionado el teniente don Juan Pascual Pringles para escoltar, con veinticuatro granaderos, á un joven limeño que se comprometió á llegar hasta la ciudad de los Reyes, y entregar allí comunicaciones importantes al coronel y á la oficialidad del regimiento español de *Numancia*, que secretamente habían manifestado deseos de unirse al ejército patriota[1].

Pringles, la escolta y el emisario, marcharon toda una noche, y al amanecer del siguiente día llegaron á Pescadores, caleta situada cerca de Chancay, en donde se despidió Pringles del limeño que, desde aquel punto, debía marchar solo y sin protección.

[1] El regimiento de *Numancia*, estaba enteramente formado con jefes y oficiales americanos; de Venezuela unos y de Bogotá la mayor parte. El coronel era colombiano, y de igual origen casi todos los oficiales. El *Numancia* realizó su propósito de pasarse á los patriotas en Chancay.

Al tratar de incorporarse á su regimiento, viéronse Pringles y sus compañeros, alcanzados por un escuadrón de *dragones del Perú,* tropa que merecía mucha confianza al virrey.

Sin medir el peligro, Pringles mandó desnudar los sables, arengó á su tropa, y se lanzó á fondo sobre sus contrarios; pero la abrumadora superioridad de aquéllos, le obligó á retroceder, tratando de unirse á las fuerzas argentinas que mandaba Alvarado; pero, en vano.

Una fuerza enemiga, mayor que la primera le cerró el paso, poniéndole en la dura alternativa de rendirse ó arrojarse al mar.

Tendió Pringles una mirada en torno suyo, y sólo vió, prontos á combatir, á cinco de sus granaderos; los demás yacían en tierra, muertos ó heridos.

En tan solemne conflicto, Pringles formó el propósito de ahogarse y se lanzó al agua con su caballo, que, casi cubierta la cabeza por las olas, se resistía á penetrar mar adentro, á pesar de las excitaciones del jinete.

Testigos de tanta firmeza, dos oficiales españoles, tan nobles como caballerescos, le gritaron emocionados: *Ríndase usted, señor oficial, vida y garantías se las ofrecemos á usted, por nuestro honor. ¿Qué más quiere usted hacer por su dignidad personal y por la de su ejército? Cuanto más intente usted hacer, ya no será valentía, sino obstinación y temeridad.*

Valdés, el pundonoroso jefe español, unió sus

ruegos á los de los dos oficiales, y Pringles, convencido, volvió á tierra y se entregó á sus vencedores, quienes, lealmente y sin reservas, le tributaron las alabanzas á que le hicieron acreedor su resolución y denuedo.

UN EPISODIO DE RÍO BAMBA

En la memorable batalla de Río Bamba, Lavalle, el bravo y heroico comandante del primer escuadrón de *Granaderos á caballo,* embistió audazmente, con noventa y seis de sus soldados, á cuatrocientos jinetes enemigos, elegidos entre los más aguerridos del ejército del rey.

En el momento crítico de la acción, cuando los escuadrones realistas avanzaban á toda carrera y correctamente formados, sobre el reducido pelotón de patriotas que se atrevía á provocarles, un estremecimiento intenso hizo temblar á todo el ejército de Sucre; todos los que contemplaron aquel legendario duelo, consideraban perdidos á los audaces argentinos.

Tan próximos á una total destrucción los juzgaron, que el mismo general, al serle insinuada la idea de hacer algo para salvarles del exterminio, exclamó, entre enojado y sentido:

—*Si el comandante Lavalle quiere perderse, que se pierda solo.*

Pero un valiente y noble corazón, un sobrino

de Bolívar[1], jefe de los *Coraceros Colombianos,* se acercó á Sucre, y con voz vibrante, le dijo:

— *General: Permítame V. E. ayudar al comandante Lavalle; juntos mis coraceros con sus granaderos seremos invencibles; respondo del triunfo. ¿Cómo podríamos dejar que se perdiera un escuadrón tan valiente? Mi general, concédame pronto el permiso.*

Sucre, valiente y noble, al fin, se sintió conmovido y exclamó:

— *Coronel Ibarra: Aquí el único responsable soy yo... pero vaya usted y siga los impulsos de su alma: yo arrostro las consecuencias.*

El bizarro colombiano corrió á ponerse al frente de sus soldados, pero, no partió: era ya innecesario.

Los *Granaderos* se habían salvado solos, venciendo. Con ímpetu irresistible acometieron y aventaron como débiles aristas á los veteranos escuadrones reales que les hacían cara y que no tardaron en huir, vencidos por el empuje del contrario, por el asombro y la sorpresa.

Y Lavalle y sus hombres, volvieron tranquilos y serenos, contentos con haber añadido un nombre más á la larga lista de sus triunfos.

[1] El coronel Ibarra.

NOBLE CONFESIÓN

Cuando el ejército libertador de Lavalle ocupó la ciudad de Santa Fe, el general Garzón, el coronel Acuña y el teniente coronel Andrés Gómez, encerrados en el edificio de la Aduana hicieron una defensa tan valerosa como obstinada, pero inútil; pues se vieron obligados á rendirse á un adversario más numeroso y no menos bravo.

Al ponerse el sol de una serena tarde, los vencidos salieron de la Aduana y entregaron sus armas.

Un grupo de oficiales superiores del ejército de Lavalle, irritados por las sensibles pérdidas que les ocasionaran Garzón y sus compañeros, se presentó al jefe de la expedición solicitando se mandase ejecutar á los prisioneros.

El general libertador les miró entristecido, y contestó con sentido acento:

—*Si querían sus vidas ¿por qué no los han sacrificado al tomarlos prisioneros? Yo, no quiero ni puedo ordenar más muertes:* ¡Aun tengo sobre mi corazón la de Dorrego!

UNA ADVERTENCIA SEVERA

Al recibirse San Martín, en 1814, del mando del Ejército del *Alto Perú*, abrió, en Tucumán, una academia de jefes, dirigida por él en persona, y frecuentada por todos los que ejercían mando de tropas.

Proponíase conseguir, por este medio, la mejora técnica de una parte de su oficialidad, y la adopción de una táctica uniforme para todos los cuerpos.

En una sesión, dedicada á uniformar las voces de mando, San Martín dió una, que debía ser repetida por los presentes en el mismo tono y forma en que el general la diera.

Al repetir la voz, Belgrano, que en su calidad de brigadier general, ocupaba el primer puesto en la asamblea, Dorrego, siempre injusto é irreverente por el vencedor de Salta, soltó la carcajada.

San Martín, que no toleraba impertinencias de nadie, miró al que tan descomedidamente se conducía, y le dijo, con severidad: — *¡Señor coronel, hemos venido aquí á uniformar las voces de mando!*—

y luego, repitió la misma voz, que, al ser reproducida por Belgrano, originó una nueva y más estrepitosa carcajada de Dorrego.

Entonces, San Martín, echando llamas por los ojos, empuñó un candelabro de bronce que tenía á mano y con él dió un fuerte golpe sobre la mesa, al tiempo que pronunciaba un voto enérgico y expresivo.

Luego, sin soltar el candelabro, y fijando en Dorrego aquella terrible mirada que á tantos hiciera temblar, exclamó iracundo:

—¡Dije, señor coronel, que hemos venido á uniformar las voces de mando!

Dorrego, dominado por la palabra y el gesto de San Martín, modificó su actitud y no volvió á reirse.

Pocos días después, en castigo de su insubordinación, fué separado del ejército y desterrado á Santiago del Estero.

UNA RESPUESTA FAMOSA

Cuando Pringles y sus bravos granaderos llegaron al cuartel general de los realistas, después del combate de Pescadores, muchos jefes y oficiales españoles, sabedores de su bizarro comportamiento, tuvieron la curiosidad de verles y hablarles.

Ya en su presencia, diéronles inequívocas pruebas del aprecio y respeto que su valentía les inspiraba. Uno de ellos, dolido del peligro corrido por aquellos bravos, y que no acababa de comprender cómo aquel puñado de hombres había podido resistir y aun dominar, momentáneamente, á una fuerza muy superior, compuesta de soldados, ni bisoños ni cobardes, les dijo:

—*¿Por qué no se han rendido ustedes cuando fueron invitados á ello, antes que pelear inútilmente contra la formidable fuerza que les rodeaba?*

Entonces, uno de los granaderos, sin jactancia ni orgullo, pero con la dignidad y sencillez de carácter de nuestros hombres de campo, contestó:

—Señor, porque al venir á este país, vinimos á pelear y no á rendirnos.

CORTESÍA DE VENCEDORES Y NOBLEZA DE VENCIDOS

En la persecución de que fueron objeto los realistas escapados del campo de Maipú, tocóle en suerte, al escuadrón de *Granaderos* mandado por el capitán don Juan G. Lavalle y el teniente don Rufino Zado Rodríguez, tomar prisionero al bizarro coronel Morgado, uno de los más pundonorosos y caballerescos jefes del ejército español.

Zado, de más edad que su jefe inmediato, tenía también más presencia y aparentaba mayor autoridad.

Engañado por estas apariencias, el coronel realista le tomó por el jefe superior de la fuerza que le había aprisionado, y á él se dirigió, haciendo ademán de entregarle la espada.

Zado, comprendió el error, y dijo, sonriendo:

—Á mí, no, al capitán Lavalle.

Dióse vuelta Morgado, y al contemplar el rostro juvenil del bravo capitán, exclamó conmovido:

¡Tan joven y tan valiente! ¡Digno hijo, á fe mía, de una raza de leones! Yo, vencedor en múltiples

combates de los veteranos del imperio napoleónico, me siento menos desgraciado teniendo que entregar mi espada de vencido á unos soldados tan nobles y valientes.

Las palabras de Morgado, muestran cuanto era el respeto y admiración que á los realistas inspiraban nuestros soldados; admiración que con palabras nobles y caballerescas mostraron los jefes españoles en repetidas ocasiones[1].

[1] Véase la anécdota *Una frase de general Monet.*

SAAVEDRA Y LAS DAMAS PORTEÑAS

En los días que precedieron á la semana de Mayo, los patriotas pusieron todo su empeño en conseguir que Saavedra, cuyo concurso, como jefe que era del regimiento de Patricios, tenía valor excepcional, se decidiera por la Revolución, sin lograrlo de un modo categórico.

El coronel, declarándose siempre amigo del pueblo y partidario de la causa americana, oponía contínuos reparos y dilaciones, cuando de obrar enérgicamente se trataba.

Su actitud, sino ambigua, vacilante, desesperaba á los patriotas, que temían no poder contar con él en el instante decisivo.

Un grupo de damas patriotas tomó sobre sí el compromiso de decidir al irresoluto militar.

El día 18, en momentos en que con unos cuantos oficiales trataban de vencer los escrúpulos del jefe de los Patricios, se presentaron, de improviso, en el lugar de la reunión, doña Casilda Igarzábal de Peña, doña Ángela Castelli, las señoras de Lasala y Riglos, acompañadas de varias otras damas de alta significación social.

La señora de Peña, dirigióse resueltamente á Saavedra, y le dijo, con mucha firmeza:

— Coronel, no hay que vacilar, la patria lo necesita para que la salve. Ya usted sabe lo que quiere el pueblo, y usted no puede volvernos la espalda, ni dejar perdidos á nuestros maridos, á nuestros hermanos y á nuestros amigos.

Señoras mías — contestó Saavedra, que era más galante que resuelto — yo estoy pronto y siempre he sido patriota; pero, para hacer una cosa tan grande, es preciso pensarlo con madurez y tomar todas las precauciones del caso.

— Pues entonces — dijo una de las presentes, tomándole de un brazo — venga usted con nosotras á lo de Peña, que allí le están esperando muchos amigos para tomar todas estas precauciones que usted juzga necesarias y acabar de una vez con los godos.

Y así, dulcemente, obligado por aquel galano grupo de encantadoras porteñas, llegó Saavedra al *cuartel general* de los patriotas, donde, despoándose de sus postreras dudas, se declaró resueltamente por la acción inmediata y decisiva, lo que equivalía á proclamar la Revolución y el advenimiento de un nuevo derecho.

DOLOROSA CONTESTACIÓN

RIVADAVIA, el padre de la República Argentina, como le llamó Vélez Sarsfield, tuvo la poca fortuna de no ser comprendido de sus compatriotas.

Él, que tanto hiciera por el bien de la patria, sufrió el cruel dolor de ser expulsado de ella, y de verse obligado á pedir un asilo al Brasil, á la nación á quien disputara tenazmente el dominio de la provincia oriental.

Víctima de los desengaños y de la injusticia, comprendió, en la soledad del destierro, que todo había acabado para él y que sólo de la posteridad, á la que invocara en el momento más solemne de su vida política, podría esperar cumplida y merecida justificación.

Consideróse muerto políticamente, y puso un muro moral entre él y su ingrata patria; muro que nadie salvó jamás.

De paso para Europa, dos jóvenes porteños, detuviéronse algún tiempo en Río Janeiro. Sabedores de que en aquella ciudad moraba el ex pre-

sidente de la República Argentina, la curiosidad, acaso el afecto, llevóles á las puertas de la morada del prócer.

Pidieron ser recibidos, y, tras breve espera, la persona á quien expusieran su pretensión, les dió esta amarga y triste respuesta:

—*Para los argentinos, no vive ya don Bernardino Rivadavia.*

CURIOSAS ALAS

Entre los colaboradores de San Martín en la preparación del ejército de los Andes, figura, en primer término, el teniente coronel Beltrán.

San Martín, que no tenía igual en el arte de descubrir á los hombres que podían serle útiles, le arrancó de la celda de un convento de Mendoza, induciéndole á trocar, en obsequio á la patria, la quietud plácida del claustro por la agitada vida de campamento.

Fray Luis, que así se llamaba el religioso, fundió cañones; compuso fusiles; aprontó cureñas; fabricó mochilas, cartucheras y herraduras para las mulas, y fabricó pólvora y cartuchería.

Poco antes de partir para Chile, le llamó San Martín un día, y en el transcurso de la conferencia parece que le indicó que era necesario *poner alas á los cañones.*

Fray Luis quedó meditabundo; y, al salir de la estancia donde el general le recibiera, exclamó, resuelto:

¡Alas quiere que tengan los cañones, pues bien, LAS TENDRÁN!

Estas alas fueron las ingeniosas zorras que hiciera fácil y sencillo el transporte de la artillería á través de la majestuosa cordillera.

LAS CONDECORACIONES DE UN HÉROE

Fué, don Antonio Álvarez de Arenales, uno de los más ilustres generales de las guerras de la Revolución y de la Independencia sudamericanas.

Por su bravura y fervoroso entusiasmo, mereció el caluroso elogio de Belgrano y de San Martín, que le tuvo por uno de sus jefes predilectos, llamándole siempre *su buen compañero de armas.*

Rendido por un constante batallar, postrado por las fatigas y los años, retiróse al humilde pueblo de Moraya (Bolivia), donde, después de vegetar en la obscuridad, halló ignorada tumba[1].

Pero, ni el abandono ni los desengaños amargaron su alma nobilísima, ni entibiaron el profundo amor que profesó siempre á su patria adoptiva[2]; muy al contrario, el orgullo de haberla servido lealmente fué el único rayo de sol que embelleció sus postreros días.

[1] No se sabe, fijamente, cuál es el lugar del cementerio de Moraya donde fué enterrado Arenales.

Arenales era español, nacido en Reinosa (Santander.)

Muéstralo bien á las claras el siguiente episodio:

Visitando una vez al viejo guerrero, preguntóle uno de sus fieles amigos cuál era, entra las numerosas condecoraciones que como premio á sus victorias había conquistado, la que más apreciaba y prefería.

— ¡ESTAS! — contestó Arenales, señalando las cicatrices que desfiguraban su faz — *estas que recibí en la Florida, luchando por la gloria y la libertad de la patria.*

PÁGINA HONROSA

LAVALLE, cuyo nombre evoca una larga serie de caballerescos y atrevidos combates, ingresó en el cuarto escuadrón de *Granaderos á caballo* á principios de 1813, cuando sólo tenía 16 años de edad.

Á los cinco meses de su alistamiento, considerando indigna la pasividad en que se le tenía instruyendo reclutas en el cuartel del Retiro, dirigió al general Alvear la hermosa y digna carta que va á continuación:

« Todo oficial de honor debe aspirar á conser-
» var su buena reputación en el concepto de sus
» conciudadanos.

» Se dice en este pueblo que á mí se me ha
» dejado aquí por cobarde é inepto: á la verdad,
» parece cosa extraña que desde que se formó el
» regimiento de Granaderos hayan salido varios
» trozos de él á campaña y que no habiendo que-
» dado en ésta sino un piquete de reclutas de mi
» cuerpo, no haya tenido yo el gusto y el honor
» de probar mi valor y mis buenos sentimientos.

» Si V. E. reflexionase un momento sobre mi
» situación, conocería lo deseoso que debo estar
» de morir por la patria, y en obsequio de mi honor,
» antes de ver con indolencia formar á todo un
» pueblo un concepto bajo de mi comportamiento.

» Ruego á V. E. se digne acceder á una soli-
» citud tan justa, pues deseo con ansia sacrifi
» carme. »

Hermosa página es esta, que revela toda entera el alma heroica del *león de las batallas;* del que admiró Bolívar y mereció del vencedor de Chacabuco estas palabras:

— *Lo que Lavalle haga como valiente, muy raro será el que lo imite, y el que lo exceda* NINGUNO.

LA PATRIOTA DE MONOGASTA

Cuando en septiembre del año 1810, la expedición militar enviada al interior para ayudar á los pueblos á sacudir el yugo español penetró en Santiago del Estero, detúvose, para mudar caballos, en la posta de Monogasta, perdida en la parte más desierta del territorio santiagueño.

La familia del maestro de postas saludó con alegría á los libertadores, distinguiéndose, por su decisión y entusiasmo, una anciana que, llevando en la mano un ramillete de flores campesinas, las ofreció al doctor Castelli, con frases sencillas y candorosas, pero impregnadas del más puro y exaltado patriotismo.

El representante de la Junta de Buenos Aires, recibió, conmovido, el ingenuo presente, tan delicadamente ofrecido, trabando conversación con su obsequiante, á la cual, entre otras cosas, preguntóle, cuántos años tenía.

La anciana, sonriendo amablemente, contestó:

—*Señor, no soy tan vieja, como parezco, pues sólo tengo cuatro meses de edad.*

Esta respuesta sorprendió, no sólo á Castelli, sino á todos los presentes, algunos de los cuales no fueron dueños de ocultar la risa.

—*No es broma*—continuó la que tal dijera—NACÍ EL 25 DE MAYO, *hasta entonces no viví un solo día.*

Y al expresarse así, su semblante cruzado de hondas arrugas, parecía rejuvenecer; su palabra era más firme y sonora, y brillaban sus apagados ojos con todo el fulgor propio de la primavera de la vida, cuando la sangre es fuego y la vida un conjunto de alegrías y esperanzas.

ABRAZO DE HÉROES

Al pronunciarse la derrota de los realistas en Maipú, y en el preciso instante en que San Martín acababa de dictar al cirujano Paroissiens el lacónico parte de la gran batalla, oyéronse ruidosas aclamaciones en el campo y vióse adelantar á un jinete que avanzaba á gran galope.

Era el dictador de Chile, O'Higgins, el que llegaba.

Noticioso de que la batalla iba á empezar, no pudo mantenerse en sosiego, y, despreciando la fiebre intensa producida por su herida [1], montó á caballo, y seguido de una parte de la guarnición de Santiago, voló al campo de la lucha, llegando á él en los momentos en que, vencida la heroica resistencia del bravo regimiento de *Burgos*, ya no quedaban enemigos á quienes vencer.

Lleno de entusiasmo, el general chileno acercóse á San Martín, y, sin descabalgar, le echó el brazo izquierdo al cuello, exclamando:

[1] La recibió en la sorpresa de Cancha Rayada.

—¡Gloria al salvador de Chile!

El general vencedor, señalando el vendaje que envolvía el brazo derecho de O'Higgins, cotestó:

—*¡General! Chile no olvidará jamás su sacrificio, presentándose en el campo de batalla con su gloriosa herida abierta.*

Y atrayendo sobre su pecho al caballeresco O'Higgins, selló con un noble abrazo de héroes la fraernidad de los pueblos argentino y chileno.

UNA CHISTOSA OCURRENCIA

El doctor don Ramón Eduardo de Anchoris, miembro de la Asamblea del año 13, era de un carácter muy medido, pero dado á la investigación y estudio minucioso de cuanto se iniciaba ó discutía en el Congreso.

Su excesiva meticulosidad irritaba á algunos de sus colegas, que, unas veces jocosamente, y otras de un modo más hiriente, le demostraban poca voluntad y más animosidad de la conveniente y de la que él merecía.

Á propósito de cierta medida, cuya realización retardaba Anchoris con sus reparos, empeñóse una discusión entre él y Alvear, á quien estimaba mucho y trataba con entera confianza, discusión mantenida al principio en términos templados, pero que, al poco andar, tornóse nerviosa y violenta.

Alvear, contrariado por la actitud de su contendor, y dejándose llevar de su carácter súbito y violento, exclamó:

— Con usted no hay medio de marchar, no hay más solución que fusilarle de día.

Estas irreflexivas palabras tuvieron la virtud de producir una espectación angustiosa, pues todos los que presenciaban la discusión se dieron cuenta de su gravedad.

Anchoris, al oirlas, se alteró ligeramente; pero luego, recobrando su calma y sangre fría, puso feliz término á la incómoda situación con un rasgo de ingenio muy oportuno.

—¿Conque, esas tenemos?—exclamó sonriendo jovialmente.—*Vos me querés fusilar á mí de día; aguardá, que yo ganaré la delantera, fusilándote á vos de noche.*

Una formidable carcajada saludó la agudeza, y terminó en cordial broma lo que, sin el tacto de Anchoris, pudiera haber tenido serias consecuencias.

UNA CARTA DE SAN MARTÍN

Cuando San Martín fué nombrado general del ejército de los Andes, el Cabildo de Buenos Aires pidió al director Pueyrredón que se le acordara el nombramiento de Brigadier General.

Esta iniciativa molestó al creador de los *Granaderos,* á cuyo desinterés y austeridad de carácter, repugnaban los premios y honores discernidos al cumplimiento de lo que él estimaba simplemente un deber.

Noticioso de la actitud del Cabildo bonaerense, hizo publicar en *El Censor,* diario porteño, una noble y severa carta que terminaba así:

« Estamos en revolución, y, á la distancia puede » creerse, ó hacerlo persuadir genios que no fal- » tan, que son acaso sugestiones mías. Por lo » tanto, ruego á usted se sirva poner en su pe- » riódico esta exposición, con el agregado siguiente: » *Protesto á nombre de la independencia de mi pa-* » *tria no admitir jamás mayor graduación que la que* » *tengo, ni obtener empleo público, y el militar que*

» *posco renunciarlo en el momento en que los ame-*
» *ricanos no tengan enemigos.*

»No atribuya usted á virtud esta exposición, y
» sí al deseo que me asiste de gozar de tranquilidad
» el resto de mis días.»

EL "SEÑOR DEL MILAGRO", GOBERNADOR DE SALTA

FINALIZABA el año 1861 cuando se supo en Salta que las fuerzas tucumanas habían invadido la frontera Sur de la provincia, haciendo grandes arreos de ganados é imponiendo pesadas contribuciones á los habitantes de los distritos invadidos.

El gobernador, don José María Todd, deseoso de castigar la inmotivada agresión, procedió, con celeridad notable, á organizar tropas, reuniendo en pocos días 4.000 hombres, entusiastas y decididos á escarmentar á los invasores.

Todd, no sabía en quién delegar el mando, pues la persona designada por la ley para asumir el gobierno, estaba ausente de la provincia.

Mientras asistía á la misa, con exposición del Señor del Milagro, imagen á la que profesaban y aun profesan los salteños gran devoción, ceremonia con que quiso solemnizar la partida de los expedicionarios el gobernador eclesiástico, ocurriósele á Todd un expediente, que debía sacarlo de la perplejidad en que estaba.

Terminada la misa, dirigióse á la concurrencia, desde el púlpito, en los siguientes términos:

«Señores: En estos momentos solemnes, no es la insignia del poder, sino su acción la que se necesita. Este bastón, que me es inútil en la campaña, yo lo deposito á los pies del eterno protector de Salta.»

Y dirigiéndose al altar mayor, colocó el bastón en las andas que sostenían á la imagen; acto que aplaudió frenéticamente la multitud que llenaba el templo, y que colmó de entusiasmo á la casi totalidad del pueblo salteño, aun cuando no faltaron espíritus descontentos que ridiculizaron duramente que hubiera Todd depositado y delegado el mando de la provincia en el santo *Señor del Milagro.*

SEVERA LECCIÓN

Cuando el ejército argentinochileno ocupó Santiago, San Martín se alojó en el palacio episcopal, viviendo con la modestia que le era peculiar, en las habitaciones más sencillas.

Súpose en la ciudad, que el general había mandado componer y forrar de nuevo el capotón de campaña con que atravesó los Andes, medida impuesta por la máxima pobreza del guardarropa del grande hombre, que tan brillante empresa acababa de consumar.

Un español, muy íntimo de Marcó, enterado del caso, é ignorante del temple del vencedor de Chacabuco, imaginó congraciarse con él, llevando al sastre encargado del arreglo, una pieza de hermoso paño para que hicieran un capotón nuevo en vez de remendar el viejo.

San Martín, que tuvo inmediata noticia de la ocurrencia, ordenó que del paño donado se hicieran siete fracs, que envió al oficioso donante, imponiéndole la obligación de pasar por frente el palacio de los obispos durante una semana entera,

á la misma hora, vistiendo cada día un frac nuevo y haciendo una respetuosa reverencia al llegar frente á la ventana de la estancia ocupada por aquél á quien tan infructuosamente tratara de obligar.

———

SAN MARTÍN Y ROZAS

Se ha pretendido hacer creer que Rozas tenía un gran respeto por San Martín, y, sin embargo, nada es menos cierto que tal afirmación.

El tirano explotó, en provecho propio, un grito de amor patrio del gran general de la Independencia; pero no tuvo por el vencedor de Chacabuco y Maipú, ni un asomo del amor y veneración que le tributan todos los argentinos.

Rozas, sin respeto ni consideración á *su carácter de enviado diplomático,* aprisionó á O'Bryen, compañero de armas de San Martín, encargado de una misión pacífica por el mariscal Santa Cruz, presidente de Bolivia, y dispuso que se le diera muerte; orden que no revocó, sino que suspendió momentáneamente, merced á las súplicas de su esposa, doña Encarnación Escurra.

San Martín, al saber la desgraciada situación de O'Bryen, escribió una carta al *Restaurador de las leyes* detallando los lazos de amistad que al noble irlandés le unían, é invocando en favor de aquél los grandes servicios prestados á la libertad de América.

Rozas desoyó al viejo guerrero, mantuvo su incalificable actitud y hubiera sacrificado á O'Bryen, sin la intervención enérgica del único poder respetado de Rozas; el de Inglaterra. Una nota decisiva y terminante de lord Pálmerston, ministro de Relaciones de la Gran Bretaña, resolvió á Rozas á mudar de opinión y á devolver la libertad al enviado de Bolivia.

¡El gesto airado de un poder extraño, consiguió del déspota lo que no lograron la mediación del más grande de los héroes de su patria, ni las lágrimas de su esposa!

UNA PROFECÍA

Era el general don Jerónimo de Valdés una de las más hermosas figuras del ejército español y el jefe realista que quizá gozó de mayor consideración entre las filas de los patriotas.

En una de las invasiones traídas por los españoles á la provincia de Salta, al aproximarse á un rancho solitario fué testigo de una escena que le impresionó fuertemente y que le arrancó una frase que, á la vez que una profecía, resultó ser una manifestación de impotencia.

La dueña del rancho observó con atención á las tropas que se acercaban á su morada, y, cuando hubo apreciado su calidad y número, dió una voz, llamando á un hijo suyo, niño de cuatro años, al que habló unas palabras, casi al oído.

Entonces se vió algo sorprendente: con ligereza suma el chiquillo saltó sobre un caballo en pelo y partió, rápido como una flecha, para llevar á su padre la nueva de la invasión.

Valdés, que no perdió detalle de la escena,

volvióse á su segundo, que junto á él estaba, y le dijo, profundamente convencido:

— En vano es guerrear, y serán perdidos nuestros esfuerzos. ¡Á ESTE PUEBLO NO LO CONQUISTAREMOS JAMÁS!

MALA VIDA Y PEOR MUERTE

Uno de los personajes más siniestros de la *Mazorca* fué el tristemente célebre coronel Vicente González, (a) *Carancho del Monte,* encargado de *dar pasaporte* á todos los que, por disposición del déspota, debían desaparecer sin dejar huellas.

Uno de estos desgraciados, traído del interior, tenía una mirada viva y penetrante, y una apostura varonil y majestuosa.

Su aspecto aristocrático disgustó al sicario, que intentó hacerle sentir miedo con la amenaza de hacerle degollar por la nuca y *con cuchillo mellado.*

El prisionero sonrió desdeñosamente, y le contestó:

—Tú, tú, tan desgraciado como miserable; tú eres el destinado á temblar y á sentir miedo cuando mueras bajo un cuchillo más cruel y lacerante que el que á mí me destinas.

La predicción se cumplió.

Ya al final de su vida, aterrorizado por fatídicas visiones y acosado por punzantes remordimientos, González, se enclaustró en el convento de San Francisco, de Buenos Aires, sin hallar paz

ni reposo, pues frecuentes y punzantes anónimos, firmados por el alma de Fulano ó de Zutano, le arañaban la conciencia, haciendo más agitadas las horas de su inquieto existir.

Presa de continuos temores, torturado cada día más por la evocación sangrienta de sus víctimas y el recuerdo imborrable de sus maldades, buscó soledad más estrecha y refugio más escondido en el convento de San Lorenzo, aunque en vano; pues allí fueron también á buscarle las sombras y las amargas visiones.

Un día le anunciaron que un caballero deseaba verle y hablarle con insistencia; receloso y vacilante, recibióle después de mucho pensar y dudar.

Al ver al recién llegado, no pudo contener un estremecimiento; aquel hombre tenía el semblante severo y la mirada profunda, pareciendóse muchísimo al prisionero que, unos años antes, le hiciera una predicción espantosa.

El visitante, después de considerar á González durante un breve rato, alargóle un paquete de cartas, mientras le decía, con voz dolorida y breve:

— *Quemelo destruya esto, señor don Vicente—y trate de alcanzar de Dios el perdón que no puede esperar de los hombres.* Después, partió.

González repasó los documentos: ¡eran papeles que *destilaban sangre* y que probaban la perversidad é instinto cruel de quien los escribiera!

La misantropía del *Carancho del Monte*, se hizo, desde aquella hora más intensa y sombría, rehuyéndolo todo, hasta los consuelos de la religión.

Sus días no fueron muy largos. Él, que tantas maldiciones y tantas lágrimas tenía sobre el alma, murió lenta y sombríamente *traspasado* por un cuchillo más frío y agudo que el de la *Mazorca;* por la inflexible voz de la conciencia.

UNA ESTRATAGEMA FELIZ

San Martín, para asegurar el éxito del paso de los Ándes, necesitaba conocer perfectamente la topografía de la cordillera, y, muy especialmente, la de sus pasos.

Ya jurada la Independencia, llamó un día al ingeniero Álvarez Condarco, y le dijo:

—Es indispensable que me levante usted un plano, lo más completo y exacto que sea posible, de los pasos de Uspallata y de los Patos.

—¿Y cómo podré hacer esto, sin que se aperciba el enemigo?

—Muy sencillamente. Voy á confiar á usted la misión de comunicar á Marcó del Pont la declaración de la Asamblea de Tucumán. Para ir tomará usted el camino de los Patos, que es el más largo; y como Marcó, enojado por mi mensaje, le ordenará salir de Chile *en el menor tiempo posible,* usted, para obedecerle, regresará por la vía más corta, ó sea por Uspallata.

Tanto al ir como al volver, levantará usted el plano *dentro de su cabeza, pero, sin olvidar ni una piedra.*

Condarco partió, y, cumplida su misión, con riesgo de la vida, recibió del ofendido Marcó, como lo había previsto San Martín, la orden de salir inmediatamente de Chile, siendo conducido por fuerzas realistas hacia el camino más corto, es decir, por Uspallata.

La gran facultad de Álvarez Condarco era la memoria local, y á favor de ella pudo trazar, con todos los detalles, los planos de ambos pasos, abriendo así la cordillera á los soldados de la libertad.

LA MIRADA DE SAN MARTÍN

Sucedió una vez que San Martín olvidó un pañuelo en un modesto hotel de Bruselas, donde, por casualidad, almorzó.

Años después, obligado por las circunstancias á comer fuera de su casa, dirigióse al hotel más próximo, que, por azar, era el mismo donde sufriera el olvido del pañuelo, y cuyo recuerdo ya se había borrado de su memoria.

Ya pagada la *adición,* dirigíase á la puerta de salida, cuando le salió al paso la dueña del establecimiento, pulcra viejecita de mirada dulce y simpática, quien, sonriendo cortésmente, le presentó el olvidado pañuelo, sorprendiendo al general, que, como ya se ha dicho, había olvidado el extravío.

Uno de los habituales parroquianos de la casa que había presenciado la escena, preguntó á la anciana:

—¿Y está usted segura de no haberse equivocado? Mire que ese caballero parece no recordar el hecho, y que ha tomado el pañuelo, más

bien por complacerle á usted que por considerarlo suyo.

—Estoy segurísima de no haber padecido engaño. Sólo le vi una vez antes de hoy y sus ojos se me clavaron en el alma.

Estoy seguro que nadie, después de sentirla un segundo, podrá olvidar LA FASCINANTE EXPRESIÓN DE SU PENETRANTE Y TERRIBLE MIRADA.

UNA RELIQUIA HISTÓRICA

Cuando los restos del ejército de los Ándes se sublevaron, en un momento de ofuscación, devolviendo la fortaleza del Callao á las armas del rey, una mano incógnita hizo desaparecer la bandera del *Regimiento del Río de la Plata,* de aquel famoso cuerpo ennoblecido por infinitos sacrificios y por brillantes y numerosos triunfos.

Ya hacía tiempo que se había abandonado la esperanza de dar con ella, cuando se presentó en Lima al coronel Estomba, una morena de aspecto débil y enfermizo, que oprimía contra su pecho, con gran cuidado, un pequeño envoltorio.

Interrogada por el coronel manifestó que su marido, sargento del *Río de la Plata,* escondió durante la confusión producida por la sublevación, la bandera de su cuerpo, librándola así de caer en poder de los realistas que empeñosamente la buscaban.

Al morir, llamó á su esposa, le reveló el secreto, y le hizo jurar que así que la plaza volviera á

poder de los patriotas, entregaría la sagrada enseña al jefe del regimiento.

Cuando juzgando inútil su brava resistencia capituló Rodil y entregó el Callao á los ejércitos independientes, la humilde morena salió de la plaza y emprendió una larga peregrinación, ávida de cumplir el juramento hecho á su esposo en la hora más solemne de la vida.

. . . . . .

La historia no ha salvado del olvido el nombre del pundonoroso sargento ni de su humilde consorte; pero el corazón de los patriotas tendrá siempre un tierno y perenne recuerdo para los humildes negros que tan alto ejemplo dieron de patriotismo y de inquebrantable amor á la bandera.

EL ÚLTIMO DESEO DE UN VALIENTE

Luchando como un león, cayó mortalmente herido el coronel inglés Kingston, tiñendo con su sangre *las sendas de la muerte*, expresivo nombre dado por los británicos á las calles de Buenos Aires.

Levantado del suelo por los caballerescos vencedores, fué conducido á la casa de madama Perichon, donde fué atendido con cariñosa y sincera solicitud.

Sintiendo próximo su último instante, el herido, con voz débil, pero firme, dijo á Liniers, que velaba al pie de su cama.

— General, ¿quiénes son unos soldados de porte altivo que visten de azul y blanco y ciñen al cuerpo airosa faja?

— Los Patricios — contestó el virrey.

— Batiéndome con ellos fuí herido y me complazco en reconocer que jamás un militar pundonoroso pudo hallar más dignos y valientes enemigos.

Calló un momento, y prosiguió:

—¿Seríais, señor, tan generoso que concedierais un preciadísimo don á un enemigo desgraciado?

—Concedido, señor coronel, si está en mi mano hacerlo.

—Pues bien: permitid que se me entierre en el cuartel de esos Patricios. *¡Moriré feliz sabiendo que voy á dormir mi último sueño bajo la protección de esos valientes!*

SAN MARTÍN Y LA INDEPENDENCIA BELGA

Los belgas, poco conformes con el, para ellos, tiránico gobierno de los reyes de Holanda, se sublevaron en 1831 proclamando la independencia de su país.

Los patriotas bruselenses tenían sobra de valor y de entusiasmo, pero carecían de un jefe militar de prestigio, pues su jefe, el valeroso conde de Mérode que debía dar, junto con el autor de la canción nacional, la vida por la libertad, era un simple jefe de milicias sin la preparación y conocimientos necesarios para resistir á los jefes holandeses.

Buscándole substituto, alguien insinuó que podría ofrecerse el mando militar de la revolución al general San Martín, cuyas campañas de Chile y del Perú elevaron su nombre á la gloria y le hicieron célebre en todo el Mundo.

El burgomaestre y varios amigos de San Martín encontraron la idea excelente, y se comprometieron á hablar de ella al general.

San Martín demostróse profundamente agrade-

cido é hizo votos por el triunfo de la libertad y de la independencia del pueblo belga, pero rehusó el honor y la confianza que se le dispensaba, haciendo notar los deberes que las leyes de la hospitalidad le imponían.

Sin la excesiva delicadeza del gran capitán, hubiera sido libertador de naciones en Europa y en América.

UN CHISTE Y UNA JUSTICIA

Hallándose en Salta, de paso para Europa, el vencedor de Mirave, general Guillermo Miller, el doctor Facundo Zuviría le obsequió con un banquete al que fueron invitados los principales vecinos de la ciudad.

Á la hora de los brindis, hubo manifestaciones de aprecio y recuerdos entusiastas para Bolívar, para Sucre y para todos los capitanes de alguna importancia presentes en la gran victoria de Ayacucho, que había puesto fin al dominio español en la América del Sur.

Cuando ya nadie tuvo nada que decir, levantóse un caballero inglés, querido y respetado de todos los salteños: era el tal, el doctor Redhead, médico de mucho crédito, famoso por su gran pericia y por algunas publicaciones de carácter científico que fueron muy alabadas por sus contemporáneos.

Todos se aprestaron á escucharle atentos; pues el médico británico, además de ser tenido en mucho por su saber, gozaba merecida fama de agudo y humorista.

— Señores, — dijo.—Las peripecias de la guerra de la Independencia americana y muchas de las cálidas alabanzas que acabamos todos de oir, traen á mi memoria lo que sucede en el juego del palo jabonado ó cucaña, que tanto alboroza y entretiene, en las fiestas públicas, al elemento popular.

Los primeros que se lanzan á conquistar el premio, nunca llegan á la meta; sólo consiguen, al caer de cierta altura, arrastrar consigo una parte del jabón que cubre la cucaña.

Trabajan para los últimos que, cuando la entena está limpia de materia resbaladiza, trepan por ella, cómodamente, apoderándose, sin mayores esfuerzos, del premio colocado en su extremo.

« *Brindo, pues, señores* — dijo Redhead, poniendo « término á sus palabras, — *por la memoria del gene-* « *ral San Martín, quien, desensebando la cucaña de* « *la libertad del Perú, dejó libre el camino á Bolívar* « *para que recogiera el premio en Ayacucho.* »

Las palabras del doctor Redhead, además de una gran verdad, encerraban una gran justicia.

¡NADIE HACE FALTA AQUÍ!

En la batalla de Moquegua, tan fatal á las armas independientes, los «Granaderos de los Andes» tuvieron á su cargo cubrir la retirada de las tropas vencidas.

No obstante el valor, derrochado hasta lo inconcebible en aquel momento, viéronse los soldados predilectos de San Martín obligados á dar la espalda, dominados por el irresistible avance de la caballería enemiga, engreída por el triunfo.

En aquel momento triste, un soldado, Serafín Melvares, ciego de ira, exclamó:

—¡Ah, si Necochea estuviera aquí!...

Estas palabras, oídas por Lavalle, *el león de las batallas,* que era el jefe de la fuerza, causáronle un grande efecto:

— *Nadie hace falta aquí* — exclamó, — *donde hay un hombre de tanto corazón como Necochea.*

Y ordenando dar frente al enemigo, cargó de nuevo á la cabeza de sus bravos que, esta vez, lograron contener á los realistas, obligándoles á dejar en paz á los que se retiraban y á ser más cautos y prudentes.

LA MADRID, PANADERO

Después de ser derrotado en Mendoza por las tropas rosistas, acaudilladas por el general Pacheco, La Madrid, vióse obligado á emigrar á Chile, donde su situación llegó á ser tan crítica y precaria que, para atender á sus precisas necesidades vióse obligado á establecer un pequeño negocio de panadería.

Para poder trabajar, adquirió, á crédito, algunas bolsas de harina; pero, como no tenía dinero para comprar leña y otros efectos necesarios, enajenó dos de las bolsas adquiridas, perdiendo cuatro pesos fuertes en la operación.

Puesto ya en situación de trabajar, publicó un aviso en los diarios y abrió las puertas de su humilde establecimiento.

Tuvo suerte al principio; puesta en moda la panadería, fueron muchas las familias que mandaban á comprar pan y masas al noble emigrado, dándose el caso de que algunas señoras y caballeros, concurrieran personalmente á ella haciendo la compra, desde sus coches, al regresar de sus habituales paseos.

—Bien es verdad—dice La Madrid en sus *Memorias*, con disculpable é infantil orgullo,—que las masas elaboradas en mi casa, eran las mejores que se producían en Santiago.

Tanto era así—agrega—que muchas veces los compradores esperaban en la puerta á que salieran del horno el pan y las masas para llevarlos.

—Pues, ya debió usted ganar buena plata, general, y mejorar de situación,—díjole un día, uno de sus íntimos, á quien el valeroso soldado contaba la historia de su panadería.

—No mucho, — contestó sonriendo el veterano; — pues sucedió que algunas personas que hasta entonces me habían favorecido, de cuando en cuando, con pequeñas sumas, dejaron de hacerlo, pensando, equivocadamente, que su auxilio ya no me era necesario.

Hube de vivir de los beneficios de mi industria; y, como el capital con que trabajaba era exiguo, las utilidades eran insignificantes.

Puede decirse de ellas que no daban para vivir, sino para no morirse del todo.

RÉDITOS SAGRADOS

MÁS que asistente, compañero y amigo de Brown, fué Tomás Fritz, como el almirante, natural de Foxforth.

Jamás quiso salir de su humilde condición, y siguió siempre á su jefe en la buena y en la mala fortuna, sirviéndole con amor, celo y lealtad insuperables.

Tenía, Tomás, un hijito en Buenos Aires, á quien amaba con ternura y á cuyo lado pasaba todas las horas que el servicio y sus obligaciones le dejaban libres.

Acercábase el día en que el chiquillo debía cumplir dos años, y Tomás, loco de alegría, esperaba ansiosamente tal fecha, que tenía proyectado celebrar ruidosamente.

Pero, no pudo realizar su intento: la naciente escuadra argentina recibió orden de levar anclas, precisamente en la fecha tan anhelosamente esperada por el buen Tomás.

Puesto entre el amor de padre y su obligación, el rudo hombre de mar partió, sin sospechar que partía para siempre.

El 14 de Mayo de 1814, la armada patriota libraba contra la realista el glorioso combate del Buceo, siendo Tomás uno de los primeros que regaron con su sangre la cubierta del *Hércules,* capitana argentina.

Sintiendo que la muerte se acercaba, suplicó que llamaran al almirante para despedirse de él y encomendarle su único bien, aquel hijo tan amado, al cual ya no debía volver á ver.

Acudió presuroso Brown, y, con el rostro contraído por el dolor y la voz velada por la emoción, dijo al moribundo:

— Tomás, mi buen amigo; juro por Dios, mi Señor, que seré un padre para tu hijo y que partiré con él mi pan y mi hogar.

Terminó la campaña, y el glorioso almirante volvió á Buenos Aires cubierto de laureles: una vez libre de sus obligaciones, buscó y trajo á su lado al hijo de su leal servidor, al que cuidó y educó con tierna solicitud.

Convirtióse el niño en hombre, y un día, quiso saber el origen del amor que le demostraba el viejo marino.

— Te pago simplemente, hijo mío, réditos muy mezquinos por una fortuna inapreciable de que gocé largo tiempo, y que, para siempre perdí en un instante.

CÓMO SE DISIPÓ UN GRAN PELIGRO

Durante la guerra del Brasil, el ejército republicano pasó y sufrió miserias y estrecheces verdaderamente inauditas.

Todo le faltó: municiones, vestuario, víveres y dinero; aquellos héroes no sólo tuvieron que preocuparse de vencer, sino de arbitrar los medios para no morir de hambre y de sed.

Tales fueron las privaciones, que algunos jefes, extraviados en sus juicios y haciendo responsable de ellas al general en jefe, Alvear, organizaron un complot para despojarle del mando, conjuración que no llegó á estallar, debido á la eficaz intervención de dos hombres de corazón y de gran ascendiente: los coroneles Oribe y Chilavert.

Resueltos los conjurados á deponer á Alvear, no estaban de acuerdo acerca de quién debía ser el que le sucediera: unos querían dar el mando supremo al coronel José María Paz, y otros, al general Lavalleja, caudillo de los patriotas orientales.

Oribe, que tenía mucha amistad con este último, consiguió convencerle de que, no solamente no debía

aceptar el mando, en caso de serle ofrecido, sino que le hizo ver que era una falta irredimible, adherirse á un movimiento sedicioso que no podía traer otro resultado que la ruina del ejército patriota y el triunfo decisivo de los imperiales.

Chilavert, tan caballeresco como impetuoso, contestó, al serle comunicado, á última hora, la existencia del complot:

— Anteponiendo á toda consideración de amistad los *deberes de militar, cruzaré mi espada, sean quienes sean, con todos aquellos que intenten cometer una acción que no es más que una traición hecha á la patria, frente al enemigo.*

Estas bravas palabras surtieron su efecto: la conjuración no estalló, y poco después, todos los soldados de la patria se cubrían de inmarcesible gloria, en los campos históricos de Ituzaingó.

¡COTORRITA!

Por un capricho, sin duda, tenía el general Belgrano la costumbre de usar en sus uniformes adornos de paño verde; y esa costumbre, inspirando la agudeza y nativo humor de algún soldado travieso, le valió el cómico y singular remoquete de *Cotorrita.*

El general, á pesar de su bondad, era un ordenancista inflexible; orden dada, era cumplida sin miramientos ni consideraciones, castigándose severamente al infractor, fuése quien fuése.

Alarmado por el escandaloso auge del juego y por las riñas y conflictos que de él se derivaban, prohibió, terminantemente, que en el campamento de Tucumán se jugase, aún cuando fuese por mero entretenimiento y sin cruzar paradas.

La orden fué acatada: nadie jugó en el ejército, ni se podía hallar, ni buscada con candil una baraja.

Belgrano, tanto como ordenancista era vigilante; así es que, con frecuencia, solía abandonar su carpa solo y sin escolta, para recorrer el campamento y cerciorarse de que todo el mundo estaba en su lugar,

durmiendo los que debían hacerlo, y velando los que tenían obligación de estar alerta.

En uno de estos paseos, realizado en una noche obscurísima, cubierta y sin una estrella; cuando, terminada ya su inspección se retiraba á su alojamiento, observó el general un núcleo, una especie de mancha que se destacaba sobre la densísima obscuridad que lo envolvía todo, núcleo que cambiaba de forma, pero no de lugar.

Intrigado al principio, sospechó, luego, lo que aquella sombra pudiera ser, y, resuelto á averiguarlo, avanzó hacia ella con toda precaución.

No se había equivocado: la mancha negra, era un grupo de soldados que jugaban.

Para evitar que se viera la escasa luz de un cabo de vela, fijado en el suelo, los jugadores, sentados los de la primera fila, y en pie los de la segunda, formaban una apretada rueda, tan compacta, que no dejaba pasar ni asomo de resplandor.

Notó el general que, al hacer las puestas, se acercaban á la luz manos más cuidadas que lo que de ordinario suelen estar las de los soldados, y sospechó que no eran sólo individuos de tropa los que jugaban; sino que entre ellos, debía hallarse algún oficial.

Deseoso de saber quién pudiera ser el tal, pensó que lo mejor, para lograrlo, sería tomar parte en la jugada: sacó, pues, del bolsillo una moneda de plata, y con voz fingida dijo:

— *¡ Á la sota !*

Pero, sucedió que, al estirar Belgrano el brazo para entregar la moneda, un soldado levantó los ojos y,

al columbrar el color de la bocamanga, dió la señal de alarma, gritando:

—¡ *Cotorrita !*

Una mano callosa apagó la luz; deshízose el grupo como por encanto, y el general, solo y como si viera visiones, permaneció un momento clavado en el suelo.

Al rato, mohino y cariacontecido, se retiró á su carpa, seguro de que en el campamento se jugaba; pero, completamente á obscuras acerca de quiénes fueran ó pudieran ser los jugadores.

UN CORONEL DE LOS TIEMPOS HEROICOS

Cuando, después de tres horas de obstinada lucha, Lavalle, viéndolo todo perdido, abandonó el campo de batalla del Quebracho, notó, á poco de emprender la retirada, que entre los oficiales que le seguían no estaba el coronel don Pedro José Díaz, soldado benemérito de las guerras de la Independencia.

Preguntó por él, y le contestaron que aun permanecía en el lugar del combate, resistiendo bravamente á los empecinados lanceros de Oribe.

Lavalle, que sentía por Díaz tanto cariño como admiración, llamó á uno de sus ayudantes, y le ordenó que, en su nombre, fuera á decir al coronel *que se salvase á todo trance.*

El ayudante volvió al campo de batalla y encontró á los infantes de Díaz que, agotadas ya las municiones, se defendían aún, á punta de bayoneta y á culatazos: acercóse al jefe de aquellos héroes, y, en breves palabras, le transmitió la orden de Lavalle.

— Diga usted al general,— contestó el bravo mendocino,— que le agradezco mucho el interés que me demuestra; pero, que me es imposible complacerle:

aquí morirán mis soldados, y, donde mueran ellos morirá su coronel.

Y después de saludar militarmente, con la espada, al portador del mensaje, volvió, firme y sereno, á ocupar su puesto de honor.

*
* *

Años después, en plena paz, al serle ofrecido el generalato, contestó con sencillez:

— Creería manchar mi limpia y honrosa foja de servicios aceptando un ascenso no conquistado sobre el campo de batalla.

DOS RECUERDOS DE SARMIENTO

Cuando por primera vez se trató de coleccionar las obras de Sarmiento, recibió encargo de reunir todo lo escrito por aquél, en Chile, el notable político y literato don Luis Montt.

Como tuviese dudas acerca de la procedencia de algunos editoriales publicados en *El Mercurio* de Valparaíso, envió á Sarmiento una colección de dicho periódico, rogándole quisiera indicarle cuáles, de entre los varios artículos señalados con lápiz rojo, eran los suyos.

—¡Los buenos, esos son los míos,— contestó Sarmiento.

Y, sin hojearla, devolvió la colección del *Mercurio* que Montt le había remitido.

*
* *

Discutían, en su presencia, algunos diputados y senadores provincianos acerca de las cualidades que cada uno atribuía á las empanadas fabricadas en su

región; y, tanto se enardecieron, que la discusión llegó á hacerse ingrata y hasta penosa.

Uno de los presentes, deseoso de dar á la polémica un giro más sereno, exclamó, dirigiéndose á Sarmiento, que escuchaba muy atento y silencioso.

— Y, ¿qué opina sobre el asunto, el señor Presidente?

— Pues, que en materia de empanadas, hay una ante la cual deben bajar cabeza *todas* las de fabricación provincial.

— Y, ¿cuál es, señor Presidente? — exclamaron todos á la vez.

— *La nacional*, señores.

Nadie contestó: todos habían comprendido el gran valor de las palabras que tan solemnemente pronunciara el viejo luchador.

Ch 4669

F
2808
.4
A89
1910

Aubín, José María
Anecdotario argentino 2. ed.

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 29 11 08 001 4